



REVISTA EUROPEA.

Núm. 118

28 DE MAYO DE 1876.

AÑO III.

HISTORIA DEL DESARROLLO DE LA VOLUNTAD.

La doctrina del bien moral, es decir, la determinación de lo que debe ser investigado como un bien y de lo que debe ser evitado como un mal, y la gradación de los bienes y de los males, sólo puede en mi opinión deducirse de la teoría de la sensibilidad. Porque el hombre no puede obrar sino después de sus sensaciones y sus sentimientos. Mandatos que no encuentren en su corazón un eco fuerte y poderoso y que no resulten de leyes primordiales de la naturaleza humana, formarían una moral bien frágil, una fraseología inanimada y estéril. La moral práctica, es decir, esa doctrina que investiga hasta qué punto es permitido al hombre traducir sus sensaciones en actos, descansa sobre la teoría de los deseos.

La expresión *deseo*, empleada aquí en su sentido más lato, designa toda la extensión de nuestra actividad práctica. Esta es tan variada como la diversidad de nuestras ideas y de nuestros conocimientos, y la gran riqueza de nuestras sensaciones y de nuestros sentimientos. Sin embargo, no es de esta variedad, propiamente hablando, de la que vamos a ocuparnos aquí. Naturalmente es de grandísima importancia, porque contribuye poderosamente á imprimir á nuestros deseos tan gran diversidad. Se podría citar ó inventar un gran número de máximas como ésta: «Dime con quién andas y te diré quién eres,» ó frases ingeniosas como esta de Feuerbach: «El hombre es lo que come.» Tal es la importancia para el hombre moral de la riqueza ó de la pobreza de sus ideas, de la extensión más ó ménos grande del horizonte de sus conocimientos, de la grosería ó de la elevación de sus sentimientos, del desarrollo parcial de su sensibilidad en cierta dirección, ó de la altura armoniosa y del perfeccionamiento general de todas sus facultades.

Sin embargo, la esencia propiamente dicha del deseo no reside en esta variedad. Los motivos principales de nuestra apreciación del valor ó de la indignidad moral de los demás hombres, no los sacamos de las circunstancias accesorias producidas por la diversidad de las condiciones exteriores de la vida, sino de la manera con que el individuo realiza ó trata de realizar sus deseos. Si consideramos las diferentes profesiones, por ejemplo, del jurista, del médico, del comerciante, del obrero, del perio-

disto, etc., vemos que cada uno de ellos tiene su ciencia y su arte particulares; una actividad física é intelectual especial. Pero la energía de la voluntad, necesaria á todos para entregarse cada cual á su profesión con éxito, es en general la misma. El objeto de nuestro estudio se limita hoy justamente á lo que es común á todas las condiciones, ó, para servirnos de una expresión más general, á todos aquellos de nuestros deseos á los cuales las sensaciones de que nacen comunican una variedad tan grande.

Todo el mundo sabe que en moral se distinguen los deseos superiores (morales, intelectuales) de los deseos inferiores (sensuales). Puede creerse sencillamente que los deseos inferiores corresponden á las sensaciones físicas, y los deseos superiores á los sentimientos estéticos, intelectuales y morales. Pero la cuestión no se puede formular de una manera tan sencilla. Según las circunstancias, puede ser razonable abandonarse á una simple sensación física, prescindiendo de los sentimientos intelectuales y morales más elevados, por ejemplo, cerrar el libro por la noche á las once y acostarse en vez de trabajar más tiempo. Lo que en ciertas circunstancias determinadas puede ser bueno, razonable y necesario, no lo es de ningún modo en otras.

Vemos en un árbol una fruta que excita nuestro apetito, y reprimimos el movimiento involuntario de extender el brazo hacia él porque no tenemos el derecho de cogerla. Vemos la misma fruta en el mercado, queremos comprarla, pero pensamos que podemos emplear mejor nuestro dinero comprando otros objetos.—En ambos casos el movimiento de nuestra voluntad que nos hace reprimir el apetito es un movimiento superior en comparación del deseo inferior sensual. Pero es evidente al mismo tiempo que la diferencia, aparentemente tan fundamental, no es más que relativa. Sin duda en el primer caso el sentimiento del derecho, que nos prohíbe apoderarnos de la propiedad de otro, es conforme á una prescripción moral, elevada; pero, en el segundo caso, si alguien no gasta su dinero en la fruta porque quiere comprar cerveza, un apetito físico es equivalente al otro. Y aún en el primer caso se puede preguntar: ¿qué es este sentimiento del derecho? ¿no es en gran parte el temor del castigo, de la vergüenza, una máxima inculcada por una larga educación? Se ve por esto que es imposible trazar pura y simplemente una línea de demarcación entre nuestros apetitos elevados y groseros.

Por otra parte, no bastaría, como muchos han hecho, oponer á los apetitos sensuales una voluntad razonada, un deseo inteligente (prudencia). El número de las gradaciones es mucho más grande, y además, el grado de energía de la voluntad no depende precisamente del valor y de la elevación más ó menos grande de nuestras sensaciones y de nuestros sentimientos.

La voluntad humana es el producto de un desarrollo gradual, de una vegetación moral. Tenemos, pues, ciertamente el derecho de designar el caso en que, entre dos apetitos sensuales, seguimos resueltamente uno y reprimimos el otro, como un grado un poco más elevado del desarrollo de la voluntad, en comparación de la indecisión del niño que quiere comprar todos los objetos imaginables con media ó una peseta. Ahora vamos á intentar conocer más de cerca esta marcha del desarrollo de la actividad voluntaria, este nacimiento de la voluntad reflexiva, considerando atentamente las diferentes fases de este proceso.

Detengámonos todavía un instante en el ejemplo presentado más arriba. Si la fruta excita nuestro apetito, es porque la memoria nos recuerda su sabor. Hé aquí, como ya hemos dicho, un punto muy importante, porque *ignoti nulla cupido*; el recuerdo marca una fase muy importante en la historia del desarrollo de la voluntad. En otros casos, una simple reminiscencia no basta: para que experimentemos un deseo es preciso que el goce se halle convertido primero en costumbre, como, por ejemplo, cuando se trata del placer de fumar. Esta es una fase del desarrollo de la voluntad que encontraremos con frecuencia. Si, pues, queremos conocer todas estas fases en su encadenamiento natural y orgánico, es preciso poner un ejemplo conveniente, que nos permita ver el proceso por que pasamos cuando tomamos una resolución decisiva de cierta importancia. No nos convienen todos los ejemplos, porque la mayor parte de nuestras resoluciones son dictadas de antemano por la costumbre, el uso, etc., etc. La resolución, por ejemplo, de hacer un viaje en verano, ha llegado á ser para algunos una cosa de tal modo natural, que no puede haber aquí cuestión de resolución formal. Lo contrario sucede á los que por sus negocios ó profesión no pueden ausentarse en todo el año, á los que por su situación pecuniaria no pueden hacer tan grandes gastos de lujo, y, por consiguiente, no piensan de ordinario en hacer un viaje. Tales personas experimentan el deseo más ó menos vivo de gozar el placer de viajar; pero los otros experimentan gran número de estos deseos, sin que les exciten de un modo particular, como anhelamos un millon, un rango elevado, influencia, etc., como tenemos con frecuencia aspiraciones inocentes.

¿Qué se necesita para transformar el deseo inocente, el anhelo, en un verdadero deseo? Es preciso acortar la distancia que nos separa de lo que constituye el objeto, y esto puede tener lugar de dos maneras: primero, por el acrecentamiento del deseo, como en el caso de que el fastidio de un penoso trabajo aumente todos los días; si el médico recomienda el viaje de un modo más ó menos urgente, el anhelo se hace cada vez más vivo, y nos ocupa y nos excita cada día más. En segundo lugar, es preciso que veamos la posibilidad de realizar nuestro anhelo. Desde que esta realización no nos parece un sueño lejano ó una imposibilidad, entramos en una nueva fase importante, en la de la reflexión. La reflexión es primero una duda, después una tendencia más y más pronunciada hácia la determinación, hasta que, por último, encuentra en la resolución su expresión última. Así el anhelo se transforma en deseo, tendencia, voluntad, y esta última en ejecución. Pero hay todavía un preliminar en esta serie de fenómenos. Antes que podamos desear un objeto, es necesario que lo conozcamos. A esta fase que precede al deseo, es decir, al sentimiento asociado al recuerdo, la llamamos *apetito*. Por lo tanto, distinguimos en el desarrollo de la voluntad las principales fases siguientes, que se pueden subdividir en otras fases: primero, apetito; segundo, el deseo; tercero, la reflexión (tendencia, aspiración); cuarto, la voluntad. Vamos á estudiar estas fases sucesivamente.

I.

APETITO.

El apetito es la forma primera y al mismo tiempo la más general del deseo; porque todos nuestros anhelos, deseos y manifestaciones de la voluntad descansan, en último análisis, sobre apetitos, y son apetitos más desarrollados. Por esto se puede hablar así lo mismo de instintos nobles y elevados que de instintos groseros y brutales. El instinto es lo que nos excita, y se deduce directamente de la sensación del placer ó del disgusto, puesto que tiende únicamente á retener lo que es agradable y á alejar lo que es desagradable. El concepto, que se une directamente al apetito, es el movimiento reflejo, es decir, la trasmisión de la excitación de un sistema nervioso sensible á un sistema motor, que opera con una necesidad mecánica. Sabido es que es difícil, si no imposible, detener un movimiento reflejo una vez empezado, como la tos, el estornudo, los guiños de los ojos. Con esta misma fuerza natural, tan difícil de dirigir, obran nuestros apetitos originariamente. Con frecuencia no son más que sensaciones físicas, como el apetito de la nutrición, de la respiración, de la generación. Cuando sentimientos más elevados entran en juego, como en los apetitos

de la ciencia, de la conservacion y de la sociabilidad, se muestran bajo la forma más elemental; y así vemos el apetito de la ciencia, bajo la forma de la curiosidad, hasta en los animales; el apetito de la conservacion, bajo la forma de una tendencia involuntaria al equilibrio, en cualquiera que cae, ó de un esfuerzo convulsivo para agarrarse á cualquiera parte en el que está á punto de ahogarse, etc., etc. Pero el apetito se distingue del movimiento reflejo de que procede de la sensacion del placer ó del disgusto, y tiene siempre más ó menos conciencia de si mismo, mientras que el movimiento reflejo es tanto más involuntario, cuanto sea más inconsciente. Naturalmente, esta diferencia es sólo relativa é inconstante. Existe, además, en la naturaleza del apetito de marchar á su objeto, la satisfaccion directa sin reflexion y sin preparacion de medios. Por esto el hombre llegado al estado de civilizacion no se deja guiar por el apetito, sino por los deseos y la voluntad, que son grados de desarrollo más elevados. Hablamos de nuestros apetitos en un sentido impropio; pero esta expresion es legitima, en tanto que designa de una manera notable su derivacion de los apetitos brutales y su violencia frecuentemente irresistible como la de los elementos de la naturaleza.

Próximo pariente del apetito es el instinto. Esta palabra designa disposiciones y facultades innatas transmitidas por herencia, en parte ya bastante complejas, y destinadas á satisfacer los apetitos, á cuyas disposiciones y facultades, en razon del arte desplegado en los nidos de los pájaros y en las telas de araña, se ha aplicado en general la designacion de instintos artisticos. El instinto es un concepto que ha dado lugar á muchas discusiones y que está todavía léjos de haber sido completamente dilucidado. Pero será bueno preservarse, sobre todo, de las opiniones místicas. Ciertamente el animal al nacer trae ya facultades desarrolladas, por ejemplo, la de servirse de sus miembros, facultad que el hombre está obligado á adquirir penosamente. En realidad, bajo este punto de vista, desempeñan un papel muy importante las disposiciones que, segun la doctrina de Darwin, se transmiten por herencia de una generacion á otra, y cuyas huellas son cada vez más fuertes y características. Pero en los tiempos modernos la observacion experimental más exacta ha llegado á restringir más y más el concepto del instinto, demostrando que muchas facultades consideradas en otro tiempo como innatas, por ejemplo, el canto de una melodía determinada por una especie determinada de pájaros, son el fruto del estudio y de la imitacion.

Si estudiamos todo esto de cerca, podemos distinguir tres fases secundarias en el apetito. La primera es el movimiento reflejo de que hemos hablado más arriba, por el cual una excitacion fisica,

que nos hace experimentar una ligera sensacion de que tenemos poca ó ninguna consciencia, se transmite á los sistemas motores. Tales son, por ejemplo, los movimientos del corazon y de los órganos de la digestion, que se verifican en nuestro interior sin que los sintamos en las circunstancias ordinarias. La segunda fase es el apetito brutal, es decir, una sensacion más ó menos fuerte de placer ó de dolor, que, sin conocer los medios de satisfacerse, intenta darse á luz por toda suerte de movimientos. Esta fase se muestra con sus caracteres más generales en el niño recién nacido, que manifiesta su hambre ó su dolor gritando y moviendo sus brazos y piernas. Esta fase aparece tambien en el curso de la vida cuando se producen súbitamente fuertes sensaciones, como un terror violento, etc. La tercera fase, la del apetito experimentado, forma ya la transicion al deseo. El niño ha encontrado el seno de la madre, y se alimenta con avidez y con placer. Mientras más repite el acto de mamar, más pronto reconoce en la succion un medio de satisfacer su hambre, con más frecuencia tiende sus bracitos hacia su madre, y mayores son los gestos que expresan su deseo, indicando memoria y consciencia. A veces ocurren intenciones de unir esta fase del apetito experimentado, que difiere esencialmente de la precedente en el desarrollo de la consciencia y del recuerdo, á la segunda fase principal del anhelo ó del deseo, de la cual es un grado de transicion. Pero, como veremos más léjos, es completamente diferente.

Los apetitos tienen tambien el carácter esencial de que aparecen simultáneamente en gran número. Cada miembro, cada órgano, cada tejido es, por decirlo así, el asiento constante de una sensacion por poca consciencia que tengamos de ello, y por lo tanto se podrian considerar otros tantos apetitos, porque la sensacion fisica es el grado preliminar del apetito y á él conduce necesariamente. Sin duda no tenemos consciencia de esta multiplicidad de apetitos. Aquí tambien tiene lugar una especie de concurrencia vital, y un número relativamente pequeño consigue salir á luz; sin embargo de que, de una manera absoluta, existen aún en gran cantidad, y una observacion atenta nos haría encontrar en nosotros á cada instante un número bastante considerable de apetitos de alimentacion, de respiracion, de luz, de sonidos y otros apetitos de sentido y de movimiento.

II.

ANHELO Y DESEO.

La primera fase (estadio) empieza en el momento en que el recuerdo y la consciencia clara están completamente desarrollados. Detengámonos todavía en el ejemplo del niño recién nacido que tiene hambre.

Mientras más repite el acto de la nutrición, más se familiariza con los movimientos necesarios para coger, chupar, tragar, que ejecutaba primero con incertidumbre, gritando y manoteando inútilmente. Al mismo tiempo consigue saber que sus movimientos sirven para apagar la sensación del hambre, cuyo conocimiento se le ha hecho igualmente familiar. Todo recuerdo es una asociación, á saber: una asociación de una sensación (apetito), de un movimiento (reacción) y de una satisfacción de los sentidos producida por este último (hambre, alimentación, goce, gusto agradable). Mientras más familiar se hace esta asociación, más claro, limpio y fijo se hace el recuerdo que resulta, y de una manera más notable se presenta á nosotros este recuerdo como un hecho independiente desligado del apetito; es decir, que ya la idea de la alimentación y del bienestar que causa puede nacer independientemente de las fuertes sensaciones del hambre que al principio eran necesarias para producir toda esa serie de fenómenos. Aquí entramos en la fase del anhelo y del deseo. Procede, como vemos, por vía de desarrollo gradual del apetito, al cual se une por la fase transitoria del apetito experimentado. Y hé aquí en qué consiste el progreso; en la fase del apetito brutal, el movimiento por el cual nos reaccionamos contra la sensación intentando satisfacerla, estaba entregado á la casualidad ó encontrado por medio de tanteos; en la fase del apetito experimentado acabamos de aprender á conocerle; ahora, gracias á la práctica, ha llegado á sernos familiar. Este último punto constituye inmediatamente una diferencia importante.

El apetito procede esencialmente del disgusto. El disgusto, el dolor, son, propiamente hablando, lo que nos excitan, mientras que el placer satisfecho nos dispone al goce tranquilo. Pero el deseo es la representación de un placer, al cual tiende; es esencialmente una aspiración hácia un placer. Y á este carácter se une otra diferencia no menos importante. El apetito no está ligado al tiempo; está limitado al tormento actual; el deseo, por el contrario, tiene su raíz en el recuerdo de un placer anterior al cual aspira de nuevo en el porvenir; abraza el pasado y el porvenir. Además, mientras que el apetito se limita únicamente á obrar contra el disgusto, el deseo procede ya con más combinación. Sabe soportar un disgusto presente, renunciar al goce para llegar á un placer más grande ó para evitar un disgusto mayor. Por esto los apetitos son múltiples, correspondiendo á las diferentes condiciones de los diferentes órganos, y dispersándose en las direcciones más diversas; los deseos, por el contrario, son menos numerosos; tienden más á la unidad y forman una especie de burguesía un poco más distinguida, superior á la olocracia

de los sentidos. Sin embargo, la calma no reina precisamente entre ellos, y están igualmente sometidos á la ley de la concurrencia vital.

Como hemos visto, la costumbre es un elemento muy importante en el desarrollo de los deseos. La costumbre hace sentir su influencia de dos maneras. Primero nos hace conocer el placer, lo transforma en una necesidad, y por esta causa el deseo nace y se desarrolla del lado á que aspira. En segundo lugar, nos hace más y más familiar el movimiento que engendra la sensación del placer, y nos pone en el caso de medir la grandeza, la rapidez y la energía de los esfuerzos necesarios para llegar al objeto de nuestro deseo. La costumbre nos suministra, pues, el medio de calcular de algún modo por anticipado el éxito de nuestros movimientos, y de apreciar, por consecuencia, qué probabilidades hay de llegar á la sensación agradable que es el objeto de nuestros deseos.

De estos dos elementos, el grado de costumbre á cierto placer, junto á la grandeza absoluta ó relativa de este último, y el grado de la posibilidad que ha de obtener, nace una gradación bastante variada en la vivacidad de nuestros deseos. Del anhelo inocente se pasa por transiciones fáciles, casi insensibles, al deseo apasionado, por cuya realización se arriesgaría la cabeza. Sin embargo, en esta escala se pueden distinguir claramente dos grados que están en la naturaleza de las cosas. El anhelo se basa principalmente en la representación de la sensación agradable, y hace abstracción de los medios de realización (sea porque es imposible procurárselos, sea porque la debilidad de la sensación ó cualquier otro motivo nos ha impedido examinarlos atentamente); y el deseo, en el sentido riguroso de la palabra, que se representa primero la realización del anhelo, la mira como posible, más ó menos fácil de alcanzar, y toma á la viva representación del movimiento necesario, un estimulante tanto más fuerte para ejecutarlo. El anhelo puede ser más ó menos resignado y más ó menos vivo; puede ser ardiente, puede ser un voto apasionado, y sin embargo, como acabamos de decir, se distingue esencialmente del deseo en que este último se representa claramente el medio de la realización y la mira como más ó menos fácil de alcanzar. El deseo, por su parte, puede ser tranquilo, tímido, moderado ó brutal, atrevido, desenfrenado; puede ser impetuoso y pasajero, ó más ó menos obstinado, tenaz, apasionado. El anhelo y el deseo son la condición recíproca uno del otro. El anhelo es el padre del deseo, y esta es, propiamente hablando, la regla general. Pero la ocasión también hace al ladrón; el conocimiento de la facilidad de la realización puede hacer nacer el anhelo, y en todo caso la idea de la posibilidad de esta realización le fortifica.

Si he dicho antes que el anhelo y el deseo proceden del recuerdo de un placer, esta opinion parece contradicha por la experiencia diaria, que nos demuestra que anhelamos frecuentemente no ver llegar una cosa desagradable, y que nuestras repulsiones igualan á nuestros deseos en violencia. Sin embargo, si consideramos esto más cerca, encontraremos fácilmente que hay siempre en el fondo una idea positiva de placer. Si yo anhelo, por ejemplo, no sufrir una disminucion de fortuna de que estoy amenazado, es porque me represento las cosas buenas que debe procurarme el dinero; y si hago todo lo posible por evitar un peligro de muerte, es porque siento con redoblada vivacidad cuán feliz era yo en mi persona. El temor de los males es en verdad un excelente amo para disciplinar nuestros deseos, ayuda á moderarlos y á reprimirlos, como todos sabemos, pero no es en general lo que existe realmente lo que nos determina en nuestros actos.

Como los apetitos, los deseos son tambien principalmente físicos. En verdad se puede objetarnos que nuestros sentimientos elevados (intelectuales y morales) engendran necesariamente apetitos y deseos, y el lenguaje habitual confirma esta objecion: en efecto, hablamos de nobles deseos, de anhelos caritativos, patrióticos. Pero si consideramos que nuestros pensamientos son producidos por nuestros deseos, que están al servicio de éstos, es claro que no puede tratarse en este momento de sentimientos engendrados por el pensamiento, porque nos ocupamos únicamente de la clase del desarrollo de nuestros deseos simples y elementales.

III.

REFLEXION.—TENDENCIA.—ASPIRACION.

Los deseos tambien son múltiples, como ya hemos dicho, y de especies muy variadas. Pero cada uno de ellos tiene naturalmente una cierta tendencia á la supremacia. Los deseos concuerdan mal entre sí; mientras unos son más fuertes, son necesariamente más débiles los otros. Se ha discutido mucho sobre la unidad y la simplicidad del alma. Puede explicarse de una manera completamente realista, completamente mecánica, si se considera el organismo sencillamente como una suma de fuerzas disponibles (extension), como una reserva de trabajos. Es claro que si se quita una parte de esta reserva en su extremidad, ménos quedará en la otra, y mientras mayor sea el número por el cual se divide el todo, el cociente que le quede á cada parte será más pequeño. Nuestro sistema nervioso, compuesto de nervios periféricos y de órganos centrales, gran simpático, médula espinal, médula prolongada, cerebelo y cerebro, tiene un doble empleo. Primero prepara de una manera completa y hace disponibles fuerzas de tension, acumuladas en el

organismo, en virtud del carácter muy complejo de las afinidades químicas, y por consecuencia de la gran combustibilidad de la masa nerviosa. En segundo lugar, debe poner todas las partes en relacion entre sí, crear un sistema de coordinacion general y recíproca perfectamente desarrollado, particularmente en los órganos centrales superiores y sobre todo en los hemisferios del cerebro. El sistema nervioso representa, pues, el campo de batalla y el almacén general de municiones y de provisiones de los deseos. Mientras más fuerte é intensa sea la sensacion primordial, más seguro y familiar es el movimiento de reaccion, gracias al ejercicio y á la costumbre, y más fácilmente extiende su imperio en un gran radio el deseo dominante, acapara y somete á su único uso los medios de accion colocados en el almacén general de las reservas. Cuanto más frecuente y completo sea el éxito y mejor empleadas resulten en obrar en esta única direccion determinada las fuerzas de tension acumuladas en el organismo, más probabilidades tendrá este deseo de llegar á una supremacia más ó ménos exclusiva y durable.

No debe extrañarse que yo llame *máxima* al deseo que llegue á una supremacia durable. Hay la costumbre de designar por esta expresion un principio moral aprobado por el juicio de la razon. Segun el sentido literal de la palabra, *máxima*, es decir *maxima ratio*, significa solamente principio superior. Pero la única via posible para llegar á las reglas superiores del deseo y de la accion es la intensidad primordial de la sensacion, el ejercicio y la costumbre, á los cuales es preciso unir tambien el uso y la educacion. Ningun camino conduce á ello especialmente si partimos de un conocimiento teórico y abstracto de la razon. Independientemente de que, segun mi punto de vista psicológico particular, el conocimiento teórico no es en general más que un fenómeno resultante de la actividad práctica del alma, el simple conocimiento abstracto de la razon se muestra con frecuencia completamente impotente en la lucha ardiente de los deseos y de las pasiones. Pero es preciso mirar todavia á nuestro conquistador con gran cuidado. Ya no es el antiguo deseo vivo, impetuoso; la victoria no le ha sido tan fácil, y en la pelea ardiente, se ha visto obligado á tomar una forma diferente y más noble. En efecto, la lucha es viva. La vida es difícil, y no se parece en nada al país de Jauja, donde cada deseo naciente se realiza por sí mismo. Los deseos son muy numerosos, y para contentar uno, es preciso que los demas sean reprimidos, y para un solo placer es necesario soportar muchas penas y disgustos; hay necesidad de aplicarse y reflexionar á fin de aplicar los buenos medios en tiempo oportuno.

Esto es justamente lo que forma la diferencia en-

tre la tendencia, la aspiracion razonada y reflexiva y el simple deseo y el apetito. El apetito no está ligado al tiempo; sin reflexion vive siempre en el presente; el deseo obra con más circunspeccion; piensa en el pasado y en el porvenir, combina los medios y calcula el efecto. Pero, hijo del tiempo, es fugitivo como él; nada es más transitorio que el deseo físico ordinario. Pero otra cosa sucede con la tendencia reflexiva dominante cuando se desarrolla normal y regularmente. En este duelo es preciso que cedan el puesto los deseos fugitivos que se extinguen con el goce. Todo lo más pueden mantenerse pasajeraamente, si la sensacion primordial posee una intensidad extraordinaria enfrente de esas aspiraciones profundamente arraigadas por una larga costumbre y que constituyen el carácter particular y la verdadera direccion de la vida del individuo. Por la reflexion sobre las vías y medios, estas aspiraciones están íntimamente ligadas á los sentimientos intelectuales, y por la tenacidad con que prosiguen su objeto, se unen á los sentimientos morales superiores lo mismo que á los desarrollos secundarios del temor y de la esperanza, del júbilo y del dolor, etc. Esas aspiraciones son duraderas, al par que el deseo era transitorio; son una sub-corriente fuerte y constante, mientras que el deseo produce una ligera ondulacion en la superficie. Si consideramos también brevemente el proceso por el cual se desarrolla la máxima, veremos que, en general, como ya hemos dicho, la costumbre (educacion, uso) ejerce sobre ella una influencia esencial. Pero la lucha entre varios deseos para llegar á la supremacia se realiza particularmente en la reflexion, que se eleva por todos los grados y todos los matices posibles desde la duda tímida y del ensayo prudente hasta su término definitivo, la resolucion. La tendencia reflexiva está, pues, á su vez mucho más cerca de la unidad que las fases precedentes; se podría decir que es ya una unidad completa, y que la máxima debe necesariamente existir en el concepto en el estado de unidad intelectual. Lo es en realidad y conserva este carácter á la larga. Pero no existe en estado aislado. Ningun hombre, al menos ningun hombre normal, vive de una sola máxima. Esos principios superiores, si los miramos de cerca, son en resúmen muy numerosos y luchan en todas las circunstancias determinadas para conseguir la supremacia. Entre sí, como en los deseos, decide la deliberacion y la reflexion y hace inclinar la balanza la potencia de la costumbre.

IV.

VOLUNTAD.

Con la resolucion que pone término á la deliberacion entramos en el último estadio, el de la voluntad. La deliberacion, aún siendo el sintoma de

un deseo formal, está todavía lejos de ser un verdadero acto de la voluntad. El que delibera, no quiere aún, sino que querrá. Podemos hablar de la voluntad en todas las partes en que se verifica una deliberacion y á seguida una determinacion, una resolucion. En un sentido restringido, el deseo tiene ya su voluntad, lo mismo que esta se desarrolla en la formacion de la máxima. Sin embargo, en el verdadero sentido de la palabra, la voluntad no empieza á manifestarse hasta el momento en que, no solamente las acciones más importantes de la vida y las esferas en las cuales esta se mueve quedan sometidas unas y otras á principios superiores, sino también en que esas máximas, dirigiéndonos en los detalles, establecen por todas partes entre sí relaciones fijas de subordinacion, en que éstas empiezan á formar hasta cierta medida un sistema único, en que la aristocracia de las reglas y de las máximas han encontrado en la supremacia real de un principio dominante un principio natural y constante. Porque, ¿qué es lo que constituye el carácter esencial del hombre maduro y razonable, sino la unidad absoluta en sus actos? Y no damos esta unidad como el ideal moral realizado; ella marca simplemente la plena posesion y el completo desarrollo de la inteligencia, porque está lejos de ser el signo de la perfeccion.

Pero el hombre no es un sér aislado, es un miembro de un gran todo. Toda nuestra civilizacion, toda nuestra inteligencia, son el producto de esta comunidad. Por esto la voluntad aislada del individuo es incompleta; es un fragmento, una fase imperfecta del desarrollo, casi como, en el círculo de la vida individual, el deseo aislado y la máxima aislada. La voluntad aislada, refiriéndose sólo á la satisfaccion individual, es algo de limitado y de absurdo. El egoismo más refinado y sutil es, en resúmen cuentas, un modo de accion insensato, estúpido, y no puede ser de larga duracion. El viejo proverbio: «la mentira no va lejos,» es siempre verdadero. Las voluntades egoistas é individuales se combaten entre sí, como las máximas, los deseos y los apetitos aislados, y de esta concurrencia vital sale igualmente una ley más acabada, la que dice: «no hagas á otro lo que no quieras que otros te hagan.»

Con la formacion de estas unidades, que se elevan siempre, marcha de frente una variedad más rica en los sentimientos que nos animan, un desarrollo más y más ámplio, una gradacion más matizada, un uso más noble de los bienes y de los males. Nuestros apetitos son excitados principalmente por el disgusto, las privaciones y el sufrimiento. El deseo marcha en seguida de las aspiraciones brutales, físicas; en la máxima y en la voluntad individual aislada encontramos ya los sentimientos estéticos,

individuales y hasta morales, que sacan su origen de la fuerza, de la energía y de la lógica de nuestras tendencias. En la fase última de la voluntad moral razonada vemos aparecer los sentimientos más elevados, los más nobles, los más sagrados que el corazón humano puede encerrar: el amor, la amistad, la adhesión al bien público, el patriotismo, la piedad, etc. La ola de nuestros sentimientos se desborda por todas partes con sonidos sublimes, acordes más y más armoniosos; ya tranquilos y profundos, ya manifestándose por gritos de júbilo ó de dulces quejas, ya pacientes y perseverantes, presentan una diversidad sólo comparable á la de los destinos humanos, cambiantes é innumerables que se agitan mezclados en la corriente estrecha de la vida. Diríase que el organista ha tirado de todos los registros para extender inmensas corrientes de armonía.

Cualquiera que sea la brevedad de un ensayo sobre la voluntad, es imposible pasar en silencio la célebre cuestión del libre albedrío. Sábese á cuántos escritos, á cuántas discusiones ha dado lugar. No puede entrar en mi intención querer tratar á fondo un problema tan espinoso, y debo limitarme á exponer en algunos rasgos fundamentales mi opinión, tal como resulta natural y lógicamente de las explicaciones precedentes.

El hombre no ha nacido libre, según la expresión del poeta, ó, al menos, no lo es en el sentido de que viene al mundo dotado de libre albedrío; pero desarrollándose puede ciertamente llegar á un alto grado de libertad. En el momento de nuestro nacimiento somos débiles criaturas completamente á merced de los que nos rodean. El movimiento reflejo, esa primera forma de reacción contra las excitaciones, está sometido á condiciones completamente físicas, mecánicas y anatómicas; los apetitos, acompañados ya de la conciencia de un placer experimentado, provocan un movimiento conocido; el deseo se guía en sus operaciones por la experiencia y un cálculo razonado. En la fase de la reflexión deliberante tenemos ya á nuestra disposición una gran destreza, una gran costumbre, y sabemos combinar, coordinar nuestros modos de acción de una manera muy variada y conforme á nuestro objeto. Hé aquí el material y al mismo tiempo el instrumento con los cuales debe obrar nuestra libertad madura. Es preciso aprender á manejar ese instrumento, puesto que sólo seremos libres según el grado de habilidad con que sepamos servirnos de él. Sucede con esta libertad lo que sucede con la del artista. El genio más grande, si no ha aprendido á manejar el pincel ó el cincel, no es artista que crea libremente; es un mal obrero, un esclavo de la materia ó de la casualidad.

El tipo de nuestra libertad exterior es el movi-

miento arbitrario de nuestros miembros, que no poseemos por derecho de nacimiento, sino que adquirimos penosamente por el ejercicio y la costumbre. Este desarrollo de nuestros movimientos exteriores, desde el movimiento reflejo mecánico hasta el movimiento arbitrario reflexivo, medido y combinado, es completamente análogo al desarrollo moral, interior. Durante este último aprendemos igualmente, por el ejercicio y la costumbre, á subordinar unos á otros nuestros apetitos, nuestros deseos, nuestras máximas, y á hacer salir una voluntad única, consciente, consecuente. Sólo somos libres en la medida en que reunimos esta operación moral. No hay duda que gravitamos necesariamente en la dirección á que nos llevan nuestras máximas y nuestros deseos más desarrollados. Pedir á un individuo sin educación, esclavo de sus malas costumbres, de sus vicios y de sus pasiones, la fuerza de tomar libremente una resolución virtuosa, es como si recogiéramos en la calle un aprendiz de zapatero y le pusiéramos delante de un piano, suplicándole que tocara una sonata de Beethoven. El hombre no es de nacimiento un sér libre; es libre únicamente si lo consigue por sus propios esfuerzos. La medida en que adquiere esta libertad depende en gran parte sin duda de circunstancias exteriores de su desarrollo. Pero no olvidemos que la facultad de desarrollarse no se ha concedido en grado tan elevado á ningún otro sér de la creación como se ha concedido al hombre para acomodarse á las condiciones más diversas, para mantener y extender enfrente de todos la individualidad de su sér.

A. HORWICZ.

(*Revue philosophique.*)

POLÍTICA DEL TALLER.

EL SALARIATO.

VI.

Cuando uno piensa en las idas y venidas del socialismo contemporáneo, desde que San Simón puso en el *Organizador* la primera piedra del edificio, parece como si fuesen acudiendo á la memoria confusas y medio desvanecidas imágenes al despertar de un largo sueño. En poco más de medio siglo New Harmony, Mênilmontant, los falansterios, Icaria y el *Círculo* de Leroux se han hecho tan anticuados como si hubiesen nacido con Platon ó Campanella, con Moro ó con los igualitarios de la primera Revolución francesa. Sin más miramientos

* Véase el número anterior, pág. 454.

ha tratado la moda á los novadores de 1848, y los planes de Buchez y de Luis Blanc, y el Luxemburgo, y el taller nacional, y el derecho al trabajo, cosas son un tanto relegadas á la historia; de modo que el que quisiese darlas interes de actualidad, no cuidando de quitarlas el polvo ó de engalanarlas con otra diccion y otro vestido, pasaria por hombre poco corriente y obtendria nota de *cursi* en la jerigonza de los salones.

Una sola figura se mantiene firme en aquella galeria de pasadas grandezas: Proudhon, el fiero y sin par atleta. Su lenguaje no ha envejecido, su critica no se ha alterado. Las armas de que se vali6 para combatir lo existente son las mismas que esgrimen hoy los novisimos reformadores; idénticos los artificios que proponen para reemplazarlo. No reniegan de él los grupos avanzados, ántes bien se jactan de ser sus parientes más cercanos. Imitanle los colectivistas en su teoria de la igualdad de salarios, negacion de la propiedad individual: los mutualistas le copian en su sistema de reciprocidad del crédito, trasunto fidelisimo del Banco de cambio. Encerrada la Internacional en estas fórmulas, no viene á ser más que el verbo prudhoniano hecho carne.

Importa poco que la índole de mi trabajo no me consienta remontarme á estas alturas, porque, en medio de su constante movilidad, el socialismo tiene un fondo permanente que no cambia jamás de medios ni de fines. Discutiendo con uno, discutis con todos. Siempre es el mismo reformista que sacrifica lo individual á las colectividades: el mismo nivelador que intenta la depresion de todas las alturas, llámense riqueza, poder, autoridad, propiedad ó capitales. Miétras estuvo en la infancia, solia condensarse en la imaginacion de un utopista y trazaba planes de arquitectura social: mozo ya, empezó á formar cofradías, y ensayaba cursos experimentales; y ahora, creyéndose maduro y con prestigio, envuelve en sus redes á una clase entera de la sociedad y pretende darnos la fórmula de emancipacion del proletario. A fuerza de tenacidad y de irse extendiendo por las superficies, se hace la ilusion de que le basta alargar el brazo para alcanzar sus ideales; pero sigue andando y no consigue llegar. Ni es fácil que llegue jamás. Cambiará de lengua, mudará de traje, trocará sus armas; pero el *enemigo* está ahí firme é inquebrantable; que cuando no es la familia es la propiedad, cuando no es la propiedad es la libertad y la responsabilidad individual, es decir, siempre el hombre, el hombre segun la naturaleza y no segun los deseos, la voluntad y los arreglos de los reformadores.

Compruébase esta identidad en la idea comparando al socialista radical de hoy con el conciliador. Colectivistas y mutualistas quieren cambiar de raíz toda la organizacion industrial: el neo-socia-

lismo se contenta con la supresion del salaríato. Para dar gusto á los dos primeros grupos, el internacionalismo ofrece su liquidacion social: para complacer al tercero, bastaria sustituir la asociacion al salaríato. Pero si la asociacion ó asociaciones obreras que toman por modelo nos diesen un sistema absoluto y enteramente nuevo de retribucion del trabajo, no variarían una parte de la organizacion industrial, sino toda ella; y ent6nces, incluyendo en una sola polémica á los avanzados y á los conciliadores, tendríamos que demostrar á unos y á otros, como más ó ménos tarde es forzoso hacerlo, que el *abhorrecible* capital concluye por salir triunfante en todas las combinaciones, con las mismas tendencias á gobernar y dirigir la vida industrial, con la misma distribucion de beneficios, intereses y salarios, y sin más diferencia que la forma de los capitales ó la personalidad del capitalista.

No es posible esclarecer estos puntos sin ver de cerca las asociaciones obreras. Lo haré; pero ántes tengo que ceder á una exigencia de método. Al lado del neo-socialismo sistemático, hay algunas doctrinas sueltas que pretenden resolver la cuestion de salarios de una manera indirecta y en una forma concreta. Para despejar el terreno, desembarámonos primero de estas doctrinas, entre las cuales figuran en primera linea la reconstitucion de los gremios, la *organizacion* de las huelgas, el minimum legal del salario y la limitacion de horas de trabajo para los operarios adultos y mayores.

VII.

Peñará algun lector malicioso que eso de la reconstitucion de los gremios es un cargo gratuitamente dirigido al bando socialista para hacerle más odioso é incompatible con las exigencias de la vida moderna. No es así, y, por absurda que parezca la especie, sépase que los gremios tienen todavia unos cuantos defensores en Alemania y en Francia. En Alemania no es de extrañar, recordando que si Prusia abolí los gremios en 1810, Austria los dejó hasta 1860, y aunque el régimen haya desaparecido, queda el espíritu de cofradía entre los menestrales de algunos pueblos alemanes. Francia, con haber sido ménos reacia, ha tenido enérgicos defensores de los gremios hasta hace poquisimos años. En tiempo de la Restauracion, hubo escritores de nombradía que propusieron su restablecimiento con ligeras alteraciones: en 1843 abogaba por ellas el presidente del Tribunal de Comercio del Sena, y todavia bajo el segundo Imperio hallaron eco en el seno de una junta de informacion para el alivio de las clases obreras.

No entra en mi plan reproducir las razones tantas veces alegadas contra una institucion desterrada de las leyes y muerta en las costumbres. Pero ya lo sa-

bía Sismondi, é insistió no obstante en que nada podrá reemplazar los lazos de cariño que el gremio sostenía entre patron y operario. Si por ventura pensando como él algún ingenio perdido oscuramente en la masa general del neo-socialismo, suspirase, como dije ántes, por el gremio, yo me limitaría á decirle que de todas las maneras de asociar el capital y el trabajo, la del régimen gremial fué la más imperfecta, la más incompleta y la menos estrecha. Era una juxtaposición, no una asociación. La ventaja que podía resultar de los tratos y amistades personales entre amos y aprendices compensábanla con usura el monopolio y el despotismo del maestro; y ni había recíproca confianza, ni mútuas inteligencias, ni pública censura, ni otra condición que mereciese compararse con las que presiden en las uniones libres. Dicho esto, pasemos de largo, porque no es de presumir que la reconstitución del taller por medio del gremio tenga muchos partidarios entre nosotros.

Tampoco nos ha de venir la redención del lado de las coaliciones obreras. El indisputable derecho de coligarse los operarios para debatir *pacíficamente* las condiciones del jornal con los dueños de fábrica, está reconocido hoy por las mejores legislaciones industriales. Igualmente lo está la huelga sin coacciones ni otro género de violencias; y esto no es nuevo, porque ya se conocían huelgas en la Italia de la Edad Media. La novedad consiste en su mayor frecuencia, en su carácter imponente y en la organización que les han dado las uniones inglesas de oficios y los planes internacionalistas. Tres cosas han resultado de esta organización, que son otras tantas preciosísimas lecciones. Hemos aprendido que si después de una huelga han subido los jornales, esta subida no se ha podido sostener *sino en cuanto lo hayan consentido las circunstancias del mercado*. Nos han enseñado que, por poco que dure la huelga, desaparece por momentos el fondo que, para sostenerla, tenían allegado las sociedades obreras. En más de una ocasión, los huelguistas ingleses han echado por la ventana cerca de millón y medio durante la paralización de los trabajos; pérdida irremisible y no compensada con el aumento que *hayan tenido los jornales*. Última lección: como las industrias son solidarias, la paralización voluntaria en unas produce en las demás la paralización forzosa; y los huelguistas, después de obtener para sí un éxito cuando ménos dudoso, *empeoran la condición de aquellos compañeros suyos que no creyeron conveniente holgar ó trabajar en otras industrias*. Soberana injusticia, que es menester echar en cara á los atizadores de huelgas, ya que con ellas se pretende asegurar la independencia del proletario.

VIII.

Son de un género muy parecido las supuestas garantías que hayan de obtenerse fijando un minimum legal de salarios ó limitando las horas de trabajo. El minimum de salario es otra antigualla condenada por los principios más elementales de la ciencia. Ante todo, sepamos por qué razón el minimum legal habría de establecerse únicamente para los operarios manuales de las fábricas. Si el objeto es asegurar al que no tiene capital lo estrictamente necesario, ya hemos visto que de este mal adolecen muchísimos que no viven precisamente de sus manos; y, por consiguiente, preparaos á hacer una ley general que incluya en los jornales toda clase de estipendios y honorarios. Estaremos en plena tasa.

Por mucho que lo quieran disimular, los partidarios del minimum legal parten siempre del mismo error: de que el precio del jornal depende de la voluntad del fabricante. Pues yo no me cansaré de repetir que ningún fabricante es libre de dar al jornalero lo que se le antoje. Por poco que el tipo legal exceda de lo que buenamente puede darse, con sólo que no permita al dueño de una fábrica proseguir sus negocios siquiera bajo el mismo pié que ántes, los resultados no se harán esperar mucho tiempo, la producción se reducirá y se irán cerrando los talleres. ¿Qué criterio tiene el patron para saber si sus negocios podrán continuar bajo el mismo pié? Dadle las vueltas que queráis: no tiene otro que el tipo corriente del mercado, que la imprescindible ley de la oferta y el pedido. Esta nos dará constantemente la *proporción normal* entre el capital y el trabajo. Prejuzga esta proporción en un decreto, y si vuestro tipo previo coincide con el del mercado, haceis un trabajo inútil: si no coincide, sacrificais uno de los agentes de la producción al otro. El sacrificado desaparecerá. ¿Es esto lo que se intenta? ¿Ahuyentar acaso al capitalista? Lindo negocio para el operario y extraña confesión para el socialismo. Lindo negocio para el primero, porque de aquel capital expulsado habían de salir los salarios: extraña confesión para el segundo, porque á esa intención de despedir al capitalista se da el nombre de guerra al capital, y todos los honores de esta guerra los reclama para sí el socialismo avanzado, que tiene por lo ménos el mérito de la franqueza.

Sin duda por este motivo priva más entre los neo-socialistas el consejo de limitar las horas de trabajo. Propúsose esta novedad en las Cortes de 1873, copiándola de los legisladores franceses de la segunda República. Un proyecto de ley presentado en 17 de Julio de aquel año pretendía «que la duración del jornal en las fábricas de vapor, talleres y demás establecimientos de carácter industrial ó fabril no

excediese de nueve horas útiles. Los jurados mixtos de fabricantes y obreros debían castigar con multas de 500 á 2.500 pesetas la infracción de este precepto por parte de los fabricantes, dueños de talleres y demás patronos.»

El carácter socialista de este proyecto revelábase claramente en los considerandos que le precedían y en las pocas palabras que pronunció en su apoyo uno de los firmantes. Adoptando el lenguaje usado entre conciliadores, decíase que la medida no era puramente socialista; citábase inexactamente la legislación inglesa, que limita las horas tan sólo para los niños y las mujeres; se manoseaba la consabida frase de esclavos blancos, comparando al operario europeo con los negros de América; y tras mucho hablar de cuarto estado, se referían *casos* de fabricantes que hacen trabajar diez y seis ó diez y ocho horas diarias al jornalero, culpando de esto á la organización social presente, «que no permite al obrero luchar ventajosamente con el capital, ni le deja tiempo hábil para descansar de sus fatigas, y mucho ménos para elevarse á la categoría de verdadero ciudadano por medio del estudio y de la meditación.»

No se volvió á hablar del asunto, porque la intención era manifiesta. Queríase obtener indirectamente *la reglamentación del salario* por la condición del tiempo. Había, por supuesto, una exageración conocidísima en lo de las diez y seis ó diez y ocho horas, siendo de desear que se hubiesen puntualizado las fábricas de Cataluña donde existía tan criminal abuso, las industrias que daban ocasión á ello, las circunstancias en que tenía lugar, y sobre todo que se nos hubiese dicho cómo lo consentían los mismos operarios, que al fin son ciudadanos libres, y cómo se arriesgaban á exigirlo los fabricantes, cuando ellos eran los primeros en solicitar el límite de las horas, según afirmaban los autores del proyecto.

Dudo mucho que lo soliciten los fabricantes, y no por egoísmo, sino por la fuerza natural de las cosas. Un límite legal de horas es tan imposible de sostener, como lo es el límite legal de los jornales. Minimum de salario y maximum de horas vienen á ser una misma cosa. ¿Por qué no tasamos el salario? Porque dentro de cada empresa sólo la ley del mercado nos dirá la cantidad de retribución que *resulte posible* para cada clase de trabajo. ¿Por qué no tasamos el tiempo? Porque en cada empresa la cantidad diaria de trabajo manual está subordinada á mil accidentes imprevistos: la índole de la ocupación, los perjuicios de las interrupciones, la urgencia del pedido, la afluencia ó escasez de brazos. No sé por qué ha de haber en las fábricas y talleres una ley económica distinta de la que rige en los bufetes y oficinas. En todas partes, cuando hay urgencia, la

tarea es larga; y no me vengan otra vez con sutiles distinciones entre el operario manual y los de otras categorías, pues gente de pluma conozco yo que por el triste garbanzo vive atada á una mesa, sin que jamás se nos ocurra pedir en beneficio suyo un cuadrado de horas inalterable.

De que nuestra organización social no impide al operario la meditación y el estudio, responden claramente los hechos. ¿Cuándo ha sido mayor el número de escuelas populares, ni se han visto tan frecuentadas como en la organización social presente? ¿Son los socialistas quienes á fuerza de rebajar horas de taller han creado la enseñanza popular? ¿Son los países donde se trabaja ménos tiempo aquellos en que el operario se educa más y mejor? De la ordenada combinación del trabajo y la enseñanza diré para los mayores lo que dije de los niños: la libertad la trae, el propio interés del fabricante la va comprendiendo, y las buenas doctrinas morales y económicas la extienden y consolidan.

IX.

Después de este ligero escaramucear, no sin hacer entre los desprevenidos bastante estrago con las solapadas doctrinas de la huelga *organizada*, tasa de jornales y reducción de horas, avanza el grueso del ejército neo-socialista con la bandera de la asociación. Simpático es el pretexto, la táctica habilísima. Todo lo que tienda á asociar el operario al patron, todo lo que haga concordar á entrambos en actividad y en fines, es una conquista moral que se convertirá en ganancia positiva. Con halago, con estímulos, con un tanto más de interés personal, con cualquier vínculo que se invente para que el operario no sea extraño del todo á los resultados de la fabricación, nos atraeremos mejor su voluntad, excitaremos su diligencia, cobrará mayores ánimos é irá subiendo de punto la conciencia de su dignidad y de sus destinos sociales.

A nadie daría yo privilegio de invención por este descubrimiento, que el espíritu moderno reclama entero para sí. Dado que hayamos de reconocer algún derecho de prioridad en la idea de buscar un principio superior de armonía entre el capital y el trabajo, no será el socialismo sino la escuela liberal quien lo pida. Pero la armonía se opone á la confusión; y lo que quiere el neo-socialismo, por boca de M. Duval, no es combinar, sino *fundir* en una misma entidad los dos órganos de la actividad productiva. Según él, vamos en pos de este ideal más que de prisa. Molinari opina, por el contrario, que cada día es más acentuada la tendencia á separar el capital del trabajo. ¿Quién de los dos tiene razón? Como la cuestión es de hechos, no puedo prescindir de examinarlos con algún detenimiento.

A medida que la industria va tomando vuelos, sus contingencias son mayores y el éxito más aleatorio. El porvenir de las industrias pequeñas depende en gran parte de circunstancias de localidad: el de las grandes se enlaza con hechos sociales que trascienden á la humanidad entera. Véase, por ejemplo, lo que está sucediendo ahora mismo con los hierros. Durante largos años la ferretería ha prosperado en Bélgica, en Francia, en Alemania y, sobre todo, en Inglaterra. En este momento los hierros empiezan á pasar por una crisis intensa. Casas hay en Inglaterra que de diez y seis altos hornos no tienen funcionando más que dos: otros establecimientos están á punto de cerrarse: todos tienen que vender con pérdida, abrumados por la competencia de los hierros belgas. Comprendo que en estos trastornos hayan tenido alguna parte las huelgas y las exigencias de los jornaleros ingleses, pero las verdaderas causas de la crisis son infinitamente más hondas y mucho ménos pasajeras. Europa surtía de hierros al mercado americano, y este mercado empieza á trabajar por su cuenta: los consumos militares de hierro sostenidos por un estado de guerra casi permanente en estos últimos años, se suspendieron alguntanto con la terminación del conflicto franco-prusiano; y lo que es todavía más decisivo, las redes generales de ferro-carriles quedan terminadas en las grandes arterias europeas, cerrándose una salida abundantísima de material de hierro, sin esperanza de que se restablezca. Ciertamente que la industria de hierros se irá reponiendo por caminos y combinaciones que al presente ignoramos; pero entre tanto el gigante está postrado y puede que algun día tengamos algun nuevo ejemplar en otros colosos que creemos invulnerables.

Ante estas terribles contingencias de los capitales máximos, que nadie presiente tanto como el instinto del negociante, crece cada vez más el número de aquellas personas que prefieren huir de eventualidades encerrándose en un rendimiento fijo y en lo posible anticipado. La tendencia general es á evitar las responsabilidades solidarias, prefiriendo á todo evento las personales ó limitadas. Así ha tomado incremento la sociedad industrial por acciones: así al lado del capital de garantía que representa la marcha de la producción, ha nacido el capital complementario que representa su deuda: así tenemos junto al accionista responsable por su capital, el obligacionista para cuya seguridad están hipotecados los fondos de la explotación y sus resultados.

Esta evolución que se ha ido efectuando dentro del capital es muy instructiva para el jornalero. El capital ha creído asociarse mejor y de una manera más estrecha dividiendo más sus fuerzas y estableciendo entre ellas una gran variedad de relaciones.

Ha creído que el capital llama capital á medida que va ofreciendo retribuciones más normales y ménos expuestas á sacudimientos. Ha visto que el *contacto inmediato* con un negocio industrial no es el mejor aliciente para la masa general de capitalistas, y ha creado el cupon de renta de periódico abono y cantidad fija, en combinación con el dividendo que refleja los azares y variaciones de la empresa.

Si esto acontece con el capitalista que es fuerte y á quien el socialismo tiene á bien regalar una posibilidad absoluta de espera, ¿cómo no sucederá con el jornalero? Temeroso de los caprichos del dividendo, huirá de él el capitalista en cuanto pueda, y en cambio el operario lo tomará por puerto de refugio. Siquiera no hagais las cosas á medias. Tomad ejemplo de los socialistas de raza que, mucho más previsores, piden con franca ingenuidad una subvención del Estado para toda clase de sociedades en que entren operarios. Pero la coparticipación del Estado no suele entrar en los planes del neo-socialismo; por consiguiente, es inútil discutirla.

¿Qué dice á todo esto la historia? ¿prueba que el desenvolvimiento de la industria exige que sus diversos agentes estén en contacto cada vez más íntimo con el negocio? Prueba lo contrario. La fusión de capital y trabajo es un fenómeno casi constante en las organizaciones primitivas, y luego se va reduciendo á localidades muy pobres y á industrias de escaso movimiento. Jamás ha existido una forma de asociación en que no aparezca el capital con sus atributos esenciales: á la corta ó á la larga, él y el trabajo manual concluyen por ir á parar á entidades distintas. ¿Qué falta nos hace el testimonio de la historia? Apelo al destajo, á la participación de beneficios y al sistema cooperativo, que son, especialmente este último, las formas más recomendadas para *identificar* el capital con el trabajo.

He de volver á las salvedades de costumbre: no combato el destajo, ni la participación de beneficios, ni la cooperación. Niego únicamente que puedan convertirse en hecho *universal* de la producción y que por su medio hayamos de elevarnos á los pretendidos ideales de M. Duval y consocios. Conozco que llega uno á hacerse pesado á fuerza de repetir; pero reclamo alguna indulgencia, porque la repelición es ahora muy del caso.

X.

Con el destajo se hace más palpable la utilidad del salario, porque demuestra la suma elasticidad de esta forma de retribución. Que cobre yo un tanto diario ó por semana, ó que cobre un tanto alzado reductible á unidades diarias, la esencia no varía. Habrá herramientas de mi propiedad, pondré algo de la primera materia, trabajaré en mi casa;

pero otro es el que posee el fondo principal de explotación, otro el que lo beneficia, otro el que está á todas las eventualidades. Contratado á destajo, sé que estoy más interesado en el éxito de la empresa: doy otro estímulo á mi actividad: si trabajo mucho y bien, soy más notado; si paso de mediano, puedo ir mejorando en categoría, y el dueño de la fábrica pone en mí los ojos, la voluntad y el interés para ascenderme. Pero aún cuando consiga ser por este medio un pequeño capitalista, en primer lugar veo á mi lado ó detrás de mí á otros que no lo son, y en segundo lugar veo encima á otro que lo es más que yo, y éste continuará *tiranizándome*, mientras que yo *tiranizaré* probablemente á los que tenga empleados á jornal. Porque esto acontece en el destajo; que ni es posible para todos los operarios, ni cabe en todas las industrias, y por consiguiente, aún manteniéndose como se mantiene *dentro del salario*, no llega ni llegará á ser en la producción un hecho universal. Esto no obsta para que se vaya generalizando y perfeccionándose con aquellas ingeniosas combinaciones en que son tan fecundos los hombres de negocios. Entre otras varias, puede citarse la que adoptaron los calafates del Támesis, y se introdujo después en algunas fábricas francesas con el nombre de regateo colectivo (*marchandage*). Consiste en señalar de antemano un tipo nominal de salario: el trabajador va recibiendo semanalmente una cantidad alzada, que el tenedor de libros deja apuntada á cuenta. Si al terminar la operación industrial resultan utilidades, una parte de ellas se distribuye entre los jornaleros hasta el mencionado tipo nominal; y esta diferencia entre lo que se ha ido percibiendo y lo que se cobra en definitiva, representa para el operario una especie de beneficio.

Vendría á ser el regateo colectivo la transición del destajo á la participación en los beneficios. Ott, que es uno de los que abogan con más calor por la participación, ve en ella un estado intermedio entre jornalero y capitalista, y sostiene que la retribución en forma de dividendo se funda en el principio de libertad, al paso que la retribución en forma de salario se funda en el principio de autoridad. Si lo del estado intermedio es cierto, tanto más en mi favor: el operario tendrá el doble concepto de jornalero y capitalista, y ya me sabrá decir, andando el tiempo, con cuál de las dos cosas se acomoda mejor: si con las esperanzas de un pingüe dividendo ó con las realidades de un salario módico; si con la inquietud del que lo aventura todo ó con la tranquilidad del que ha de obtener fijamente algún provecho. Lo que no admito de ninguna manera es que el salario suponga una retribución por vía de autoridad. Esta doctrina, á un tiempo arriesgada y singular, se funda en una arbitraria distinción

de Courcelle-Seneuil, volviendo con ella á la pretendida subordinación del trabajo al capital. Establecida la competencia ¿dónde está la autoridad que fija los salarios? ¿no habría motivo para calificar también de autoritarios los demás rendimientos? ¿no se miden todos por un mismo rasero?

Felizmente se trata de una experiencia ya antigua y, en cuanto ha sido posible, muy generalizada; y con ella hemos adquirido el mismo convencimiento que con el destajo: que la participación del jornalero en los beneficios de una empresa ni es cosa para todas las industrias, ni puede aplicarse sino á condición de coexistir con el salario.

Vamos primero á cuentas. ¿Qué clase de beneficios se admitirán á participación? ¿todos? Por ningún estilo. Hay en las empresas industriales cierto elemento un tanto olvidado en los análisis científicos, pero de gran valor en el comercio: el crédito personal del jefe. Hacedme el favor de repartir las utilidades referentes á este crédito personal. ¿Qué fabricante será capaz de ceder la más mínima parte de lo que en un negocio corresponda á su inventiva, tacto, talento, primeras y escabrosas tentativas, constancia, propia inspiración ó á sus relaciones personalísimas en el comercio? Y si á tal extremo llegase de heroica abnegación, ¿qué base tomaría para repartir? ¿de qué tipo ó de qué clase de unidad partiría para sujetarse á una regla de mediana justicia?

Doy tal importancia á esta observación, que en ella veo apuntado el motivo principal de los pobrísimos resultados obtenidos hasta la fecha con el sistema de partícipes. Ha tenido un éxito tan desdichado, que si no se tratase de un asunto serio, no podríamos contener la risa viendo tan ufanos á sus defensores. En una de las imprentas más acreditadas de Francia rigen los dividendos desde 1848, y nunca se han repartido más de ocho francos anuales á cada operario de los del montón, ni más de treinta y cinco á cada uno de los mejores. Otra casa importantísima (porque sólo quiero hablar de los ensayos en grande escala) trató de regularizar los repartos, y ha tenido que limitarse á dividendos de á franco diario, descontando 23 céntimos para el fondo de auxilios. Todavía tienen que bendecir su buena suerte los operarios de estos establecimientos; porque hay otros en Inglaterra y entre nuestros mismos vecinos que, después de haber prometido dividendos á los trabajadores mediante formal compromiso y con la mejor voluntad del mundo, no han podido repartirles en muchos años ni un céntimo de utilidades.

Paso por alto otras menudencias, como la de que en ninguna fábrica montada por este estilo se reparte dividendo á todos los trabajadores, habiéndolas de 300 en que no hay más de 90 partícipes.

De manera que la masa general sigue viviendo del salario, como del salario viven todos en último término, mayormente habiendo competencias ó crisis que aumenten la eventualidad de reducir los beneficios. Por último, una de dos: ó la suma del dividendo la señala por sí y ante sí el fabricante, que es lo más común, y en este caso desaparece toda clase de garantía; ó hay que admitir una ingerencia constante del operario en la administración de la casa, lo cual, sobre ser embarazoso, dará ocasión á mayor número de conflictos con el patron y á continuas rivalidades entre los jornaleros.

XI.

La parte más reposada del neo-socialismo fia los nuevos ideales á la extensión y eficacia del sistema cooperativo. Clamageran ha dicho en un arrebatado de entusiasmo: «Bajo el régimen feudal, gremios cerrados é independientes; bajo la monarquía absoluta, gremios unidos al Estado por medio de reglamentos; con el sufragio restringido, sociedades de capitalistas; con el sufragio universal, sociedades cooperativas.»

No es esta la vez primera que me toca hablar de la cooperación. Traté del asunto en 1867, y resumía mi modo de pensar en las siguientes líneas: «El sistema de cooperación entre jornaleros es recomendable como serie de aplicaciones del principio de asociación industrial libre y voluntaria: es provechoso como medio de facilitar un suplemento de salario de carácter bastante permanente: es trascendental en cuanto educa al operario para gobernarse dentro de su propia responsabilidad. Pero la cooperación no es una forma nueva de organización industrial; no es un remedio radical é infalible para los males del proletario; no es la negación, sino la confirmación de las leyes naturales que rigen el trabajo.» (1).

Cerca de diez años de no perder de vista este asunto, no me han hecho variar de concepto. Sigo opinando que la sociedad cooperativa es una idea fecunda, pero que no ha de conducir á la supresión del salaríato, ni á la de los intermediarios, ni á quitar al capital el gobierno de las empresas. Estos son los tres fines que el neo-socialismo se empeña en atribuirle, como lo indican sus adalides en estos ó parecidos términos: «La mejor organización industrial es la que resulta de una asociación de operarios provistos de herramientas y demás material necesario, cuya asociación se gobierne por sí misma y reparta entre sus individuos el producto de la empresa, atendiendo únicamente al trabajo. Como esto se está verificando ya con el método cooperativo, lo que conviene es generalizarlo y hacer de manera

que, en toda clase de empresas que exijan un trabajo colectivo, ni uno sólo de aquellos á quienes se dé ocupación deje de estar interesado en el negocio. Consíguelo la cooperación, adelantando y asegurando gratuitamente á los socios su retribución cotidiana, á diferencia del empresario, que se apropia todos los beneficios como recompensa de aquel servicio.»

No citaré datos de mi cosecha para convencer al lector de que estos efectos de la cooperación son otras tantas gratuitas suposiciones. Apelaré á los internacionalistas, que en sus bien conocidos y tristemente célebres Congresos dejaron muy mal parado el sistema cooperativo, mientras los economistas lo defendían. Parece ser que en Inglaterra, en la cuna de la cooperación, en el país que tanto la ha perfeccionado y extendido, en la patria de los *exploradores de Rochdale*, que empezaron con un puñado de chelines y han concluido por juntar millones; parece, repito, que allí, en aquella especie de hermandades, el pícaro capital sigue levantando la cabeza y no han conseguido sacudirse de encima la *pobilla* del salario. Recuerdo que en el Congreso de Bruselas un operario, hombre resuelto y buen decidor, arrancaba grandes aplausos á la concurrencia, culpando á las sociedades cooperativas de haber creado un *quinto estado* más infeliz todavía que el cuarto. Porque, decía él, muchas de estas sociedades imponían al principio una cuota insignificante de entrada por individuo; pero apenas empezaron á medrar, exigieron cantidades crecidas, y de esta manera se ha ido formando entre los mismos operarios una casta privilegiada, mitad capitalista, mitad jornalera, que explota á su sabor á los desventurados por su mala suerte reducidos á las tristes manos.

¿Quién lo había de creer? ¿Esas tenemos con el cuarto estado, llegado apenas á los umbrales del nuevo paraíso? Pues otro *delito* cometen más grave no pocas sociedades del mismo género, que consiste en tomar á jornal un gran número de auxiliares, sin darles parte alguna en la dirección ni en los beneficios. Resultado: que apenas instalada la cooperación, nace el socio fundador distinto en derechos del que no lo es; nace el capital complementario distinto del capital de garantía; nace el capitalista con ó sin mezcla de jornalero, y aquel capitalista es distinto del simple operario. Y tan distintos como son. ¿No hablaba de una nueva casta privilegiada el orador de la *Internacional*? ¿Por qué lo decía? Porque veía cooperadores que perciben un interés de capital además de su salario, y otros que cobran jornal pelado. ¿Consistirá esto en la mala organización de las sociedades cooperativas? No, señor, no: consiste en las leyes inflexibles del orden económico, á las cuales tienen

(1) *Revista Hispano-Americana*.—Febrero de 1867.

que subordinarse las asociaciones obreras, como cualquiera de los mortales.

Ponedme una sociedad cooperativa en marcha. No involucremos cuestiones, y considerémosla en su estado de pureza. Vive por sí, sin subvenciones del Estado, sin mezcla de patronato ni otras limosnas disfrazadas; con solos los recursos del módico tanto que aporta cada jornalero. La sociedad prospera; pero esta prosperidad no puede sostenerse sino á condicion de ensanchar las operaciones, porque supongo que no querreis condenarla á quedarse inerte y estacionaria. Para extender las operaciones, necesita aumentar los fondos: hay operarios dispuestos á pagar mayor cuota de entrada, ¿vais á rechazarlos por no faltar al principio de igualdad de cotizacion? Necesita aumentar los brazos; hay operarios que los ofrecen sin poder pagar entrada, ¿vais á cerrarles la puerta so pretesto de que todo el mundo ha de contribuir? Si no admitís á los primeros, paralizais la empresa: si tampoco á los segundos, además de paralizarla sois más crueles que el capitalista de marras, porque sin contemplacion ni respeto negais á quien os pide pan el recurso del trabajo. Cortais, pues, por lo sano y os decidís á admitir cuotas máximas y trabajadores sin cuota. ¿Y qué? ¿pensais dar á todos el mismo trato? No lo imagineis siquiera. Todo operario que haya aportado cuota tendrá muy bien sentada su conciencia de capitalista, y si por un momento llega á sospechar que se le confunde con los auxiliares, ó no llevará dinero, ó procurará retirarlo. Preguntadle por qué, y os contestará, que él entiende cooperar de distinta manera que el otro; apuradle más, y sobre la marcha os recitará, á propósito del capital, un curso completo de Economía política, sin haberla visto ni por el forro.

Supongamos que la sociedad no prospere. ¿Cómo la vais á socorrer? ¿Hareis que acudan á auxiliarla con sus fondos, con su crédito y sin interes otras sociedades cooperativas de la misma industria ó de ramos distintos? ¿Y derecho para ello? ¿y virtud para tanta abnegacion? ¿y fuerza de solidaridad bastante para comprometer á una empresa floreciente y lozana en las torpezas, yerros ó desdichas de otra empresa vacilante y medio arruinada? ¿y puños para levantar en peso una fortuna ganada á pulso y trasladarla á otro sitio donde se torció el dado quizá por falta de buenas cabezas?

Por la exageracion se pierden las mejores causas. Lo reciente de los ensayos cooperativos produce una especie de ostentacion juvenil que suele ofuscar á muchos. ¿Quitamos algun mérito á la cooperacion presentándola tal cual es? Redúcese á una sociedad de operarios que juntan sus economías, fruto de la prevision, y formando UN CAPITAL SOCIAL, hacen préstamos mútuos, emprenden un ramo de

fabricacion, compran al por mayor artículos de consumo, pagan ó se pagan entre sí intereses, deducen y reparten beneficios, y á menudo cuentan en su seno una ó varias secciones de asalariados. Son meras sociedades de abasto ó alimentacion, cajas de ahorro ó empresas industriales. Compónense de operarios, como podrian componerse de capitalistas, y en cualquiera de los dos casos obedecen á unas mismas leyes. No hay adelantos ni préstamos gratuitos, ni igualdad de retribuciones. Se fundan en el capitalismo, en el beneficio, en el interes, en la distincion eterna entre lo que es manual y mecánico y lo que es empuje, direccion é inteligencia. La escuela economista liberal, léjos de considerarse vencida por el sistema cooperativo, puede vanagloriarse de haberlo creado con su constante doctrina de la asociacion libre y voluntaria, y ella es la que le da todavía la mejor pauta para su administracion, para su fomento y prosperidades.

Ha de tener toda sociedad cooperativa un organismo político, una forma determinada de regirse y gobernarse. ¿Es verdad que en la cooperacion tiende esta forma á dar al trabajo manual el gobierno de las empresas? ¿Es verdad que, una vez generalizado el sistema cooperativo, lograremos arrancar de manos del capital la direccion de la industria? Esto se dice, esto se anuncia, con esta promesa se está halagando á la clase jornalera. Sensible es que se la engañe tan lastimosamente y tan á sabiendas. No haré un estudio comparado de los tres sistemas de administracion á que se prestan las sociedades cooperativas: un solo gerente, una junta ordinaria de gobierno ó una direccion muy numerosa cuyos vocales se renueven anualmente por terceras partes y no puedan ser reelegidos. Descartando los dos primeros procedimientos, renunciemos á la discusion que podría entablarse sobre el tercero y admítámoslo bajo la honrada palabra de Vígano, que lo recomienda como el más democrático y el que ofrece mejores garantías. ¿Quienes formarán el Consejo de administracion? Si la sociedad ha recibido algunos operarios á jornal, ¿serán fácilmente admitidos en el Consejo por los trabajadores capitalistas? Caso de que lo sean, ¿se consentirá que tengan mayoría? ¿Qué han de consentir! Las sociedades cooperativas francesas que emplean auxiliares (gente á jornal, diría yo) se quejan del elevado salario que piden estos subalternos y de que tratan de imponerse á la colectividad con sus continuas y enormes pretensiones. Confesábalo en una informacion reciente M. Cohadon, operario director de la sociedad de albañiles. «Cuando la sociedad, decía, necesita tomar auxiliares para seguir marchando, no es posible repartirles beneficios, sea porque no hay seguridad de realizarlos, ó porque no ofrecen garantía alguna para las pérdidas que puedan so-

brevener despues del reparto. Si la sociedad les reconociese derecho á los beneficios, no les podría negar el de intervenir en la administracion. ¿Y cómo habían de intervenir en nada los que carecen de toda clase de responsabilidad?»

Ante esta confesion de parte no hay sofismas que valgan; ni tampoco esto es contagio, ni se descubren aquí flaquezas de capitalista. Así como nace inmediatamente el capital con todos sus atributos apénas se reunen para un fin industrial dos ó más jornaleros, así también apénas nacido el capital en la asociacion obrera, y apénas aparece dentro de ella al lado del trabajo sencillo, *los capitales tienden por una especie de gravitacion moral á convertirse en entidad gobernante.*

Sé de una sociedad cooperativa que llegó á hacer negocios por unos cuantos millones y debía su prosperidad al talento y buena direccion de tres personas á quienes por supuesto retribuían espléndidamente los cooperadores, faltando á todo principio de igualdad y únicamente para no soltarlos. Mas no estamos hablando ahora de la inteligencia, ni del talento, ni de la *idea*, que es lo que por un orden natural concluye por dominar: hablo del capital. ¿Por qué preside el capital en la industria? Porque, como daba á entender muy bien M. Cohadon, en el terreno industrial, la ventaja (si la hay) y el derecho de gobernar corresponden á quien acepta los peligros y la obligacion de la responsabilidad, y esta responsabilidad la tiene el capital; diré más, es el único agente que puede hacerla efectiva. En las empresas individuales responde todo el caudal del único propietario: en las colectivas todo el caudal de los socios: si es sociedad por acciones, responde todo el capital de garantia: si hay capitales complementarios, respondan ó no respondan, serán más ó menos absorbidos por la operacion industrial, caso de que esta se malogre. Si es asociacion obrera, responden las cuotas, los fondos aportados por los cooperadores. Condensémoslo en una fórmula: la responsabilidad efectiva consiste en la posibilidad de que se destruya un valor, *en que este valor desaparezca para la empresa.*

Este valor que existe en el capital no existe en el simple jornalero. El simple jornalero lleva á una empresa sus brazos: en una liquidacion ruinosa podrá perder unos dias ó una semana de salario, pero conserva íntegro el valor que lleva en sí como operario. El capitalista tendrá que buscar capital nuevo: el operario ofrecerá sus brazos de siempre. ¿Qué clase de responsabilidad industrial exigiríais á quien no puede ceder su propio valor ni desprenderse de él aunque quisiera? ¿Pensaríais acaso en hacerle esclavo de sus acreedores ó en aplicarle la cuchilla de Shylock y el terrible *partes secanto* de las Doce Tablas?

XII.

Aunque la cooperacion lograse extirpar el salariato y entregar al trabajo manual el baston de mando, le quedaria otro tiranuelo, 'el *intermediario*. Pero parece que también le vamos dominando. Es un duendecillo ruin, travieso y entremetido como pocos. En el crédito se llama banquero, en la produccion empresario, en el consumo mercader al por menor. Él se mezcla en todo, de todo saca partido, y no hay prójimo á quien no desuelle. Es el ménos atento de los parásitos y el más insolente y regalado de los pancistas. Sería aquel de quien dijo Quevedo que con la vara de medir sacaba agua de las piedras, y quiso ser como Dios, pues pretendió ser sin medida. Y ahora ha venido á tiempo la cooperacion cortándole los vuelos y trayéndole *de sus rasos á estos nublados*; porque su astuta manera de mortificar al jornalero era cosa que partía el alma. Hoy le cobraba interes, mañana le usurpaba el beneficio, otro dia le cargaba la mano en los articulos de boca, y siempre le iba arañando una parte del salario. Gracias al último figurin, se acabó esta granjería, y por virtud y obra de la cooperacion, el jornalero será de aquí en adelante su propio empresario, su propio mercader y su propio banquero.

No por lo corta y modernísima deja de ser la historia de la cooperacion muy aprovechada en este punto. Siento desvanecer nuevas ilusiones; pero la ingenua relacion de los sucesos demuestra que la cooperacion *no vino á suprimir el intermediario sino á introducirlo donde no existia.* Rochdale y los Bancos populares de Alemania no me dejarán mentir. ¿Cómo tuvo origen la cooperacion inglesa? En Rochdale y en otros puntos se había hecho comun entre los fabricantes la abusiva costumbre del *truck system*, que consistía en tener al pié de la fábrica grandes almacenes de víveres y otros repuestos, vendiéndolos el patron á un precio de monopolio ó á cuenta de salarios y realizando beneficios enormes. Vanamente intentó evitarlo la ley; por más que lo prohibió repetidamente, los fabricantes insistían y continuaron cobrando el barato. Si en las poblaciones donde esto acontecia hubiese habido intermediarios, la competencia habría mejorado los precios en ventaja del operario. Mas segun el extremo á que había llegado la codicia, gran peligro corría la misma fabricacion si los trabajadores no pensaban en el remedio. Buscáronlo, se juntaron y decidieron comprar viveres al por mayor y de primera mano para luego revenderlos á los mismos socios.

Tan sencillo comienzo tuvo la sociedad cooperativa de consumo. Fué con ella condescendiente la fortuna; pero hay que tener un poco en cuenta las fechas. Aquellas novedades ocurrían en 1844, época de los primeros triunfos de la escuela de Man-

chester. Una tras otra iban viniendo las grandes reformas económicas del Reino Unido: caían las leyes de cereales; carnes, azúcares, tés, cafés, todo lo aliviaba el fisco; á todo alcanzaba la rebaja de derechos. Mientras tanto los cooperadores se aprovechaban de estas circunstancias que coincidieron con su luna de miel. Han continuado después con buena estrella, las sociedades se han multiplicado y no han escaseado los beneficios. Pero díganme de qué punto de Inglaterra ha desaparecido el comercio al por menor, y si es ó no cierto que en calidad y en baratura ha intentado siempre con buen éxito hacer una competencia normal á la misma cooperacion. La razon es evidente. La cooperacion tiene una utilidad relativa y el intermediario la tiene absoluta. Para echar raíces, necesita la cooperacion buscarse algun asidero, sea espíritu de raza, sea costumbre de juntarse, sea régimen político ó instituciones que se favorezcan. Nada de esto influye directamente en el intermediario. Colocadle en las peores circunstancias, y jamás podreis negarle tres condiciones á cual más ventajosas: poner á nuestro alcance los objetos que nos hacen falta, conservarlos hasta que deseemos obtenerlos, y reunirlos en cantidad bastante para poderlos escoger á nuestro gusto. Un neo-socialista frances penetrado de esta verdad, escribía hace pocos años las siguientes líneas, que reproduzco sin comentarios: «Creyóse que las sociedades de consumo prosperarian mucho en París, y pronto se ha visto lo que valían estas ilusiones. Piensan que los intermediarios realizan beneficios enormes casi sin hacer nada, y esto lo desmiente la experiencia. Cierta clase de intermediarios muy mal vistos entre jornaleros, necesitan una gran dosis de paciencia y actividad para obtener medianos frutos. Requiere su condicion cualidades especialisimas de orden moral é intelectual que el operario no suele apreciar porque está acostumbrado á no conocer más trabajos que los materiales, únicos á quienes da valor porque son los suyos y los que ve entre aquellos que le rodean.»

Esta observacion atinada que Clamageran limita á las sociedades de consumo puede aplicarse en iguales términos á las cooperativas de produccion y á las de crédito. Las de produccion nacieron en Francia á la sombra de los tres millones que concedió el Gobierno provisional de 1848. Después, ó han desaparecido, ó se convirtieron en sociedades de patronato, con capital ajeno. Las de crédito han hecho fortuna en Alemania; pero creáronse no para suprimir el banquero sino para suplir la falta de grandes capitales de que entonces adolecía la industria alemana. La base del crédito popular ha sido allí, como será en todas partes, la formacion de una caja de préstamos al trabajo, juntando *los ahorros* de menestrales y operarios, que se reservan la ad-

ministracion de su modesta fortuna. Todo lo que se ha salido de esta esfera ha hecho un tristísimo papel; y así hemos visto rodar por el suelo los Bancos de cambio, los cambios directos, los créditos mútuos y otras mil combinaciones que se han querido sustraer al principio del capital, buscando garantías en el crédito personal del operario ó en sus trabajos futuros.

Ya es hora de concluir. Dos consejos hay que dar á la clase obrera: que no haga de sus intereses una cuestion aislada, y que no pretenda imponerlos por la fuerza del Estado. Sin negar la magnitud de la cuestion obrera, y por mucha tortura que se quiera dar á una conocida frase de Gladstone, lo cierto es que nuestro siglo sufre amarguras y dolores, no diré más profundos, pero quizá tan punzantes como el malestar de las clases operarias. Cualquiera podría figurarse que ya no existen nacionalidades oprimidas, esclavos que hacen resonar sus grillos, colonias que aún están sintiendo sobre sus espaldas el látigo de antiguos conquistadores. Diríase que no queda ni un África por arrancar á la barbarie, ni un Asia y un Oriente á quienes devolver en moderna cultura lo que en civilizacion primitiva nos adelantaron, ni una América latina que educar en la escuela y con el ejemplo de su hermana la del Norte. Parecería como si la misma Europa se viese ya desahogada de multitud de problemas, motivo unos de gratas esperanzas y otros de grandes inquietudes: razas semibárbaras acampadas en las comarcas más fértiles; naciones embriagadas con la victoria y poseídas de un espíritu avasallador y absorbente; pueblos rotos ó deshechos que buscan fórmulas de unificacion para recobrar la energía y el esplendor perdidos; intereses de cancillería sobrepuestos á la idea del derecho; poderes juzgados por la Historia, que aspiran á ser inmortales; una educacion liberal felizmente consumada en unas partes, en otras ó no empezada ó intentada varias veces con éxito desgraciado; llagas abiertas por guerras civiles ó exteriores en vías de reproducirse; Haciendas desvanecidas, políticas escépticas, y por encima de todo profundas crisis religiosas, en que una clase social, convertida en partido salvaje, nos disputa puñal en mano el imperio de la conciencia.

¡Oh! á todo tiene que atender y en todo ha de pensar un siglo tan atareado: en la ciencia, para que el espíritu la ilumine y con él viva en perpetuo enlace; en la industria, para que las facilidades de la vida se combinen con nuestro sucesivo perfeccionamiento; en el arte, para que no le degrade el sensualismo rompiendo la maravillosa unidad del simbolo ó de la imágen con la idea; en la idea misma, para que domine al hecho, gobierne los destinos y trace al hombre y á la sociedad sus respectivos fines. En

este cúmulo de gravísimas atenciones, la cuestión obrera tiene su casilla, pero no es verdad que se sobreponga á todo. Donde quiera que el conjunto marcha, el operario sigue; y si no, decidme en qué país está viviendo el fellah, de cuáles no ha desaparecido todavía el bozal, y si dentro del trabajo libre hay medio de establecer comparaciones entre la Polonia y el Canadá, entre la Irlanda y la Bélgica, entre la Rusia y la Escocia, entre España y aquel territorio americano donde Carey de Filadelfia hace figurar el jabón, el libro y el periódico como artículos de necesario consumo para la gente jornalera.

Franklin llamaba envenenadores á los que dirigen al proletario por ciertos caminos: no sé si hoy le parecería bastante este dictado para aquellos que buscan la salvación del jornalero fabricando para su uso particular una Humanidad de capricho. Es pasmoso: tanto alardear contra el orden social existente, para luego aceptar de él lo que es puramente *formal*, lo sujeto á naturales mudanzas: tanto y tanto clamar contra las tiranías industriales, para luego confiar al pueblo iguales procedimientos de explotación y de tiranía. Los que se titulan apóstoles del cuarto estado le darían, apenas instalado en el poder, las mismas atribuciones que estamos censurando en las clases hasta ahora gobernantes. Por medio del pueblo, con ayuda del pueblo ó en nombre del pueblo, veríamos intervenido lo que hay en nosotros de más personal, intervenida la familia, intervenida la actividad, reglamentado el trabajo. Francamente, para los amantes de la libertad este porvenir es poco halagüeño. Cansados estamos de tanto trasiego de víctimas y de sacrificadores. Mala cosa sería el advenimiento del cuarto estado si hubiese de convertirse en una venganza.

La política de despecho, buena para los malos instintos, ni es en definitiva útil para el operario, ni está bien que la sostengan con su autoridad los hombres de sano juicio. Otros lo entenderán de diferente manera, cuando tantos y tan esclarecidos talentos sordos á un prudente consejo, persisten en recomendar aquella política velándola con seductoras formas. Difícil será convencerles; pero es conveniente apelar contra ellos de continuo ante la opinión general, aunque sea repitiendo lo dicho ya mil veces en tanta variedad de tonos. No ha sido otro mi intento en estos artículos. Ni he inventado nada nuevo, ni he pretendido buscarlo. Sé que no hay más que un medio de proteger al operario en su persona y en su familia; y este medio, que coincide con la experiencia, consiste en aumentar los capitales, en darles más eficacia á fuerza de inventiva y nuevos procedimientos, en que progresa el espíritu de sana especulación, adquiera mayor habilidad el empresario, mayor instrucción el jornalero y reunan ambos más caudal de previsión y mucha rectitud de

sentimientos. Después de dar tantos rodeos vendreis á parar á un mismo punto: buscar el bien de todos, *incluso el del jornalero*, en los medios que conducen al aumento de la producción y á los progresos generales de la moralidad y de la riqueza. En ellos está compendiada toda la POLÍTICA DEL TALLER.

JOAQUIN MARIA SANROME

DISPUTA

ENTRE UN BURGALÉS Y UN VIZCAINO
SOBRE LA LEALTAD, HONRA, HIDALGUÍA Y HUMILDAD
DE CASTELLANOS Y VASCONGADOS.

CAPÍTULO II.

DE LO QUE LOS DOS AMIGOS MARTIN Y ALONSO SE DECÍAN
EN RAZÓN DE NOBLEZA É HIDALGUÍA.

Este día se acabó la conversación y disputa de los dos compañeros, Alonso y Martín, con lo referido, dejando para el segundo día el averiguar el punto de la nobleza; y cada uno se previno lo mejor que pudo. Al fin, el otro día, después de tratar los metales y beneficio de los cajones, fueron avisados de una gran pendencia que había sucedido en la calle de Francisco, entre castelanos y vascongados, en que hubo descalabrados, por la cual razón se recogieron los dos amigos y también empezaron á reñir, con sus armas de la disputa y diferencia, diciendo Martín así:

—No penseis, hermano Alonso, que ha de ser lo de ayer; que aunque hay entre vosotros muchos nobles, caballeros, hijosdalgo, con todo hay muchísimos villanos; y como nosotros los vizcainos seamos todos hijosdalgo, es natural el odio que tiene el villano con el hidalgo. Nuestra hidalguía y antigüedad es desde el principio del mundo (15). Lo primero se prueba con la pública voz y fama de ser vizcainos hidalgos. Lo segundo, nosotros somos los primeros habitantes de España, porque viniendo Tubal, nieto de Noé, desde el Oriente á Occidente á poblar á España, aunque era fuerza dar primero en las costas de Valencia, Andalucía y Portugal, rodeó toda España y se fué á nuestra tierra; y la razón que hay entre nosotros es, que como para coger trigo les era preciso sembrar y esperar de un año á otro, no podía esperar su necesidad, sino que les era necesario buscar tierra que tuviese frutales, aunque silvestres; y siendo de este género nuestras provincias tan abundantes, se pasaron á ellas para poder sustentarse. De aquí nace la tercera razón, que es que nuestra lengua vascongada es un hebreo

* Véase el número anterior, pág. 441.

corrupto, que fué la primera lengua que se habló en el mundo, así como ahora la italiana es latin corrupto. Lo cuarto, se echa de ver nuestra nobleza en que nuestra tierra nunca fué conquistada. Lo quinto, que de ella y de sus provincias descienden muchísimas casas en Castilla, como son Mendozas, que es lo mismo que *Mendiozas*, que quiere decir *montefrío*; los Velascos, que son *Veliazcos*, que es lo mismo que *casa de cuervos*; y la de el duque de Nájera. Y pues estas tres son tan ilustres no hay para qué traer más. Lo sexto, nuestros privilegios y exenciones; que no hay pecheros, ni alcabalas en nuestra tierra como en la vuestra; tantos hábitos, tantos contadores y secretarios, tanta gente en las Indias descendientes de vizcainos. Somos muro de España por la parte del Norte; las armas nosotros las servimos y sustentamos; somos insigne gente en la mar. Al fin, basta cualquiera de las razones dichas para ennoblecer, no sólo una nación, sino muchas.

Atento estuvo escuchando Alonso á su amigo Martin, y se persuadió que harto seria soltar las razones por su nobleza é hidalguía propuestas; y después de pensar un poco le dijo:

—Hermano Martin, en todo lo que decís tendriais gran fuerza, á no haber estado yo esta noche pensando cómo os responderia; y pues yo os escuché, dadme atención. Y dijo así:

—Lo primero, segun el nombre y vocablo de la misma hidalguía y de hidalgos, que es lo mismo que *hidalgit*, hijos del godo; porque como estos quedaron señores de España, como nosotros de las Indias, quedaron tenidos por nobles; y como hoy entre los indios el que fuere hijo del español será más noble que el del indio, así *hidalgot*, que es la palabra antigua, y por hijo, como aún hoy decimos hi de puta, ó *fidelgit*, segun pronuncia el leonés, asturiano y portugués, que es lo mismo que hijo del *git* ó fidalgo. Ahora, pues, si vosotros por primer participio y fundamento decís que no sois godos, sino que vinisteis primero á España, luego no sois hijos de godos, ni hidalgos, ni fidalgos; y hace prueba de esto que no hay entre vosotros nombres godos, como Pelayo, Payo, Fernando, Nuño, Rodrigo, Toribio, Mendo, Gonzalo, García, Ramiro, Bermudo, Alonso, ni otros.

—Cuanto á las fuerzas de la segunda y tercera razón, de que vuestra antigüedad es la primera de España, y que sois habitantes de ella, dando por razón de ello, así la lengua como de que sólo en vuestra tierra había monte y manzanas, las cuales para su sustento fueron á buscar los primeros habitantes; cuanto á toda esta arenga os respondo, que en lo que toca á la lengua que es verdad; yo lo confieso que es la hebrea; pero que no sea en vuestra tierra el principio contiguo, como vosotros le dais,

sino que sois descendientes de aquellos judíos á los cuales Tito y Vespasiano mandaron cortar las lenguas y los mandaron echar en la aspereza de vuestra tierra, dándolos por esclavos á los nobles godos á quien se cometió la ejecución de este destierro, como lo dice Pablo Orosio, autor grave, en el libro tercero, capítulo diez y siete, cuyas palabras os repetiré en la tercera parte de esta disputa. Y demas de la autoridad de este autor, hay grandes razones y fundamentos, es á saber, que el puerto principal donde vivian estos judíos, es el de Fuente-Rabia; y esta palabra fuente, en la significación universal y buena etimología, es lo mismo tambien que puerto quieto y tranquilo como una fuente; que es así el puerto de la Goleta, llamado el *estagnò*, que es lo mismo que pozo ó charco de agua quieta ó sosegada. Esto es en lo tocante á que Fuente-Rabia es Fuente y puerto de rabinos, ó Fuente y puerto á donde asistía el rabí principal y se bañaba cada dia á su usanza, como Fuente del Maestre en Extremadura. Aunque en esto se engañan Pablo Orosio y el Buho gallego en el decir que á imitación de la Fuente del Maestre en Extremadura, porque esto fué en el tiempo de los godos, y al principio de su imperio, como consta del mismo autor, y la Fuente del Maestre fué después, en tiempo de los reyes de Castilla, que viene á ser más de quinientos años después.

Ahora tambien os pruebo que estos rabinos, que aportaron y vivian en Fuente-Rabia, no son tan antiguos como vosotros los haceis del tiempo próximo á Noé, sino de los que echó Tito y Vespasiano, dándolos á los godos por esclavos. Pruébese evidentemente así, con el lugar del autor alegado, como con que esta palabra *rabí* no la hallamos en la antigüedad de las primeras escrituras del tiempo de Noé, sino después en las postreras y en el Evangelio; de donde concluyo, que no habiendo, ni usándose en los tiempos próximos á Noé rabinos, sino después en los tiempos postreros, que en ellos hicieron la población del puerto de Fuente-Rabia. A lo menos miraban tanto los de vuestra tierra el crucificar á Cristo, que aún la guardia de Pilatos fué sacada de Cantabria, como vos lo confesais; y porque los soldados de la guardia del virey romano Pilatos fueron quien prendió, azotó, coronó de espinas, escarneció y crucificó á Cristo y ejecutó la sentencia de muerte (porque los judíos, como consta del mismo Evangelio, solamente le pidieron y prendieron por quererse mostrar muy religiosos, no teniendo nada de religion, diciendo que á ellos no era lícito matar á nadie), de los soldados, que eran estos vuestros, dice el Evangelio que ellos hacian estas cosas. Pero dejemos esto, así para los predicadores, como para mañana cuando disputaremos de nuestra más ó menos limpieza, que no os quiero yo decir ahora lo

que el otro Búho gallego, de Vizcaya, dos veces Gaiñes, y que de allá traeis el ánimo de poco leales, y traidores, que fué la materia del primer capítulo; porque yo en lo ménos que puedo sigo al Búho, el cual, si no es en lo que conforma conmigo y con mis autores, en lo demas que dice suyo mira más á decir mal que á probar; y así de él no saco nada, porque os le tengo por sospechoso (16).

Resta en esta respuesta satisfacer á la segunda parte de la razon, de que los primeros habitantes de España sois vosotros, que para sustentarse de vuestras manzanas y castañas se fueron allá, por no hallarlas en Valencia, Andalucía ni Portugal; que en cuanto á la razon de la lengua, ya me parece que os he satisfecho. Digo, pues, que ¿de dónde nos constá á nosotros que en aquel tiempo, así como en vuestra tierra áspera é inculta habia manzanas y castañas, que la fertilísima tierra del reino de Valencia y la grosísima de Andalucía, no tendrían tanto monte de manzanas y castaños? Hoy los vemos en Cazalla, Zafra y Constantina y en otros muchos lugares no léjos de la mar, y adonde faltan, ó los cortaran los habitantes para leña, ó para sembrar la tierra; pues vemos que la tierra si no la arasen se llenaría de monte, y luégo si lo cortan vuelve á nacer. Bueno era, en verdad, que viniendo Tubal y su gente por órden de Dios á poblar á España, y encontrando lo mejor de ella, que es Valencia, Andalucía, Extremadura y la Mancha, lo dejasen y fuesen al cabo y á lo peor y más inculto, y por mejor decir fuera de España. Y el estrecho de Gibraltar, es verdad que lo desembocaron, y Tubal, y su hijo y nieto de Noé, fundaron á Setubal; que de entrambas lineas debía de venir gente; y tambien fundaron en Galicia la ciudad de Noya, en memoria de Noé su abuelo; así como por vosotros, os dejo probado que se fundó despues del Evangelio, Fuente-Rabia, y fecho lo cual, como he dicho, queda probado así, con autoridad de un tan grande autor, que era excusada. Y si me preguntais por qué estos rabíes de Fuente-Rabia no pararon en Valencia, ni en el Andalucía, viniendo de Levante, como lo hicieron los primeros habitantes de España, os respondo que estos, por su pecado, y castigados por el pueblo romano, vinieron desterrados á la parte más agria y rigurosa de España, y dados á los godos para su servicio y para labrarles hierro y armas; como todo consta y vereis claramente cuando en su lugar os repita el capítulo de Orosio.

Paréceme que está absuelta esta segunda razon y juntamente la tercera, ó la razon de la lengua hebrea que corruptamente hablais; pero, como os he dicho, este punto es para mañana. Lo que decis de que vuestra tierra nunca fué conquistada, que es vuestra cuarta razon, á eso digo, que demas de ser cierto que no tenía fuerzas para resistir á los roma-

nos, godos, suevios, griegos, alanos, fenicios, ni vándalos, naciones principales que señorearon y poblaron á España; demas de esto, sólo os respondo, que la gente que sale de su tierra á conquistar y buscar otra, que no se va á meter en la peor y más áspera, como la vuestra lo es en España, sino en la mejor, en la de más provecho. Y para que dejemos antiguos conquistadores del mundo, vamos á los modernos, que son nuestros españoles. Estos dejan la Gorgona, Dominica, las tierras interiores del Darien y ensenada de Acle, y pasan al Perú y á Potosi, á donde hallan provecho. Así los que entraban en España trataban de gozar lo mejor de ella, como Valencia, Andalucía, Portugal, Extremadura, Mancha, Tarragona, y en lo demas, malo como Asturias, vuestra tierra y otras tales, sólo hacían entradas. ¿Qué bueno está que el romano dejase el regalo de Italia, el godo su patria Gothia, y el fenicio y africano la grosedad de la suya, para ir á comer avellanas á Cantabria y centeno á Galicia, sino para gozar de lo bueno de España y de sus riquezas? Y pues en la tierra de Granada y en la Morena hallaban plata, ¿á qué habian de ir á buscar hierro á Vizcaya?

Con la quinta razon de vuestra nobleza concuerda tambien la primera de vuestra hidalguia, á la cual, en razon de hidalgos, estais satisfecho; y habiéndose hecho con la misma significacion de hidalgos de los godos, que vos mismos negais ser, entrando en la misma cuenta y razon de muchas casas ilustres que de vos descenden, como Mendozas y Velascos, me admiro que en hallando algun apellido que tenga algun sonante con vuestra lengua, luégo decis que son de allá. ¿Qué tiene que ver Mendoza, castellano montañés, de quien aun los mismos romances antiquísimos nuestros cantán el gallardo Montones, señor de Ita y Buitrago, qué tiene que ver, digo, con Mendozas-vizcainos? Luégo no quereis que haya en el mundo más que una lengua y que no se parezcan unas á otras; luego porque en las montañas hay el valle de Perca, serán sus descendientes los Perea-y-ras de Portugal, porque es casi la misma palabra y nombre; y porque Melo, portugués, se parece á Merlo, castellano, diremos que es la misma casa; y porque vos teneis casa y familia de los Araux, diremos luégo que es lo mismo que Araujo, gallego, aunque por gallego estoy cierto que luégo direis que no es lo mismo vuestro Araux. Preguntemos á los señores duques del Infantado, marqueses de Cenete, marqueses de Mondejar, marqueses de Montes-Claros, marqueses de Cañete, marqueses de San German y de la Hinojosa, condes de Orgaz y de Tendilla, de Castro y de Monte-Agudo, condes de Coruña, el Señor de Moron en Portugal, y finalmente á todos los caballeros Mendozas, si con que es su nombre y apellido Mendozas, montañeses, ó *Men-*

diozas, y no os entenderán lo que con este segundo nombre les decís. Yo os confieso que en la Ribera de Alava tiene la casa del Infantado tierras, y los Velascos son Condes de Haro; y pregunto: ¿por qué los Reyes dieron al hijo segundo del Conde de Lemus, ó él lo hubo con su mujer, el Estado de Taurifano en Nápoles, por eso será napolitano y no gallego? Hermano Martín, los señores Mendozas y Velascos son Príncipes godos montañeses, y como á tales los Reyes Católicos, cuando andaban en el Andalucía, les encargaban con el señor Almirante todo lo de Castilla y provincias de arriba en los acometimientos de los reyes de Francia; lo que no se hiciera si fueran vizcainos, que no podeis negar que es casi lo mismo que franceses; y los de Nájera son de los Siete Infantes del Ara que no tienen que ver con Vizcaya; y en cuanto vós no trugeredes otra razon más que la apariencia de los nombres, de los cuales no admiten los dichos caballeros, la vuestra no tiene valor sino la mía.

La sexta razon de vuestra, no hidalguía sino cuando mucho nobleza, son vuestros privilegios. Digo que seais hidalgos de Privilegio; y más que la nobleza se instituyó en los cuerpos de la república para que hubiese altos y bajos, como vemos en el cuerpo humano que la cabeza es cabeza, y el pié pié, y la mano mano; y en un edificio no todas las piedras están puestas en el frontispicio, sino que las mejores ocupan el mejor lugar y las otras los inferiores. Segun esto, vuestra, no hidalguía sino nobleza, es barbaridad, porque todos sois nobles, todos sois frente, cabeza y frontispicio. A esto llamo yo monstruosidad, cual sería si un hombre fuese todo cabeza, y una casa todo altos. Y vése esta barbaridad muy clara; pues en Potosí está un negro llamado Mateo Luviano, que era de Nicolás de Guevara, que habiendo sido pulpero quiebra, y su fiador le puso en la cárcel, y ante el licenciado Ibarra, teniente de Corregidor, hizo informacion de como era vizcaino y natural de Bilbao, y en fin fúe suelto. Y esta causa pasó en el oficio de Mateo de Almonaci, que hoy es de Sebastian Esteban de Sagastigui, donde si quisieredes la podreis ver. Y la nobleza é hidalguía que es comun á los negros es bajeza y de carga: con que en esto se ve que los piés, entre vosotros, son tan buenos como la cabeza, lo cual no podeis negar ser verdad, que es el intento mio que yo os pruebo.

Los hábitos que hay entre vosotros, bien sabeis vos que los más son dados por servicios hechos por los que los tienen en el arte de la mar; ó por que, hablemos claro, por ser marineros, arte reputada por baja. A fe que hay pocos hábitos entre vosotros por jugar lanzas y matar moros en Africa. Es verdad, algo habiades de tener, y que los reyes con todos reparten; tambien, no os quiero ahora decir,

que por lo que teneis de *escribas*, que siempre traían el cartapacio y pluma consigo en la plaza de Jerusalem, que por eso sois tan grandes escribientes y plumarios; pero esto toca á la limpieza ó no limpieza de nuestras naciones, que es la materia del tercer capítulo.

Y tampoco no os metais en que sois muro de España para contra Francia, que allá envía el Rey sus compañías de castellanos; harto más lo son los andaluces que la defienden de la potencia de Africa, que la Andalucía la está defendiendo, y asegura con las fuerzas que en Africa tiene en frente de la puerta Andalucía, particularmente Ceuta, plaza por donde dió entrada á los moros el pérfido conde Don Julian. Estas son las manos de la lealtad excelente de los señores marqueses de Villarreal, duques de Leira y Camiña, los cuales dejádo de gozar los regalos y grandezas de sus estados en España, pasando la vida en ser Alcaldes perpetuos fronterizos de Ceuta, aseguran aquel paso, por donde tantos males entraron en España; que por allá corre ella riesgo, pues de allí se descubren las riquezas y gro-sedad de ella y no por vuestra tierra, que solo en el aspecto áspero y malo, quita la gana de entrar en España y cometerla allá. Pero no basta eso; ni nos fiamos de ellos ni de vosotros, sino de nuestros castellanos machuchos, que á vosotros y á vuestras tierras nos aseguran.

Haber muchos descendientes de vizcainos en las Indias es porque vosotros, por gozar de ellas, dejáis vuestras tierras y venís á éstas, y sabe Dios cuántos de ellos tienen los abuelos en Francia y son gabachos. Y demas de la mucha plata nuestra, que os he dicho que llevais á Francia, es notable el daño que algunos de vuestra tierra han hecho en estos reinos, en sus partes principales que son Potosí, cuyos daños son sabidos, que no teniades más que lo que nos quitábades, sin que para vosotros hubiese justicia. En Lima, cabeza del reino, donde Juan de la Plaza, con nombre de asentista de la Real Armada, demas de dejarla destruida y por pagar á la gente de mar y guerra, tiranizaba á los navíos, barcos y fragatas del Callao, atravesándolo todo y á todos los tratos, y dió por eso en lo que le vemos, quebrado y preso en una cárcel. Y en la misma ciudad, otro fulano Raza la destruyó con un Banco, que apenas le puso cuando quebró con gran cantidad de dineros; y en la misma ciudad hallareis al Consulado revuelto, y aperreado por otro de vuestra tierra, que con nombre de arrendamiento inquietó á los mercaderes y gentes del comercio, siendo ocasion de que se tributase mucho más de lo acostumbrado, y hasta esto hizo otro de vuestra tierra con las alcabalas. De manera que en todo mirais vuestro mal, que ya puede ser que por eso y por vuestras aviesas mañas haya praemática en la corte de

Madrid, que no se admita ni reciba hombre de vuestra tierra para mozo de tienda, ni manejar hacienda, sin dar buenas y seguras fianzas. Pues en la villa de Potosí, en lo que toca al Rey y á sus cajas y enteros de ellas, ved los libros de la dicha villa y vereis vuestro pagar de poco ó nada, tarde, mal y nunca; y ved los pagos de los castellanos cuan sin trampas y cuántos en número y cantidad de tantos millones que al Rey dan, que siempre ellos han nacido para llevar tan gran carga, que solamente la Castilla, del amor que tiene á su Rey lo puede soportar.

¿Estáis, hermano Martín, satisfecho, prosiguió Alonso? ¿Satisfecho ó deshecho de las razones con que probar pensasteis vuestra no hidalguía, sino cuando mucho nobleza? Pues harto lugar y ocasion habia aquí para decir de las ilustrísimas casas de nuestra Castilla y de algunos reinos á ella llegados; pero demas que estamos cansados, vos estais muy colérico; que no hay mayor aflicción que las armas que uno trae verlas rotas del enemigo.

CAPÍTULO III.

QUE CONCLUYE LA DISPUTA Y DIFERENCIA DE LOS DOS AMIGOS EN RAZON DE LIMPIOS EN MATERIA DE SANGRE.

Muy de mañana era el otro dia, cuando los dos compañeros se levantaron, y saludándose con verdadero amor, que por el buen natural de cada uno se tenían, dijo Alonso á Martín:

—¿Cómo ha pasado la noche? ¿Háse estudiado mucho para concluir y averiguar nuestra contienda de cual de nuestras naciones es más ó ménos limpia en razon de sangre, que es lo que los vuestros nos imputan?

—En verdad, respondió Martín, que ningun cuidado me ha dado, porque para eso no es menester estudiar; basta decir que hasta ahora no habemos visto ningun vizcaino quemado por judío ni moro. Esto allá para Portugal y para Castilla, en la cual hay judíos, moros, discípulos de Cazalla y de Constantino el Sevillano, y los alumbrados y otros mil. Yo, como soy vizcaino, soy corto de razones, y así no doy más que ésta.

—Yo no os puedo negar, dijo Alonso, eso que decis, por ser vosotros tan buenos cristianos. Que no seais judíos de profesion no quita que lo seais de sangre, ascendencia y de nacion, y harto confieso que sois dignos de eterna alabanza, que siendo el tronco tan malo den los ramos tan buenos frutos de fe y de buenas obras; que sois en esto semejantes á los Santos Apóstoles, que siendo judíos de nacion dieron la luz al mundo en fe y religion.

—Dejemos ahora eso, dijo Martín, y si teneis que decir con que probar vuestro intento, decid y acabad, que tengo que subir al cerro.

—Pues lo más breve que puedo digo, herma-

no, replicó Alonso, que tengo por asentado que vuestro tronco es de judíos; que siendo vosotros tan excelentes cristianos ya os he dicho cuánto más sois de estimar, y se ve claramente en lo que ayer en el segundo capítulo de esta disputa tratamos, de que es cosa asentada, que vosotros y nosotros concedemos, que vuestra lengua natural es un hebreo corrupto. Ya dejamos probado, en el mismo lugar, que no es lengua heredada por vosotros de los nietos de Noé, sino es de los rabinos, echados y desterrados á vuestras tierras y á su aspereza por Tito y Vespasiano, en castigo de la muerte de Cristo, nuestro Señor; ni tampoco sois descendientes de los que tenían su sinagoga antiguamente, ántes de la venida de Cristo muchos años, en Santa María la Blanca de Toledo, sino de los que he dicho. Y para esto, oid el lugar de Paulo Orosio, autor antiguo italiano, que escribió de las provincias de vuestro país y de sus naturales habitantes. En su historia, tratando de las de España, libro tercero, capítulo diez y siete, dice estas palabras:

«Es á saber: cuando los godos vinieron á ocupar á España, por orden y mandado de los emperadores Tito y Vespasiano, trujeron consigo mucho número de esclavos judíos que la mano vencedora de dicho emperador reservó, por su mucha nobleza y benignidad de la muerte, cuando destruyó á Jerusalem; á los cuales el mismo emperador dió el nombre que les convenia de *vizcainos* por imitadores de Caín, que por envidia mató á su hermano Abel, y ellos por ella al verdadero Abel, Cristo nuestro Dios. Estos esclavos llamaron con este mismo nombre los propios godos, sirviéndose de ellos para que les labrasen é hiciesen armas, y otros pertrechos necesarios para las guerras que hacían en nombre de los Emperadores romanos; porque en Jerusalem se ocupaban en hacer dichas armas como oficiales y gente baja y humilde. De estos, por serlo tanto, no hacen mencion los historiadores de aquel tiempo en España; y despues que los godos la ocuparon y señorearon pacíficamente, como nobles y agradecidos, quisieron expeler de entre si estos judíos esclavos, por no verlos, ni á sus ritos, y por no matarlos, respecto de ser ellos tan serviciales y humildes, queriendo en remuneracion salvarles las vidas, les señalaron tierra en que viviesen aparte, y pusieron gravísimas penas que no hablaran en lenguaje godo que los nobles godos hablaban, sino el suyo propio; ni saliesen de aquella tierra que se les había señalado, pena de la vida, que fueron unas asperísimas montañas á los confines de España que la dividen de la Galicia; pensando que las asperezas de ellas los acabaría, porque en ellas solamente se conocia por fruto hierro y acero, y los obligaron mucho tiempo á que todos ellos lo beneficiasen; y allí se les enviaba el sustento necesario. Estos vizcainos

dieron nombre á estas montañas de Vizcaya, y hoy se conservan en él y en su lenguaje antiguo, que es muy diferente de todas las naciones de Europa, en todo y en parte, cosa que no se halla en ninguna nacion; y la causa fué, porque en muchos tiempos ninguno les dejó entrar en sus tierras por ser generalmente aborrecidos de todos, temiendo no les inficionasen, respecto que los más de estos tenían rabos como hoy día los tienen los *agoteros* que viven entre ellos y son todos unos. Tuvieron y guardaron la ley de Moisés, que era la que profesaban, y su *Mezquita y Rabi* en ella, como lo testifican hoy los pueblos donde tuvieron su asiento; llamándose Amezquita en lugar de la mezquita ó sinagoga, y Fuente-Rabia á donde el gran rabí vivía, y se lavaba en ella todas las mañanas á usanza de aquella ley; á imitacion de la Fuente del Maestre en la Extrumadura, en la órden y maestrazgo de Santiago, que la fundó un Maestre de aquella órden.»

En esto postrero se engaña evidentemente, como he dicho, Paulo Orosio, en decir á imitacion de la fuente fundada por el Maestre de Santiago, en Extrumadura, porque lo de Fuente-Rabia fué en tiempo de los godos, y la fuente del Maestre fué despues, en tiempo de los Reyes de Castilla, más de cuatrocientos años. No quiero decir, en prueba de esta mi verdad, algunas mañas que en vosotros se ven de esta nacion; pero bien sabeis vos que la sidra que bebeis, que es la *zizera* de los judíos, y que además del hablar hebreo corrupto, que hemos dicho, haceis en particular los acentos de las palabras todos al fin, como Madariaga, Urrutia, Ibarra, Targoyra y Jurjoyen. Así los hebreos no dicen Iacob breve, sino Iacob, largo; Israel breve, sino Israel largo; aunque en romance disimulaís mucho. Pruébese mas esta mi verdad, é intento en que voy de vuestro judaismo, en que muchas de vuestras antiglesias tienen nombre hebreo, y aún el mismo lugar de Arrigorriaga, en que vencisteis al ya dicho infante D. Ordoño, cuando contra su padre D. Alonso el Magno, tercero de Leon, os alzasteis. Este lugar, digo, se llamaba entónces *Betulia*, nombre de una ciudad principal de los judíos; y bien sabeis vos que cuando la nacion es la misma, que en tierras extrañas usan de los nombres de sus tierras. Pruébolo en lo que vemos por experiencia en las Indias, á donde ponemos por ser nosotros españoles los mismos nombres de España, como es Trujillo, Córdoba, Jaen, Loja y otras muchas. Y si habemos de seguir la opinion de los que dicen que estos judíos son descendientes de judíos, de aquella tribu perdida, los cuales ó por navegacion, como nosotros, aportaron acá, ó por la parte septentrional del Nuevo Méjico, que confina con esta América, que es lo más cierto, al fin si son descendientes de los judíos, harto os pareceis á ellos, así en la

ventura que entre ellos y sus tierras existe, como en lo demas que como indios *Collas* haceis con las manos cruzadas. Y pruébolo aún más con un indio llevado de este reino por Carlos Couzo á España, el cual, habiéndola visto toda y notado sus particularidades, provincias y costumbres de ellas, dijo, que ninguna le contentó tanto, por parecerle mucho á su natural, como la vuestra, en particulares costumbres, danzas y en vicios, á ellos semejantes, que en vosotros vido.

A todo esto, dijo Martin, vizcainos vascongados, ¿habeis visto quemados ó ensambenitados?

—Ya os he dicho, respondió Alonso, que por eso sois más dignos de eterna alabanza; pues siendo tal la cepa y la semilla son tan diferentes los ramos. Pero, para que no os vayais riendo, os quiero decir, que además de lo que dice el capítulo de Orosio, de que sois judíos, apoyado por mí con tantas razones, os quiero decir, hermano Martin, que el moro y el judío siguen sus perversas sectas, empleando en ellas sus entendimientos y disputándolas y pensando que aciertan, aunque ese pensar no les excusa. Pero vosotros, ¿qué entendimiento ejercitais, dando embrujos con tanto exceso, como cada día nos avisan de España que os queman por eso en Logroño, Vitoria, Pamplona y principado de Bearne? Cometiendo tan torpes y nefandas abominaciones con el demonio, que no son dignas de escribirse; haciéndole su obispo, oyéndole su misa, recibiendo comunión de él en figura de cabron, en pedazos de suelas de zapatos, á fin de infamar el divino sacrificio y sacramento; y, lo que más admira, dándole los hombres y mujeres sus cuerpos al mismo demonio, para que tenga que ver con ellos; el cual, como amo tirano, luégo los muele á azotes, con varas de espino, y les manda á cumplir sus mandatos, que es matar á las criaturas embrujándolas. Y caso ha habido, que no teniendo ni hallando criatura á quien embrujar, embrujan y matan á sus hijos y nietos. ¿Esto es niñería, hermano Martin? ¿Cree en Dios quien esto hace? Pues leed la vida del rey D. Juan el primero de Castilla, y hallareis la secta de judaismo que hubo en vuestra tierra por Alonso de Mella, cuyos secuaces fueron traídos y quemados en Valladolid y en Santo Domingo de la Calzada el año de mil cuatrocientos treinta y tres; y que en vuestra tierra hubo moros con su mezquita, pruébolo en que ahí quedó el lugar de Amezquita, donde estaba la mezquita.

—Yo no puedo abonar cosas malas, dijo Martin; pero estoy en mis trece de que no somos judíos.

—Ya os he dicho, dijo Alonso, que no lo sois de obras ni profesion, sino de nacion y ventura; que cuando no fuera más que la que teneis y habeis tenido en Potosí, bastaba para decir: «ventura de judíos.»

—En verdad, respondió Martín, ¿que la tenemos buena de dos años á esta parte! Ésta déla Dios á nuestros enemigos.

—Hermano Martín, dijo Alonso, estos trabajos vosotros los buscáis con vuestras manos, con los excesos que hicisteis contra los castellanos por la muerte de Juan de Urbietta, y ellos acudieron á la defensa. Y por si pregunto yo, ¿cuántos hombres castellanos han amanecido muertos en Potosí? y la justicia hace su diligencia, y los entierran, y acabóse. ¿Qué mucho era hallarse un hombre muerto tan insolente como Urbietta, que en las Chichas había muerto á Antonio de Barbosa con tan gran cuadrilla y traicion, debiéndole su hacienda, acuchillándole él y los que con él iban, al cura vicario don Juan Hornos que lo quería confesar y defender al muerto? ¿Qué mucho que amaneciese muerto Urbietta, que de la misma provincia de las Chichas vino capitaneando una escuadra vuestra, á matar á don Antonio Geldre á Potosí, que tuvo harta ventura en escapársele, y cogiéndole la capa al dicho D. Antonio, se la quiso ir á colgar al Rollo? ¿Qué mucho que amaneciese muerto Urbietta, que á éstos y á otros había agraviado? Y no que se ha hecho con esta muerte lo que no se hiciera sobre la de un hijo de un grande de España, apretando tanto á los castellanos que reventaron con los excesos que contra nosotros han hecho, que no apruebo, mas vosotros los procurasteis y tomasteis por vuestras manos. Pregunto yo, ¿cuando Urbietta mataba, ó alguno de vosotros, á algun castellano, hacíanse de acá tantos aspavientos, prisiones, rigores, demasias?

—¡Oh, hermano Alonso! dijo Martín, no vais adelante, que en todo lo que acabais de decir de la muerte de Urbietta teneis razon. La culpa tiene la justicia que nos dejó aquellos dias tantos y tales excesos, con que buscamos nuestra desventura.

—Solamente esta desventura os hallo yo en esta tierra, dijo Alonso, porque siempre, desde el principio de su conquista, os hallo en ella felicidad; porque nosotros, comiendo *mate* y *charque* de carnero de la tierra y durmiendo por el suelo desnudos, conquistamos estos reinos, en los cuales y de los cuales, vosotros habeis sacado tantos bienes; y aun en medio de estos trabajos os hallo tanta estrella y ventura que bastaba para deciros: «*Ventura de judíos.*» Porque, primeramente, para vosotros no habrá justicia, por mayores casos que cometiedes, aunque fuese matar en las iglesias cerca de los altares, azotar letrados en vuestra casa, quitar las haciendas y otras cosas semejantes, hasta que en la iglesia de Tataris, en la provincia de las Chichas, en un dia tan solemne como el de la Ascension de Cristo Nuestro Señor, estando todo el pueblo y lo demas de la provincia en misa mayor, un hombre de vuestra tierra, llamado Juan de Adequa,

empezó á afrentar al cura y vicario de toda la provincia que estaba celebrando, diciéndole falsos testimonios, en el año de mil seiscientos veinte y dos. Dejo otros mil insultos que los de vuestra tierra, en la misma provincia, han cometido, matando hasta el maestro de la obra de la iglesia en el mismo año, llamado Alonso de Acevedo, habiendo ya muerto Urbietta allí mismo al dicho Antonio Barbosa, con tan grande cuadrilla é inhumanidad.

Pero vamos adelante: no sólo eran señores de las haciendas nuestras, sino de la Real; de manera que un oficial Real de vuestra tierra, Juan Bautista de Otormaegui, sacó de la Casa Real cuarenta y tantos mil pesos en barretones, y los labró en la casa de la moneda y se aprovechó muchos años sin entregarlos á S. M., y cometió en ello un gran delito contra el rey. Y en tiempo de nuestro contador Nicolaeta, como los de vuestra tierra querian enviar á traer empleos de Castilla, como lo hizo Gregorio de Lezagarra, que hoy está en España rico, y como Martín de Retendona, y hacer chacaras en Playa Pastaya, como Martín de Ormache; luégo sacaban gran cantidad de azogue de la Caja Real y le vendian, y con la plata que de él sacaban hacian estos empleos: de manera, que hasta con la hacienda Real se han atrevido hombres de vuestra tierra, que se sabe que en ella, y aun en el mar del Norte y en Sevilla, eran unos pobres marineros, otros herreros, otros escoleros, otros barberos, y entrando en Potosí eran los dioses superiores á los demas. Y aun en medio de la persecucion presente os hablo todas estas venturas; primeramente, el dia de los arcabuceros de casa de los Berasateguís; y os confieso que por vuestra natural defensa era lícito y justo tomar armas y aun piezas de artillería; mas no fué bien acordado salir vosotros los vizcainos á la calle, arcabuceando á los castellanos. Y en aquel dia, ¿qué mayor ventura, que hallasteis la presencia del señor presidente D. Diego de Portugal, que sólo con su aspecto os defendió á vosotros y detuvo al pueblo?

Vamos adelante con las venturas que aun en las desventuras teneis. Vos no sabeis muy bien cómo los soldados andaluces fueron los primeros que os persiguieron, y así fué el Pastor Andaluz, por esto, el primero justiciado, y con tal rigor cual nunca Potosí ha visto. Pues siendo esto así, y siendo lo más léjos Vizcaya, del Andalucía, y por lo de el Pastor más agraviados; estos hicieron tanto como vosotros, como si fueran nacidos dentro de Bilbao ó Pamplona, persuadidos por el Corregidor D. Felipe Manrique, que tanto hizo por vosotros que llegó á haceros *deño*. Por vosotros hacen á banderas desplegadas, los oidores y consejeros; teneis tal ventura, aun en medio de estos trabajos, que al principio de ellos tuvisteis por Alcalde ordinario á don

Martin de Zamudio, vascongado, y á su compañero Diego de Villegas, hechura vuestra, el cual, por daros gusto, hizo y escribió todo lo que quisisteis contra los castellanos y contra la honra de ellos, por los cuales el dicho Villegas, por ser castellano, debiera de mirar. Mas como el dicho era hechura vuestra y á quien todos los de vuestra nacion disteis votos con que salió por Alcalde..., y ahora os salió otro Alcalde, Manuel de Guevara, vizcaino de padres, sangre y nombre, lomo y vientre, de suegros y visuegros, cuyo cuñado es vuestro y su protector y procurador en Lima en compañía de Pedro Ballesteros; y el dicho Alcalde procede con la diferencia que se ve de nosotros los castellanos á vosotros, y á costa de nuestras vidas pretende y espera corregimientos, que el dicho su cuñado Luis Ferrer de Ayala y sus agentes le pretenden con los testimonios que de acá envía. ¡Y sabe Dios si andamos todos vendidos! porque cada uno acude á su natural.

Teneis tal ventura aún ahora, que há dos años que los Berasatigues andan en descargos; y á los que estos dias han ahorcado, y á los pasados, les dan el término del descargo de dos y tres horas, para ir en este tiempo á buscarle á Chuquisaca, Lima y aún á España. Es tal vuestra ventura, que yo me acuerdo haber leído en el castigo que tuvieron las comunidades de España, cuando todo se revolvió y hubo tantas muertes y desacatos contra los del Consejo Real y otros mil males, y dice la historia de Carlos V, en la primera parte, tratando del castigo, que fueron por toda España ajusticiados solos hasta sesenta personas; y por lo que se ha hecho contra vosotros sólo en Potosí, son ya ajusticiados catorce, sin los que amenazan han de colgar del balcón, y á los más no sé que se les haya probado muerte alguna. Vuestro San Juanillo de Vida Urrieta, tan inquieto, tuvo quien le echase de la cárcel, y otro de vuestra tierra, habiendo tenido pendencia con un castellano, sacó un pistolete para el dicho castellano, y este delito se lo probó el alcalde Hernando de Loma Portocarrero y D. Felipe Manrique, que á la sazón era corregidor, le quitó la causa al escribano Baltasar de Barrionuevo; pero él dejó la causa en el protocolo: el vizcaino salió de la cárcel condenado en veinte pesos por el dicho D. Felipe Manrique.

No he visto há muchos años vizcaino ajusticiado; debeis de ser santos, pero no sois, sino venturosos; y aún venturosos que no se puede decir más, sino que hasta el corregidor D. Felipe Manrique, por lo que tiene de vosotros, que es cuerpo y alma, se escapó la noche del acontecimiento de su casa, siendo él á quien principalmente buscaban; y tiene tal ventura, que demas de escaparse de esto se ha escapado y aún reido de los Capítulos, y se fué sin

dar residencia, que es cosa que jamás se ha visto; como que ni aún los que han procedido diferentemente y no dejado el pueblo en el estado que le dejó, se han visto salir sin darla. Pero es tarde para que subais al cerro; no quiero pasar más adelante, sino que nuestra amistad y hermandad quede desde hoy más fija, reprendiendo los dos con nuestro buen modo de proceder el malo que nuestras naciones han tenido y tienen.

—Plegue á Dios, dijo Martin, que pues todos somos españoles de el Rey, que Nuestro Señor nos dé á todos un corazón firme y alumbre las justicias y gobernadores para que igualmente nos gobiernen. Y con esto quedaos con Dios, que es tarde, y me están los indios esperando; que es justo que quien tiene minas acuda con toda diligencia.

Fecha á primero de Julio de mil seiscientos veinte y cuatro.

Finis coronat opus.

T. ...

(Continuará.)

IMPRESIONES DE UN ARTISTA EN ITALIA.

XI.

Al emitir mi opinion respecto del estado en que hoy se halla el arte del canto, ramo difficilísimo, y que tanto por su natural atractivo como por la señalada predilección que el público le dispensa, parece estar destinado más que ningun otro á ser objeto constante de las alabanzas ó exageradas censuras de todas las clases de la sociedad, quisiera poder disponer de mayor espacio para tratar de él con toda la extension posible. No obstante, aunque estrechado en pequeños límites, procuraré sintetizar, ya que no me sea posible explayar cual desearia, mis ideas respecto de tan importante asunto. Desde doce años á esta parte próximamente, todo el mundo se lamenta de la escasez de buenos cantantes. Continuamente escuchamos en boca de los aficionados á la ópera estas ó muy semejantes frases: *Las buenas tradiciones del canto se han perdido. Ya no hay cantantes, ni maestros que sepan enseñar.* No seré yo ciertamente quien desconozca la razon de alguno de estos clamores, ni mucho menos la necesidad cada dia más apremiante que tienen los teatros de dignos intérpretes, que con su talento artístico hagan resaltar las bellezas y excentricidades de las obras musicales modernas; pero antójame también que algunas de estas exclamaciones, no sólo se hallan desprovistas por completo de fundamento, como trataré de probar, sino que no son, segun mi sentir, más que vulgaridades, que, á fuerza

* Véanse los números 115, 116 y 117, páginas 351 y 451 y 469.

de ser repetidas por la muchedumbre inconsciente, llegan á ser creidas como verdades, y que por desgracia en ella se arraigan del mismo modo que otros muchos errores que acaso nunca logren desvanecerse por lo mucho que se han propagado.

Acostumbrado como artista á formular mi juicio sobre las cosas, no sólo por la impresion que de ellas recibo, sino despues de examinarlas á la luz de mi criterio, y no creyendo cual si fuera artículo de fe en el conocido axioma de: *Vox populi vox Dei*, he de erigirme forzosamente en nuevo Don Quijote, tomando sobre mí la descomunal empresa de enderezar tamaño entuerto, ya que no con la pujanza de un brazo robusto y fuerte, á lo ménos con las razones más ó ménos poderosas que me sugiera mi limitada inteligencia.

Si entre los millares de personas que sin cesar levantan su voz doliéndose de tan deplorable mal, hubiera habido algunas, competentemente autorizadas por su reputacion y saber, que, deteniéndose á desentrañar las muchas causas que hayan podido motivarlo, hubiesen ilustrado con numerosos datos y sólidos razonamientos la pública opinion sobre este punto, estoy firmemente persuadido que muchos de estos clamores se irían desvaneciendo poco á poco, hasta el punto de que ya no se lanzarían, como hoy con tan despiadada crueldad se lanzan, las injustas y duras recriminaciones de que son objeto los maestros de canto, verdaderos sacerdotes del arte, que, sacrificando su existencia á tan difícil é ingrata especialidad, no logran nunca alcanzar ni la gloria ni la recompensa pecuniaria que por medio de sus consejos y de sus constantes trabajos suelen adquirir hasta los ménos aventajados de sus discípulos, teniendo en cambio como premio seguro de sus muchos afanes la ingratitud de estos, la antipatía de sus compañeros de arte y la poca consideracion del público que tan severamente los juzga.

Pero vamos por partes. En primer lugar, se dice: que *las buenas tradiciones del canto se han perdido*, lo cual, á mi juicio, es de todo punto inexacto.

El arte del canto es modernísimo. Tuvo su origen en Italia, donde rápidamente empezó á desarrollarse á fines del siglo XVII hasta llegar al grande apogeo que más tarde alcanzó, y que tan justo renombre le ha conquistado á los ojos de la Europa entera. Dicho arte, como todos, se halla basado en sólidas reglas de mecanismo y expresion, y en inmütables principios de belleza estética, de las cuales nació la hermosa escuela *del bel canto* italiano, que ninguna otra ha superado hasta el dia, y que cual luz brillante aún derrama en nuestros sentidos y en nuestra alma, benéfica claridad y dulce consuelo, con sus potentes y esplendorosos rayos.

Este cúmulo de preceptos que habían de constituir tan bello arte, y que fueron el resultado del ge-

nio, del talento y de las continuas observaciones á que con tanto anhelo se dedicaron en un principio y en sus respectivas escuelas de Módena, Génova, Venecia y Roma hombres tan eminentes como Francisco Peli, Juan Paita, Gasparini, Lotti, Fedi y Amadori, y que despues continuaron Brivio en Milan y Redi en Florencia, fueron conservándose cuidadosamente y cual precioso tesoro de unos en otros hasta refundirse, por decirlo así, en un cuerpo de doctrina que quedó para siempre establecido en las famosas escuelas de Nápoles y Bolonia, las cuales tuvieron por maestros á Leonardo Leo, Domingo Egizio, Francisco Feo, Alessandro Scarlatti y Nicolás Porpora, y de las que salieron los célebres cantantes Bernachi, Raff, Tedeschi, Guarducci, Mancini, Carlos Broschi (conocido con el nombre de Farinelli) y su rival Caffarelli. En esa época tambien cantaban con gran aplauso Elisi, Giziello, Manzolli, y poco despues Guadagni, Guarducci, Pacchiarotti y Marchessi. Desde entónces se sucedieron un sin número de excelentes cantatrices durante un siglo enteró, contándose entre ellas á la Gabrielli, la Mingotti, y despues la Danzi, la Mara, la Todi, Vittoria Tesi y Faustina Bordoni.

Por las muchas biografías que de la mayor parte de estos artistas se han publicado desde el siglo pasado hasta nuestros dias, tanto en Italia como fuera de ella, y en las cuales se hallan consignadas las principales circunstancias, ya de voz, de mecanismo, de expresion ó de perfecto estilo que tan justo renombre les hicieron alcanzar, y por las obras que sobre el arte del canto se han escrito desde entónces, fácil es deducir que todos estos hermosos elementos de escuela y de verdadera belleza artistica, que tan eminentes cantantes reunieron, y que despues llegaron á constituir lo que hoy llamamos *las sanas tradiciones del bel canto italiano*, léjos de haberse perdido por completo, como se pretende, consérvanse aún en toda su pureza, no sólo en algunos de los Conservatorios de Europa bajo la custodia y direccion de maestros respetables, sino tambien en diferentes academias particulares regidas por profesores no ménos dignos y que asimismo contribuyen con sus laudables esfuerzos á mantener vivas las inmutables doctrinas de tan bello como difícil arte.

Por otra parte, si evocamos recuerdos de una época no muy lejana, observaremos que nuestros padres en su tiempo escucharon resonar con indecible placer los apasionados acentos, la brillante ejecucion y la gran perfeccion de estilo de Pellegrini, Tachinardi, Crescentini, Nozzari, Galli, García, la Malibrán, la Pisoni, la Sontag, la Pasta, etc., y que aún nosotros mismos hemos tenido la gran dicha de admirar y de aplaudir algunos años despues á Rubini, la Grisi, Lablache, la Alboni, la Persiani,

Mad. Viardot, la Frezzolini, Mario, Tamburini, Ronconi, Gardoni, Selva y algunos otros notabilísimos artistas que serán siempre considerados en la historia del arte como legítimos conservadores y representantes de las tan decantadas tradiciones de la escuela italiana, que les legaron sus eminentes antepasados, y cuya gloriosa bandera aún sostienen con brazo más ó ménos fuerte, pero con heróico empeño y decidido entusiasmo, la Penco, la Patti, la Nilson, la Galletti, Tamberlick, Mongini, Naudin, Graziani, Bocolini y otros cantantes también notables.

En vista de cuanto llevo expuesto, ¿hay razón para decir que el arte del canto se ha perdido por completo, hallándose consignado, como hoy se halla, tanto en obras didácticas como en las muchas biografías que de cantantes célebres se han escrito, todo cuanto atañe á la parte teórica y práctica de dicha enseñanza? Y si nos concretamos tan sólo á los profesores dedicados á tan ingrata profesion, ¿pueden desconocerse los grandes servicios en ella hechos, ya en los Conservatorios ó en sus cátedras particulares, hasta nuestros días, por Banderali, Bordogni, Romani, García, Mad. Cinti-Damoreau y otros muchos artistas cuyo nombre sería prolijo enumerar? Y aún hoy mismo, Lamperti, San Giovanni y Ronzi en Milan; Panofcka en Florencia; Delle-Sedie, Duprez, Faure y Wartel en Paris; la signora Marchesi en Viena; Dorval-Valentino en Lóndres; Corsi en San Petersburgo, todos dignos maestros, cuya bien sentada reputación no necesita de mi elogio, ¿no dan continuamente repetidas pruebas en los principales teatros de Europa de sus vastos conocimientos y de su gran experiencia en tan difícil ramo, objeto de tan injustificadas censuras? Yo, que he tenido ocasión de hablar sobre este punto con algunos de los distinguidos artistas que acabo de mencionar, estoy íntimamente persuadido, y no vacilo en decir, que éstos se hallan en la más completa posesión de la verdad respecto de las bellas tradiciones del arte del canto, como quizás lo estén también otros muchos maestros á quienes no conozco y cuyo talento no tengo motivo alguno para poner en duda, creyendo firmemente, como creo, que hallándose difundida hoy por todas partes la ilustración, tanto respecto de esta materia como de otras muchas que al arte de la música se refieren, la enseñanza del canto no puede ser ya patrimonio de una nación determinada, ni mucho ménos de un reducido número de maestros, á quienes se pretende hacer únicos depositarios del decálogo artístico, que ya todo el mundo conoce, pues doquiera que se halle un profesor instruido, hombre de gusto, celoso de su arte, de claro talento y que frecuente con asiduidad los buenos teatros de ópera, acogiendo con sano criterio los bellos arranques de sentimiento y la hermosa dicción que tanto distin-

guen á muchos de los artistas que aún aplaudimos y admiramos en la escena, allí habrá un maestro de canto que formará siempre discípulos que le hagan honor y sean útiles al arte dramático.

¿Por qué, pues, ese constante afán en querer rodear de cierto misterio, y cual si se tratase de alguna investigación prehistórica cuyo origen se pierde en la oscuridad de remotos tiempos, lo que, por fortuna, no puede ser ya un secreto para nadie, puesto que en los libros podemos estudiarlo, con ilustrados maestros aprenderlo y en eminentes modelos imitarlo? Tiempo es ya de desvanecer por medio de la crítica estas y otras muchas preocupaciones fuertemente arraigadas en la multitud y que desdican soberanamente del espíritu analítico y razonador que tanto caracteriza nuestro siglo. Feliz me conceptuaré si mis débiles esfuerzos pueden contribuir á tan fructífero resultado, cual pequeña gota de agua que, en unión de otras muchas y por la fuerza inexorable del tiempo, logra formar el caudaloso río que más tarde fertiliza y da vida á la estéril campiña, sirviendo quizás también de estímulo para nuevas y más levantadas especulaciones.

No vaya á deducirse de mis palabras que abrigue la ridícula pretensión de querer probar que hoy se cante en los teatros de ópera con aquella pureza de escuela, perfecto mecanismo y delicado sentimiento que tanto distinguieron á los eminentes artistas de tiempos no muy lejanos y que acabo de citar. De ningún modo; convengo, aunque con profundo dolor, en lo que con tanta razón ha dejado sentado Mr. Oscar Comettant en uno de sus escritos. *Es cierto, dice, que nunca se ha cantado tanto la ópera como en estos últimos años, pero también lo es que nunca se ha cantado tan mal; lo cual, por desgracia, es una gran verdad.*

Muchas son las causas que insensiblemente han conducido dicho arte al estado en que hoy se encuentra, las cuales trataré de apuntar con la mayor brevedad posible; pero tanto por las razones que acabo de exponer, como por algunas más que voy á añadir en apoyo de lo que pretendo probar, fácilmente se verá que éstas no dependen del olvido de las bellas tradiciones de escuela, como vulgarmente se cree, ni ménos aún de la capacidad y talento de los maestros de canto á quienes con tanta injusticia se calumnia.

«En las grandes épocas del canto, dice el ya citado escritor, en las escuelas de música, verdaderos monasterios del arte, los discípulos se consagraban al culto de la música como los frailes al culto del Señor; allí entraban jóvenes y vivían muchos años bajo la dirección de sus profesores, sin otro objeto que el de llegar á ser algún día artistas dignos de ese nombre, de sus profesores y

»del público. Entónces se necesitaban diez años de estudios para llegar á cantar; dicho arte se aprendía lenta y paulatinamente, pero se aprendía bien.»
 ¿Sucede esto en nuestros dias? Veamos. Hoy, por lo general, no hay fuerza humana que pueda hacer permanecer á un discípulo de los que al estudio del canto se dedican, ya en los Conservatorios ó al lado de un profesor particular, no ya los tres ó cuatro años que, segun mi sentir, pueden bastar para formar un cantante, pero ni siquiera el tiempo necesario para aprender los preceptos más rudimentarios del arte; y observamos con harto dolor que, viéndose dotados de una buena voz ó de una organizacion regular que les permita retener con cierta facilidad las partes del repertorio de ópera á que se dedican, se lanzan á debutar casi sin instruccion alguna. Halagados por las exageradas ganancias que se prometen, salen al teatro prematuramente, y como no tienen los elementos de vitalidad que sólo puede darles el verdadero talento cimentado en una sólida instruccion, aumentan con su pobre personalidad el número de las muchas medianías que continuamente vemos engalanadas con el inmerecido nombre de artistas. Consecuencia natural de semejante precipitacion es el que éstos rara vez lleguen á pasar la línea, como vulgarmente se dice, pues sabido es de todos que el ejercicio práctico de la escena contribuye á desarrollar con rapidez las naturales dotes dramáticas, de escuela, de sentimiento y de inspiracion en aquellos que las poseen, pero de ningun modo puede servir de enseñanza á los que desconocen las principales reglas de la buena emision de voz, de la articulacion perfecta, del elegante fraseo y demas preceptos del arte, que sólo se aprenden al lado de un buen maestro y con el tiempo necesario para ello. El canto, como las demas artes, es cuestion de buena organizacion, de mecanismo, de inteligencia y de expresion, condiciones todas que, desarrolladas poco á poco por medio del estudio y de la práctica, constituyen despues el verdadero talento, y éste de ningun modo se improvisa, pues como ha dicho con sumo gracejo el ya referido Mr. Comettant, *á pesar de los grandes progresos de la mecánica, no existe máquina alguna que pueda formarlo.*

Este deplorable mal que expongo en primer término y que nadie podrá desconocer, fácil remedio tendría si los agentes y empresarios de los teatros, léjos de fomentarlo, como hoy generalmente lo hacen, procuraran evitarlo escriturando, ya que no artistas perfectos, porque nunca pueden serlo los que empiezan su carrera, á lo ménos que tuviesen cierto mérito basado no sólo en las buenas facultades vocales, sino tambien en las indispensables condiciones de escuela que fueran hasta cierto punto garantía de éxito, al par que para dichos artistas,

para las empresas que los contratasen. Pero léjos de eso, vemos con demasiada frecuencia que ellos son los primeros en hacer cuanto pueden para arrancar del lado de sus maestros á los jóvenes que estudian, ántes de tener terminada su educacion; habiendo ejemplos hasta de algunos que, tomando sobre sí el compromiso que éstos pudieran tener contraído con los referidos maestros, lo aceptan gustosos ó lo anulan por medio de alguna indemnizacion pecuniaria, con tal de disponer de ellos con entera libertad y de exhibirlos cuanto ántes al público, hoy más que nunca ávido de novedades.

Si á esto agregamos tambien que dichos cantantes (á quienes me permitiré llamar *neófitos del arte* por no calificarlos con otro epíteto que quizás les fuera más apropiado) suelen ser no sólo tolerados sino hasta aceptados muchas veces sin la menor protesta del público, ya por su buena voz ó por la *facilidad aparente con que hoy pueden ejecutar ciertas piezas de música, cuyos efectos son debidos al cuidado que ciertos compositores ponen en sus obras de no dejar casi nada á la iniciativa de los artistas*, como con tanta razon dice el autorizado maestro del Conservatorio de Paris, M. Delle-Sedie, en su *Arte lírica*, no parecerá extraño que poco á poco haya nacido en éstos la errónea ilusion de que el arte del canto es exclusivamente intuitivo, y que las dotes naturales de su organismo vocal pueden bastar á lanzarlos audazmente á la interpretacion de las obras de los grandes maestros. Por eso vemos, añade M. Delle-Sedie en la misma obra, que muchas veces, *aun los más bien dotados, desaparecen del horizonte de la escena como estrellas errantes, sin dejar el menor rastro y sin obtener otro resultado que el de falsear el gusto del público.* El reputado profesor Lamperti, doliéndose tambien de la decadencia actual del arte del canto, señala entre otras causas, no sólo la de la facilidad con que los empresarios de hoy escrituran á cualquiera que tenga buena voz aunque no sepa cantar, como ya dejo dicho, sino que censura como cosa perjudicialísima en extremo el que algunos compositores escriban para voces excepcionales, ó hagan silabear en sus obras sobre las notas más agudas de la voz en el género dramático, cuya palmaria verdad nadie podrá desconocer. Dice además, que *la poca instrumentacion del tiempo de Rossini hacia resaltar todos los defectos de respiracion, de silabeo y de afinacion, y que el carácter dramático de la música de hoy dia ha hecho perder por completo la agilidad;* y yo, aunque el último de los maestros que en la actualidad se dedican á la ingrata y difícil enseñanza del canto, hallándome en un todo conforme con las opiniones emitidas por tan respetable autoridad, casi me atreveré á comentarlas, añadiendo que en aquella época el cantante se hallaba cual precioso

brillante montado al aire, y cuyas infinitas facetas no podían ménos de admirarse por todos lados, por lo cual era preciso que todo cuanto hiciese respecto de emision de voz, de agilidad, de expresion ó de estilo fuese delicado ó perfecto, pues no podía pasar desapercibido de un público á cuyos oídos llegaban sin obstáculo alguno hasta los más delicados matices de su canto. Fuerza es convenir asimismo en que el gran interes dramático de las óperas modernas, que son la realizacion del verdadero cuadro musical, en el cual intervienen hoy todos los elementos de sonoridad, de verdad escénica y de grandioso aparato, que paso á paso han ido descubriéndose y adoptándose hasta formar con ellos un todo perfecto que llenase las exigencias del arte y de nuestro público, han colocado al cantante en terreno muy distinto del que ocupaba en la época no muy lejana de Paesello, Cimarosa, Paer, Mayer y Rossini. Entónces, la media voz, la agilidad, la gracia, la delicadeza de estilo, eran condiciones indispensables á todo artista; sin ellas no podía hacerse aplaudir ni tener vitalidad posible. Hoy, por el contrario, la mucha voz, la exageracion dramática y la fuerza han sustituido á tan preciosas cualidades con gran detrimento del *bel canto*. En aquel tiempo, la agilidad con todos sus brillantes rasgos de efecto, incluso el trino mismo, no era, como hoy lo es, patrimonio exclusivo de alguna seductora princesa, refinada coqueta, picante mozuela ó travieso pajecillo de voz aflautada y extensa.

Todo cantante, sin excepcion alguna, y cualquiera que fuese la parte que desempeñase en una ópera, debía poseerla, desde el apasionado amante ó la jóven vivaracha y alegre, hasta el ofendido esposo, el iracundo y severo padre ó el implacable sacerdote que sobre la pobre víctima lanzaba con voz potente su terrible y temido anatema. Consecuencia natural de la nueva y más filosófica forma dada al drama lírico en nuestros días, es la desaparicion de la agilidad, que si bien hacía resaltar la gran posesion del mecanismo vocal del artista, pugnaba de continuo con la verdad dramática, preferente objetivo del arte escénico moderno. También lo ha sido la desaparicion casi completa de la voz del contralto, que en aquel entónces tanto brillaba con su constante intervencion en todas las óperas, ya desempeñando los papeles de venerables madres, de poderosas reinas ó de esforzados guerreros, cuyas graves y potentes notas de su registro de pecho, muy semejantes á las de los hombres, tanto armonizaban con las resplandecientes armaduras y varoniles trajes con que gallardamente salían engalanados á la escena. Relegado al olvido, como por desgracia hoy lo está, el antiguo repertorio de Rossini, Mercadante, Bellini, Pacini y otros muchos compositores que tanto escribieron para dicha voz,

ya por la particular predileccion que á ella profesaban, como por las grandes artistas que entónces brillaban en tan rara especialidad del canto, poco ó nada pueden prometerse en el teatro las jóvenes que hoy se hallen dotadas de tan hermoso como simpático órgano vocal. Escasa y de muy secundaria importancia es la cooperacion que la voz de contralto puede prestar al drama lírico de nuestros días. No pudiendo ya brillar por su ejecucion, necesitando con frecuencia de movimientos lentos y pausados para la emision de sus notas graves, hallándose las del centro ahogadas, por decirlo así, por la ruidosa sonoridad que las rodea, sobre todo en las piezas concertantes, y no siendo su mision la de abusar de los sonidos extremos de la voz para entablar una esteril lucha y hacerse oír del público al través de las grandes masas de coros y orquestas, como de continuo acontece con el soprano ó el tenor, el número de sus efectos no puede ménos de ser hoy reducido é insignificante. A esto debe agregarse también que los compositores modernos apenas dedican ya en sus obras ninguna parte importante á dicha voz, pues no pueden considerarse como tales *El Trovador*, *El Profeta* y otras que pudiera citar, y cuyas extrañas *tesituras*, más bien que de contralto, pertenecen al mezzo-soprano acontraltado; habiendo entre ellas algunas que causan la desesperacion de las artistas encargadas de desempeñarlas, y que con tanta razon suelen ser clasificadas por ellas de verdaderas *partacias* sin clasificacion posible.

Es innegable que las obras de Rossini, Bellini, Donizetti y demas autores anteriormente citados, escritas por lo general muy bien para las voces, contribuían poderosamente á formar cantantes, y abrigo el profundo convencimiento de que si estas se ejecutasen con más frecuencia, las muchas medianías que hoy sin grandes conocimientos y con tanta audacia abordan la escena, se verían precisados á estudiar más seriamente á fin de poderlas interpretar, lo cual sería altamente provechoso para el arte. Mas como por desgracia dichas obras se hacen ya muy poco en todos los teatros, bien porque en los de segundo orden rara vez se reúnen tres ó cuatro artistas de mérito que pueden ejecutarlas, y en los de mayor importancia, porque la gran masa del público que los frecuenta (y de la cual sólo puede exceptuarse un pequeño número de personas de exquisito gusto) prefiere y exige de sus empresas las obras modernas de grande espectáculo, y que no siempre suelen tener las mejores condiciones para el cantante como fuera de desear; preciso es resignarse á no contar por ahora con este poderoso elemento, que indudablemente estimularía á los jóvenes artistas al estudio, y restauraría en cierto modo el extraviado criterio de los

aficionados á la ópera, que, seducidos muchas veces por la hermosa voz ó por el desenfado y aplomo que aquellos puedan tener, contribuyen tambien con sus benévolos é inmeditados aplausos á la decadencia del canto, de que hoy tanto se lamentan.

Por otra parte, repartido, como hoy lo está, el interés y la acción dramática en las óperas modernas no sólo entre los personajes que en ellas intervienen, sino tambien teniendo cada vez mayor participación en las mismas, tanto los coros como la orquesta, el baile y demas elementos de todo género con que cuenta el arte teatral para tan grandiosas manifestaciones, la figura del cantante, léjos de destacarse con acusados perfiles cual la parte más interesante del cuadro musical, como en otro tiempo sucedía, ha venido á ser casi un elemento accesorio, habiendo disminuido en gran parte la consideración é importancia de que entónces gozaba.

Por esta razón, vemos que artistas que en obras de verdadero canto italiano y de delicadeza de estilo no serían hoy ni tolerados, suelen ser hasta aplaudidos en varias óperas de nuestros días que sólo exigen fuerza de voz, buen sentido y mucho calor escénico. Afortunadamente para estos soldados de segunda fila, el exagerado número de teatros de ópera que hoy existe, no sólo en Europa, sino tambien en otras varias partes del mundo, y que es preciso alimentar con nuevas obras y nuevos cantantes, les permite encontrar fácil colocación, y en ellos, á pesar de todo, ya por la imperiosa fuerza del tiempo ó de la práctica, que siempre instruye, llegan á ser otros tantos elementos útiles al arte, ya que no artistas de indisputable y sobresaliente mérito.

Hasta hace algunos años, contados eran los importantes teatros de ópera que servían de glorioso palenque á las celebridades artísticas que en ellos se admiraban, y cuyo número, aunque reducido, bastaba á satisfacer las necesidades del arte y de los públicos de Italia, Inglaterra, Francia, Alemania, Bélgica, Rusia, España, Portugal y América. Pero desde entónces, habiendo variado considerablemente las circunstancias, de poco tiempo á esta parte se ha extendido dicho espectáculo de un modo tan prodigioso, que raro es el país de los que acabo de mencionar que no haya aumentado el número de sus teatros, que hoy se conceptúan como poderoso elemento de civilización y cultura, hasta el punto de tenerlos establecidos ya, no sólo en sus más populosas capitales, sino tambien en las poblaciones de segundo y tercer órden. Ahora bien: suponiendo por un momento que el arte del canto se hallase hoy, no en el estado de decadencia que es imposible negar, pero en el apogeo de otros tiempos, puede, por ventura, creerse que este suministraría el número suficiente de buenos cantantes como

en la actualidad se necesitan para alimentar los innumerables teatros que hoy existen? De ningun modo. Pues bien; estas y otras muchas causas debieran tener presente los que de continuo exigen desde su cómoda butaca ó su ostentoso palco nuevas celebridades que los impresionen, y que tan tenazmente se lamentan de la dicha decadencia del canto, sin pararse á examinar las muchas y legítimas causas que hayan podido motivarla.

Mas volviendo nuevamente á la enumeración de otros varios motivos que ya directa ó indirectamente han podido influir tambien en el estado en que este arte se halla en nuestros días, debo añadir que no es ya tan apreciado del público, como ántes lo era, el verdadero *canto spianato* y de gracia, y con frecuencia vemos que algunos andantes, ejecutados con gran pureza de escuela por artistas eminentes, apénas logran merecer unas cuantas palmadas de tan respetable como supremo juez, al par que en él excitan grandísimo entusiasmo las frases dramáticas ó de fuerza, cuyo principal mérito consiste muchas veces en la manifestación exagerada de los sentimientos, que pudieran muy bien expresarse sin recurrir al ridículo medio de extasiarse indefinidamente sobre una ó más notas agudas de la voz, poniendo en suspenso hasta los latidos del corazón de los oyentes, como el atrevido *funámbulo* que verifica sobre la cuerda floja ó sobre el elevado trapecio alguna de sus arriesgadas habilidades. No debe, pues, extrañarse que muchos cantantes para hacer carrera intenten salir de su cuerda, descentralizando deliberadamente su órgano vocal, á fin de poder abordar los deseados efectos de fuerza que han de darles por resultado los aplausos de la multitud. Por eso observamos que hoy los *mezzo-sopranos* quieren ser *sopranos*; los *contraltos*, *mezzo-sopranos*; los *barítonos*, *tenores*, y los bajos, *barítonos*. Todos pretenden, en fin, salirse de los límites vocales y del círculo de acción que la naturaleza les tiene señalado, violentando su carácter y la índole especial de su talento para adoptar otro modo de ser ficticio, perjudicialísimo á su vitalidad artística, pero, desgraciadamente, mucho más fructífero á sus intereses pecuniarios; siendo lo más triste del caso que no les falta motivo para lanzarse, aun á pesar suyo, á tan deplorable evolución, que, en nuestro sentir, ha de ser con el tiempo de deplorable trascendencia para el arte del canto.

La gran escasez de *sopranos* y *tenores* dramáticos, que tan apreciados son hoy en los teatros, es causa de que algunos excelentes artistas con especiales condiciones de facilidad para la ejecución, voz extensa, aunque no voluminosa, y delicado instinto para el género de gracia y del *bel canto*, y que dentro del terreno á que parecían destinados se dedicaban llenos de fe y entusiasmo á las óperas de Ros-

sini, Bellini y Donizetti, viendo con gran pena que dichas obras hoy suelen hacerse poco, que los delicados matices de su excelente modo de expresar no son siempre apreciados cual se prometían, quedando, por el contrario, oscurecidos de continuo por los efectos de fuerza, y á veces hasta de mala ley, que en otras obras puramente dramáticas proporcionan á sus intérpretes, ménos artistas que ellos, mayores aplausos y más ventajosas escrituras, se lanzan á gritar desafortadamente, verificando en su órgano vocal lo que en el tecnicismo artístico se llama *lo spostamento della voce*, pierden la delicadeza que ántes tenían y se convierten en sopranos ó tenores de fuerza, con daño del arte, aunque obtengan más ovaciones y más dinero.

También contribuye, y no poco, al dicho *spostamento* de la voz y á la desafinación que de continuo observamos en el canto de algunos artistas de nuestros días, el que, á pesar de los grandes esfuerzos de Napoleón III y de algunos hombres científicos, no se haya adoptado un mismo diapason en todos los teatros de Europa, como hubiera sido de desear.

Paso asimismo por alto, para no extenderme demasiado, la frecuencia con que vemos hoy un sinnúmero de personas que, sin educación ni cultura de ninguna especie, se dedican á la difícil carrera del canto teatral. Contra la crasa ignorancia de esas personas, se estrella el talento del más experimentado maestró, y en ellas, cual si fueran robustas y nudosas encinas, se embotan sin hacer mella alguna las más potentes y afiladas herramientas. Circunstancia por cierto muy poderosa y que quizás convendría recordar muchas veces al público para que éste no se sorprenda, como de continuo acontece, por la falta de las majestuosas actitudes y noble dicción que requieren una Safo, una Norma ó una Semíramis, representadas muchas veces por jóvenes que carecen no sólo de instrucción artística, sino de la distinción y finura de maneras propias de una sociedad culta.

Muchas más razones pudiera aducir para demostrar que la positiva decadencia del canto en nuestros días, decadencia que soy el primero en deplorar, lejos de tener su origen en el olvido de las buenas tradiciones de tan hermoso arte, ni mucho ménos en la supuesta ineptitud de los respetables maestros que á su enseñanza se dedican, proviene principalmente de un cúmulo de causas que desde algún tiempo á esta parte han ido reuniéndose, y que si de una parte han contribuido bastante al adelanto del drama musical moderno en general, de otra no puede desconocerse que han perjudicado notablemente al canto en particular, por efecto, sin duda, de una desconocida pero inmutable ley de la naturaleza, que hace á la humanidad, al par que en-

orgullecerse de sus nuevas conquistas, avergonzarse también de ciertas aberraciones que parecen dimanarse hasta del progreso mismo. Pero creo baste ya con lo expuesto, si no para convencer á los extraños al arte que estas y otras preocupaciones abrigan, á lo ménos para llamar la atención de los músicos, que tan obligados están á desvanecer los muchos errores que sobre el asunto continuamente se propalan.

JOSÉ INZENZA.

(Concluirá.)

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTIFICAS.

Real Academia Española.

MADRID 24 MAYO.

Con la solemnidad de costumbre se ha verificado la recepción pública, como académico de número, del distinguido poeta dramático y hombre político D. Gaspar Nuñez de Arce.

Su discurso, que ha llamado poderosamente la atención y servido de base á muchas polémicas, quizá no sea un verdadero documento académico, pero tiene un alcance y una trascendencia que no es posible desconocer, y en este concepto debemos reproducirlo.

Su estilo vigoroso y sus frases enérgicas y atrevidas tienen mucho del carácter especial de los discursos de Ríos Rosas, á quien sustituye el nuevo académico en tan ilustre corporación, y cuyo elogio extenso y cumplido ha hecho el Sr. Nuñez de Arce en el exordio (que suprimimos aquí) de su discurso.

El del Sr. Valera, encargado de contestar á nombre de la corporación, sin dejar de tener igual alcance, y á veces mayor pero velada trascendencia, ha sido como una especie de contradicción indirecta á ciertas acentuadas deducciones del Sr. Nuñez de Arce, circunstancia que, dadas las afinidades políticas de ambos personajes, sólo puede explicarse, en concepto de algunos, por el espíritu de originalidad é independencia de pensamiento que tantas veces ha puesto de manifiesto el Sr. Valera, ó por los deberes que le imponía la representación de la Academia, cuyo espíritu moderador y conservador es el mismo que tienen y es natural que tengan todas las Academias oficiales. De todos modos, el discurso del Sr. Valera viene á ser, como de costumbre en estos casos, el complemento del primero, y lo insertaremos en el número próximo.

DECADENCIA Y RUINA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA
BAJO LOS ÚLTIMOS REINADOS DE LA CASA DE AUSTRIA.

(Teniendo que tratar en su discurso algunos puntos que se rozan con la cuestión religiosa, el señor Nuñez de Arce hace la salvedad previa de que do-

bla su cabeza, respetuoso y sumiso, ante la inviolable santidad del dogma.)

La literatura, monumento majestuoso del progreso humano, donde cada raza esculpe y fija, por decirlo así, los rasgos esenciales de su genio, no se exime de la ley comun, que somete todas las cosas de la tierra á las varias mutaciones de la fortuna, y tiene sus períodos alternados de grandeza ó decaimiento, á medida que aumenta ó disminuye el influjo moral ó político del país que la ha producido. Obedeciendo á las fluctuaciones del gusto ó á circunstancias excepcionales, no es igual ni uniforme en época alguna el desarrollo de todos los géneros literarios; unos descienden, otros se elevan, y otros se trasforman; pero como todo movimiento intelectual es alma y verbo de la sociedad en que se desenvuelve, nunca se paraliza por completo en sus múltiples manifestaciones, sino cuando el pueblo, que le alimenta con sus sentimientos, creencias y costumbres, pierde su vida nacional, y aún entónces, como sucede con Polonia, la melancólica poesía, sentada en el sepulcro de la patria muerta, ó errante á orillas de extranjerios rios, deja oír por algun tiempo sus cantos de desesperacion y de guerra. Sólo España quebranta y contradice esta regla general, y ofrece el espectáculo tristísimo, á fines del siglo XVII, de una suspension absoluta y simultánea de todos sus elementos de cultura. En el espacio de poco más de doscientos años asciende su rica y original literatura al apogeo de su grandeza, asombrando al mundo con sus magnificas creaciones; cae despues en los delirios de la fiebre, y se extingue al cabo estenuada y caduca en medio del mismo pueblo que le dió el sér y le infundió su savia generosa. Aquella divina lengua castellana, hecha, segun la expresion de Carlos V, para conversar con Dios, no llega á ser, en sus producciones literarias, más que un ruido confuso de vocablos revesados, de frases enmarañadas como espeso bosque, de soeces chocarrerías y rebuscados retruécanos. Nuestra armoniosa poesia lirica, tan tierna en Garcilaso, tan robusta en Herrera, tan candorosa en Fray Luis de Leon, tan flexible en los Argensolas y tan sentenciosa en las composiciones que llevan, con justicia ó sin ella, el nombre de Rioja, acaba, retorciéndose de dolor y angustia, en brazos de locos imitadores de Góngora, que extreman la oscuridad impenetrable de su modelo, y de los discípulos ignorantes y presuntuosos de Baltasar Gracian. La elocuencia sagrada, que habían depurado y engrandecido Fray Luis de Granada, Sigüenza, Malón de Chaide, y tantos admirables escritores místicos como han honrado las letras españolas, se pervierte y degrada bajo el peso de bárbaros silogismos, absurdas hipérboles, hojarascosos conceptos y grotescas, cuando no, impías,

comparaciones. La historia, invadida de la incurable dolencia que, iniciándose en el reinado de Felipe III, se propagó á manera de gangrena por todo el cuerpo de la literatura patria, condenándole á prematuro fin, despide sus postreros resplandores en la *Historia de la Conquista de Méjico*, ya tocada de viciosa afectacion, y calla acometida de mortal marasmo. Ni Hurtado de Mendoza, ni Mariana, ni Moncada, ni Melo, encuentran sucesores, y sólo de vez en cuando estalla alguna chispa del genio que les inspiró (chispa cuya claridad efímera sirve únicamente para hacer más pavorosa la intensidad de las tinieblas), en los escritores políticos que lamentan y lloran recelosos y amedrentados los desastres de nuestra irremediable decadencia. La prosa narrativa, elevada por Cervantes á la perfeccion más alta, suelta, graciosa y aguda en nuestras novelas picarescas, grave y sonora en las relaciones de sucesos y viajes, intencionada en la pintura de las costumbres, siempre abundante y flúida, pasa aceleradamente desde su nativa pompa á la más alambicada hinchazon, intenta disimular en vano su progresivo empobrecimiento con falsos atavíos y abigarrados colores, y no pudiendo ser profunda, se hace ininteligible. ¿Qué más? El teatro, nuestro incomparable y prodigioso teatro, tesoro inagotable donde no hay sentimiento, ni pasion, ni lucha de afectos, ni contraste dramático, ni símbolo político y religioso que no tenga su representacion y su tipo, tambien se apaga y desvanece: Calderon asiste á su agonía, iluminándole con las postreras llamadas de su genio, como el sol en su ocaso, ya rodeado de sombras, dora todavía con moribundo rayo los enhiestos picos de las montañas. Al finalizar el siglo XVII la fuente de nuestra inspiracion nacional está del todo cegada; la ruina es completa y la lobreguez absoluta; no hay ramo alguno del humano saber que se salve del general naufragio; todo perece en él, ciencia y arte, fondo y forma, pensamiento y expresion. Nuestra inteligencia, y acaso nuestra conciencia, parece como que quedan atrofiadas.

Cierto que aquella enorme monarquía de Carlos V se desplomaba al mismo tiempo como edificio envejecido y agrietado; que ya no infundían terror ni imponían la ley á Europa sus hasta poco antes invencibles tercios y formidables escuadras; que por los girones de su régio manto destrózado se descubrían sus miembros descoyuntados y enflaquecidos, y que acorralada á su vez por los mismos á quienes había humillado y escarnecido en los dias de prosperidad, falta de recursos, de soldados, de heróicos capitanes y de hombres de Estado, porque no era posible que los tuviese en medio de tan fundamental trastorno, apuraba en todas partes, en la tierra y en el mar, la copa de la amargura y la desespera-

cion de su impotencia. Pero tambien es verdad que, á pesar de las calamidades sin cuento con que Dios la affigia y probaba, todavia España era España. Todavia poseia dilatados y fértiles dominios en el antiguo y nuevo continente; contaba con el esfuerzo y la lealtad de sus magnánimos hijos para defender su integridad y su derecho, contra Europa coligada, en la sangrienta guerra de sucesion; tenia bastantes elementos para intentar algunos años más tarde la recuperacion de las provincias italianas, que habia perdido en la catástrofe de principios del siglo XVIII; pudo en aquel mismo siglo reconquistar coronas para regalárselas á los hijos de sus reyes, y finalmente, debia ofrecer al mundo, acobardado y atónito en los primeros años de esta centuria, el alto ejemplo de su épica resistencia contra las huestes de Napoleon I. España, pues, aunque quebrantada, maltrecha y exánime, alentaba aún; y sin embargo, su literatura habia caído en vergonzoso anonadamiento, presentando á la consideracion de la critica el fenómeno pocas veces visto, como ántes he tenido ocasion de manifestaros, de un pueblo que sobrevive á su propia y característica cultura.

Digno de meditacion y estudio es el contraste que resulta comparando este sombrío cuadro con el que ofrece otra nacion más afortunada, la cual, sola en medio de los mares, bajo un cielo nebuloso y destemplado, con una lengua desabrida, conquista preeminente lugar en la civilizacion europea, y le conserva á pesar de la incesante mudanza de los tiempos: me refiero á Inglaterra. Tardios y lentos son sus primeros pasos en las vías del progreso; pero á medida que avanza, su marcha es más rápida y segura, y logra al fin ponerse al nivel, si no á la cabeza, de los pueblos más adelantados de Europa. Filosofia, ciencias, historia, poesía, oratoria sagrada y parlamentaria, critica, todo lo abarca y nada se resiste á su potencia creadora, que resplandece sin interrupcion desde el siglo XIV á la edad presente, siendo tan inmensa la pléyade de sus hombres extraordinarios, que al querer enumerarlos, el ánimo vacila, temeroso de incurrir en injustificables omisiones é imperdonables olvidos. Shakspeare, como encarnacion de esta espléndida literatura, muéstrase en la cúspide del Parnaso anglo-sajon, desde donde penetra con mirada escrutadora los ocultos repliegues del corazon humano para arrancar á las pasiones, esclavas de su genio, gritos verdaderos, desgarradores y sublimes. ¿A quién no asombra la larga estela que traza la musa lírica inglesa desde Chaucer, el más antiguo de sus poetas, hasta Byron, el más celebrado de los modernos; estela en que resaltan, como astros en noche serena, los nombres inmortales de Spenser, Milton, Dryden, Pope, Burns, Southey, Shelly y otros muchos, quizás no inferiores aunque no tan conocidos? No es menor el

catálogo de sus filósofos y sabios, entre los cuales descuellan, como elevadas cimas, los dos Bacon, Hobbes, Locke y el incomparable Newton, á quien la naturaleza descubre como madre cariñosa el secreto de sus leyes. Ni tiene término el número de sus historiadores famosos, como Goldsmith, Hume, Gibbon, Robertson, Hallam y otros, no ménos apreciados, que en los tiempos antiguos y modernos han levantado imperecederos monumentos á la gloria de su patria, justamente orgullosa. Fatigaria vuestra memoria con la inacabable relacion de los novelistas, criticos, metafisicos, jurisconsultos, moralistas, filólogos y oradores eminentes, sagrados y profanos, que ha producido aquella tierra, siempre fértil y nunca cansada; pero ya que prescindá de esta enojosa tarea, porque vuestra erudicion vastísima no há menester de vanos recuerdos, permitidme al ménos que llame vuestra atencion sobre una de las instituciones más civilizadoras que han surgido del ingenio de los hombres, y que bastaria por sí sola para eternizar la fama de un pueblo: hablo de la imprenta periódica. No nace en Inglaterra; pero allí arraiga, crece, toma carta de ciudadanía, y manifiesta todo su poder ese maravilloso instrumento de la razon que con su trabajo oscuro, pero continuo, como el de la gota de agua, mina el abuso, hace imposible la tiranía y trasforma las sociedades; allí es donde ese amparo de los débiles, azote de la injusticia, clamor que nunca cesa y espada que jamás se embota, adquiere por primera vez el conyencimiento de su fuerza para lanzarse resueltamente, burlándose de sus opresores, porque sabe que ha de sobrevivirlos, á la pacífica conquista del mundo moral. Mas ¿á qué cansarnos? ¿En qué órbita de los conocimientos humanos, en qué género literario, en qué manifestacion intelectual no ha dejado Inglaterra la radiante huella de su inspiracion y su constancia? Tal vez ha tenido en su improbable trabajo desmayos pasajeros ¿qué atleta no los tiene? pero nunca eclipses totales y definitivos; ni ha cesado un solo momento en su exuberante elaboracion de ideas, ni su literatura se ha estancado, corrompiéndose á modo de cuerpo muerto como la nuestra. Así ha podido atravesar incólume, con mayor ó menor brillo, si bien siempre robusta, el anchuroso espacio de cinco siglos, preñados de guerras desoladoras y alteraciones profundas, para llegar hasta nuestros dias con poetas como Tennyson y Swinburne; con filósofos y sabios como Herbert-Spencer y Darwin; con historiadores y criticos como Macaulay y Carlyle; con novelistas y escritores de costumbres como Lyton Bulwer y Dickens; con economistas, hombres de Estado y oradores como Stuart-Mill, Gladstone y Disraeli.

Pero su desarrollo nacional no se encierra en estos límites; paralelamente y con igual pujanza se

desenvuelven todos sus gérmenes de grandeza; la industria, el comercio, la navegacion y las artes liberales toman raudo incremento; la aristocracia, desdeñando los oficios palatinos, busca en el Parlamento, en la defensa de los intereses públicos y en empresas heroicas la conservacion de su influencia y la justificacion de sus privilegios; la vida, en fin, desborda por donde quiera; y dilata el dominio de Inglaterra más allá de los mares, en América, Asia, África y Oceanía, en cuyas regiones se encuentra á menudo á expensas de nuestro carcomido imperio, con los miembros que se disgregan de él ó con el botin de guerra que el poderío del pueblo britano le arranca. Su vigorosa organizacion resiste sin comoverse, así las injurias del tiempo, como el fuerte embate de las revoluciones modernas; y mientras otros pueblos miran con espanto todos sus elementos constitutivos podridos y disueltos, Inglaterra prosigue su marcha regular y ordenada á la sombra tutelar de sus instituciones tradicionales.

¿No os sorprende, señores, este estado de perpetua renovacion y florecimiento al compararle con la estéril flaqueza á qué llegamos en el siglo XVII, y de la cual aún no hemos convalecido? Pues no busqueis su explicacion en recónditas diferencias de raza; ni en desigualdades intelectuales que la sana crítica no admite y la experiencia desmiente; buscadla sólo, y la encontrareis de fijo, en un hecho asaz significativo que no se há escapado á la penetracion de la historia. Mientras España rodaba con los estremecimientos de la agonía hasta el fondo del abismo, y aferrada á sistemas opresores sentía helársele por grados la sangre en sus venas, Inglaterra conservaba, y conserva todavía, la portentosa actividad de su espíritu, á pesar de las recias conmociones políticas y religiosas que en épocas anteriores la trabajaron, ó merced acaso á estas mismas conmociones, porque supo á costa de inauditos esfuerzos, tenaces luchas é incalculables sacrificios, recuperar, mantener y asegurar por último el derecho de los ciudadanos cuando otros pueblos le abandonaban ó perdían; siendo por esta causa quizás la primera nacion de Europa que se ha valido, para avanzar en la senda de su cultura, de las dos irresistibles palancas con que puede removerlo todo el entendimiento humano: la libertad política y el libre exámen.

¡Ah! ¡También nosotros, que consentimos á mudjares y judíos el ejercicio de sus respectivos cultos, aunque con las restricciones que á la sazón imponía en todas partes la rudeza de los tiempos, habríamos asegurado para siempre la integridad de la conciencia humana si despues de la toma de Granada no se hubiera inaugurado en nuestra tierra la más siniestra y prolongada persecucion religiosa que registran los anales de la humanidad desde la caída del

paganismo! ¡También gozamos de la libertad política en la forma incompleta con que entónces se conocía, pero más regularizada, sin embargo, que en ninguna otra nacion del continente europeo; también tuvimos nuestros fueros y nuestras Cortes, defensoras de las franquicias populares, hasta que en los áridos campos de Villalar cayó rota y deshecha la antigua y veneranda Constitucion de Castilla! Quiso nuestra mala estrella, y ya el mal no tiene remedio, que á fines del siglo XV y comienzos del XVI se torciese y extraviase el curso de la civilizacion española para abrir camino expedito y llano á la fugaz grandeza de la dinastía austriaca, que tan aciaga nos ha sido, y cuyas consecuencias desastrosas sufriremos hasta que Dios se apiade de nuestra heredada, mas no merecida desventura.

Bajo el régimen relativamente libre de nuestras instituciones seculares, el ingenio español dió sus primeros pasos con tal valentía de juicio, que indicaba lo que habría llegado á ser si no hubiesen cortado su vuelo el trastorno de nuestras leyes fundamentales y la recrudescencia del fanatismo. Indeciso y rudo en sus formas de expresion, é influido sucesivamente por literaturas más adelantadas, dominóle á veces el mal gusto, pero nunca careció de viril energía ni de osada independencia. Sin menoscabo de la fe religiosa, que fortalecía á nuestros antepasados en su lucha contra los musulmanes, ni relajacion del principio monárquico á que rendían caballeroso culto, obsérvanse en las obras de nuestros primitivos poetas, novelistas é historiadores, en los *cancioneros* y *crónicas*, tanta rectitud de juicio y tan ingénuo atrevimiento, que al hojear sus páginas el ánimo se suspende y embelesa. Pontífices, reyes, prelados y magnates sufren su censura, no siempre templada y contenida; persiguen con tosco é irritado lenguaje el abuso y la corrupcion de las costumbres donde quiera que apuntan, en la plaza pública, en la corte, en los tribunales de justicia, hasta en el templo; el azote de su honrada indignacion alcanza á las cosas más altas, y ningún temor le refrena. Hoy mismo no podrían darse á la estampa, sin escándalo de las almas timoratas, las amargas diatribas con que el arcipreste de Hita y Pero Lopez de Ayala anatematizaron en su tiempo los vicios de Roma y el libertinaje del clero, entregado entónces á todos los desórdenes de la codicia y la concupiscencia; y el mismo aliento revelan, no obstante su origen cortesano, las sencillas relaciones de algunas de nuestras *Crónicas*, donde con feos colores se pintan la ambicion de los grandes, las debilidades de los reyes y la desdicha mal remediada del pueblo, víctima siempre de las discordias de sus señores. El mismo varonil desenfado descúbrese en el *Romancero*, hasta en los *refranes* con que el vulgo muestra su desconfiada experiencia;

pudiendo asegurarse que en los restos casi olvidados de la literatura patria, desde su origen hasta el reinado de los Reyes Católicos, es donde más fielmente se retratan el carácter y las virtudes de nuestra raza, aventurera, libre, generosa y expansiva.

Tan irresistible era el empuje con que nuestra cultura intelectual caminaba, que á pesar de la violenta pérdida de nuestras libertades bajo el cetro de Carlos V, y de la intolerancia feroz que empezó á desplegarse casi al mismo tiempo para atajar los progresos de la Reforma luterana, todavía el espíritu audaz y resuelto que animó á nuestros antiguos escritores dilató su influjo, aunque ya más debilitado, hasta bien entrado el siglo XVII, como esos rios de curso caudaloso que al desembocar en los mares llevan largo trecho por encima de las olas su impetuosa corriente. Poco á poco nuestro espíritu innovador y atrevido se extingue y apaga; pero ¡cuán hermoso es su crepúsculo! ¡Cuán vívida y refulgente la despedida de aquel sol que se esconde en las tinieblas de una noche profunda! Entónces la teología, que, removiéndole las entrañas de la sociedad hasta en sus más ocultas fibras, compendia todos los conocimientos y pasiones de aquella época, ya vacilante en su fe, encuentra en España sus intérpretes más aventajados, y nuestros doctores son, por la solidez de su doctrina y prodigiosa elocuencia, admiración y pasmo del Concilio de Trento. Inquieren y ahondan nuestros místicos con sagaz penetración todos los misterios de la lengua castellana, que adquiere bajo su pluma flexibilidad sorprendente, y consiguen expresar las abstracciones más metafísicas con claridad de concepto que haría bien en imitar la moderna filosofía. La poesía lírica se trasforma influida por el gusto italiano, y si bien por esta misma razón es la ménos original de nuestras manifestaciones literarias, contribuye, sin embargo, á la perfección y enriquecimiento del idioma, recogiendo sus armonías más íntimas, ennobleciendo sus palabras, dando novedad y soltura á sus giros, y añadiendo definitivamente á la lira española metros poco usados y cuerdas desconocidas. El estudio de la antigüedad clásica, que á la sazón despierta en Europa, presta á la Historia, sacándola de su humilde condición de crónica, formas majestuosas y sentencioso estilo. Desenvuélvese la novela, y el teatro, que debía reconcentrar andando los años toda la actividad de nuestro espíritu, cohibido en las demás esferas, anuncia ya el superior destino que le aguarda. El generoso deseo de propagar la fe de Cristo, no sólo en las desconocidas regiones descubiertas recientemente por Colon, sino en los más apartados imperios de Oriente, donde nuestros misioneros buscan y alcanzan á menudo la inmarcesible palma del martirio, abre anchos horizontes á la investigación científica, y reciben ex-

traordinario impulso entre nosotros los trabajos geográficos, náuticos, físicos y naturales. No le recibe menor la enseñanza de las lenguas, hasta de las más incultas de América y Asia; y España, con la publicación de innumerables gramáticas y vocabularios, coordina y deja á la posteridad los elementos primitivos que más adelante debían dar origen á una nueva ciencia. ¡Qué explosión tan grandiosa la de nuestro genio nacional! El mundo todo se somete sin oposición á su influjo, y las prensas de Paris, Lyon, Bruselas, Amberes, Roma, Milan, Nápoles y Venecia multiplican y esparcen por todos los ámbitos de la tierra, en el nativo idioma ó en los extraños, las obras de nuestros teólogos, sabios, historiadores, místicos, novelistas y poetas.

Pero en medio de su fecundidad, este movimiento intelectual mostraba los signos de próxima decadencia, y su exuberancia misma era quizás el síntoma más grave de la incurable enfermedad que debía poner breve término á su atormentada vida. Sujeto por innumerables trabas, nuestro pensamiento iba lentamente apocándose bajo la sombría, suspicaz é implacable intolerancia religiosa, que se abalanzaba sobre aquella sociedad indefensa, envolviéndola en sus invisibles redes para poder á mansalva extinguir con el hierro y el fuego las opiniones calificadas de sospechosas, hasta en lo más recóndito del hogar y en lo más hondo de la conciencia.

En nombre de un Dios de paz, los tribunales de la fe sembraban por todas partes la desolación y la muerte; atropellaban los afectos más caros; ponían la honra y la vida de los ciudadanos á merced de delaciones, muchas veces anónimas, inspiradas quizás por la ruin venganza, por la sórdida codicia ó por terrores ó escrúpulos supersticiosos; relajaban los vínculos sagrados de la familia, imponiendo, bajo pena de excomunión, á los padres el ingrato deber de acusar á sus hijos, á los hijos la terrible gloria de vender á sus padres, á las mujeres la vergonzosa obligación de espiar á sus maridos; y una palabra indiscreta, pronunciada en el seno de la intimidad, hasta un movimiento natural é irreflexivo, eran causa bastante para sumir á un desgraciado en lóbrego calabozo, someterle á cruentas torturas, arrancarle la vida en medio de atroces suplicios, confiscar sus bienes y mancillar su memoria. El misterio más absoluto rodeaba estos bárbaros procedimientos; secretas eran las denuncias, secretas las declaraciones de cargo y descargo, secretas las pruebas, restringida y secreta la defensa, y sólo público el castigo. Ni el arrepentimiento de la culpa, ni la reconciliación con la verdad mejoraban la triste suerte del sentenciado: si había incurrido en herejía y propagado el error; si el dolor del tormento había arrancado á su flaqueza la confesión

de un delito, acaso imaginario, debía morir sin remedio, y penitente ó contumaz, vivo ó muerto, de todos modos pertenecía á la hoguera. La infamia de la pena alcanzaba á los hijos, y no respetaba á los cadáveres; desapareció la piadosa inviolabilidad del sepulcro, y el fanatismo, feroz como la hiena, desenterraba al culpado para entregar su recuerdo al oprobio, su efigie á la vergüenza pública, y sus restos á las voraces llamas.

Ni la virtud más pura, ni la fe más acendrada, ni la santidad misma estaban al abrigo de las pesquias inquisitoriales ni de sus fieras persecuciones: varones venerables, más tarde canonizados por la Iglesia; eminentes prelados, doctores y teólogos sapientísimos, que habían confundido con su palabra los sofismas luteranos en el Santo Concilio tridentino; preclaros próceres encanecidos en el servicio de la patria; jurisconsultos y escritores de justa reputación, gemían bajo la pesadumbre de esta tiranía tenebrosa, que consideraba muchas veces como indicios vehementes de herejía la demasiada ciencia, la piedad sincera, el mérito superior reconocido; y á medida que la intolerancia religiosa iba estrechando su círculo odioso, apoderábase de las almas mejor templadas invencible desfallecimiento. «Vivimos en tiempos tan calamitosos,—escribía aterrorizado á uno de sus amigos el ilustre filósofo Juan Luis Vives,—que no podemos proferir palabra ni callar sin riesgo;» y exhalaba esta desesperada queja cuando la Inquisición no había exagerado aún su recelosa vigilancia ni sus horribles castigos.

Léjos de mí la absurda idea de sostener que en aquellos tiempos España fuese la única nación cristiana dominada por el fanatismo. La sobreexcitación del sentimiento religioso era entonces vivísima, dando lugar en todos los Estados de Europa, católicos ó protestantes, á crueles suplicios y catástrofes espantosas. En Alemania, Inglaterra, Francia y Suiza suscitó prolongadas revueltas; pero esto mismo contribuyó á que la persecución pasase en aquellas pueblos por las varias alternativas de la guerra civil, á veces inhumana, á veces transigente, y á que no presentara como en nuestra patria, donde en realidad jamás hubo lucha, el carácter de una compresión sistemática, continua y normalizada. Si no registra nuestra historia escenas tan horribles como la trágica noche de San Bartolomé, que fué no sólo la brutal explosión de los odios de secta, sino la ruidosa venganza de un partido, tampoco ofrece la menor interrupción en los rigores inquisitoriales; porque la intolerancia española, más que impetuosa y turbulenta, pecó de reflexiva y regularizada, sin duda para asegurar de esta suerte la duración y eficacia de sus dañosos efectos.

La tempestad fué arreciando con los años, y la severidad del Santo Oficio extremándose hasta el

punto de que con alguna frecuencia los Sumos Pontífices tuvieran que intervenir con su autoridad suprema para moderar el celo de aquel Tribunal sin misericordia. Pobláronse las cárceles de víctimas, que esperaban en estrecha incomunicación el fin, casi siempre funesto, de sus sigilosos procesos; multiplicáronse los *Autos de Fe*, y para mayor escarnio de todo sentimiento generoso, incluyéronse esas monstruosas ceremonias en el número de los festejos públicos con que se solemnizaban los prósperos sucesos de la monarquía, como si la agonía desgarradora de las infelices criaturas condenadas á morir en el fuego fuera espectáculo regocijado y digno de una nación cristiana.

Cuando con tan persistente saña acorralaba las ideas hasta en el fondo del cerebro humano, no era posible que el fanatismo dejase á salvo el pensamiento vivo reproducido por la Imprenta; y para evitar la propagación de las doctrinas que el Santo Oficio tildaba de erróneas ó pravas, erigió en sistema permanente el mal ejemplo dado por fray Lope de Barrientos en el siglo XV, quemando la biblioteca del marqués de Villena, y seguido posteriormente por el Cardenal Ximenez de Cisneros con los manuscritos árabes del reino de Granada. No satisfecho con esto, usurpó á la potestad civil el derecho de censura sobre los libros, forzándola á expedir pragmáticas rigorosísimas, en algunas de las cuales se imponía pena capital y perdimiento de bienes á los que imprimieran, vendiesen, leyeran ó conservasen obras incluidas en los interminables y frecuentemente renovados *Índices expurgatorios*. Comprendíanse en estas listas de proscripción del entendimiento humano, no sólo los libros conocidamente heréticos ó que contenían proposiciones de dudoso sentido, sino muchos más que, siendo ajenos á las cuestiones religiosas y tratando únicamente de materias científicas ó literarias, tenían el pecado original de haber sido escritos por autores sospechosos ó mal juzgados, sin que las exhortaciones repetidas de la Santa Sede lograsen libertar á algunas de estas obras del injusto anatema. Las restricciones de la censura y el miedo á la pena iban disminuyendo de día en día las publicaciones científicas y filosóficas; pero en cambio aumentaban considerablemente las recreativas en que lo liviano del asunto y la licencia del lenguaje rayaban en cínica desvergüenza; y mientras se anotaban en los *Índices expurgatorios* libros tan llenos de unción cristiana como el tratado de la *Oración y meditación* y la *Guía de Pecadores* del venerable Fray Luis de Granada, corrían sin obstáculo en manos del vulgo, con la aprobación eclesiástica y laudatorias calificaciones, novelas obscenas y comedias de no muy edificante lectura.

La enseñanza pública, subordinada, como todas

las manifestaciones de la razón, á la rígida disciplina sacerdotal, sufría también las consecuencias de esta angustiosa servidumbre. Nuestras gloriosas universidades, focos de instrucción sana y robusta, que habían resplandecido en tiempos mejores con brillo envidiable, desfallecían y se amortiguaban tristemente como lámparas abandonadas. Una dialéctica sutil, artificiosa y vacía, más ocupada en aquilatar las formas retóricas de la argumentación que el fondo de la argumentación misma, erizada de silogismos oscuros ó pueriles, reinaba en las aulas como despótica señora de las inteligencias. El principio de autoridad dogmática, indiscutible, sagrado, alzabase escueto y solo sobre el silencio de la ciencia despavorida, que vivía, ó mejor dicho, agonizaba ahogada por la interpretación más ó menos favorable, pero siempre restringida, de los textos bíblicos. Los catedráticos y maestros que revelaban alguna independencia de juicio eran calumniados, encarcelados, proscritos, sin consideración alguna, ni miramiento á sus méritos, servicios y virtudes. Desterróse el espíritu de investigación y de análisis, mutilando de esta suerte el pensamiento, y dejándole en mitad de su camino, ciego y sin guía. Las ciencias físicas y matemáticas enmudecieron, y la ignorancia más profunda ennegreció las almas; pero no esa ignorancia crédula y sencilla, propia de los pueblos primitivos, sino la ignorancia presuntuosa, obstinada, y para decirlo de una vez, incurable, que es el signo distintivo de todas las sociedades decrepitas y degradadas.

Porque la opresión envilece á las naciones tanto como la libertad las dignifica. España, al paso que decaía en todo bajo el yugo de tan larga intolerancia, descendía también al más miserable estado de desmoralización, como si el Santo Oficio y la tiranía, unidos en un mismo propósito, al comprimir violentamente el espíritu nacional, le hubiesen dejado abierto para que no estallara el único respiradero de la corrupción de las costumbres. No hay más que leer las obras de los escritores satíricos, y las *Relaciones* y *Avisos* particulares que se conservan del siglo XVII, para comprender de qué manera había sabido amalgamar aquella sociedad el misticismo y el libertinaje, compartiendo hipócritamente su tiempo entre la oración y la crápula, las procesiones y los adulterios, las novenas y los homicidios. Una moral laxa y acomodaticia había invadido todas las clases y condiciones, desde los favoritos y magnates de la corte, concusionarios y escandalosos, que creían acallar el remordimiento de sus conciencias turbadas empleando parte de sus rapiñas en fundaciones y mandas piadosas, hasta los salteadores de caminos, que resguardaban supersticiosamente sus pechos, cerrados á la clemencia, con imágenes de santos y escapularios bendi-

tos. La perversión era general; y como cuando el cuerpo social se inficiona de malos humores llega á todos sus miembros el virus deletéreo, ni siquiera el clero, encargado de la dirección de las almas, pudo preservarse del pestilente contagio.

Como no quiero lastimar los delicados y castos oídos del bello sexo que honra este acto con su asistencia, prescindo de citar casos abominables, que suministra en abundancia la historia de aquel siglo, y tampoco evocaré el recuerdo de crímenes execrables é impíos, no siempre castigados como merecían, cuyos procesos duermen en los empolvados legajos de nuestros archivos; pero si no me detuviera la consideración respetuosa que acabo de exponer, fácil me sería demostrar con numerosos ejemplos cuán hediondas y repugnantes eran las llagas de aquella sociedad en apariencia tan temerosa de Dios. Dijérase que la nación entera había concretado y reducido el cumplimiento de todos sus deberes morales y religiosos á la práctica del culto puramente externo y á la absoluta abdicación de su pensamiento, al ver cómo la eran tolerados, si no legalmente permitidos, los mayores excesos y los vicios más represensibles con tal de que supiese cubrirlos con el velo de su devoción rutinaria y de su automática obediencia.

¿Es por ventura extraño que en medio de esta atmósfera viciada, comprimido por el fanatismo cada vez más intransigente porque cada vez iba siendo menos ilustrado, el genio español se posturara, falto de espontaneidad y de aliento? Apartado de toda comunicación intelectual con Europa, donde empezaban á germinar nuevas y fecundas doctrinas, aislado en su aparente grandeza, cohibido por el terror, apretado en los moldes de métodos filosóficos y científicos que no bastaban á contenerle, sin luz, ni aire, ni espacio, era irremediable que pereciera, y se cumplió su fatal destino. Cuando hubo agotado su caudal de ideas propias, no pudiendo reponerle, buscó en la retórica combinación de conceptos, en el juego de vocablos y en la inextricable agudeza de los equívocos, la novedad que de otro modo no le era licito adquirir, y flaco y enfermizo intentó cubrir la vacuidad del fondo con la extravagancia de la forma. No habría llegado, ciertamente, nuestra literatura á tan deplorable estado, porque España no hubiese caído tan bajo como cayó entonces, si hubieran existido nuestras libertades públicas; pero, por desgracia, habíalas destruido en su esencia el poder real, y el vano simulacro de nuestras Cortes carecía de fuerzas para reivindicar los menoscabados derechos populares. Sin embargo, el genio nacional hubiera podido acaso resistir á esta contrariedad y hasta vencerla, porque nunca la potestad civil, que no descansa en dogmas inmutables, sino que, por el contrario, está

expuesta á la constante variacion de los tiempos, puede sofocar en absoluto la emision del pensamiento ni la voz de la conciencia pública, si las vicisitudes del siglo, el peligro comun y la necesidad de la mutua defensa, no hubiesen confundido en un solo haz los intereses distintos, aunque no opuestos, de la religion y del Estado. Inicióse esta desastrosa amalgama, que tan fatales resultados produjo, en el reinado de Isabel y de Fernando, con la bárbara expulsion de los judíos, que privó á España de más de ochocientos mil ciudadanos industriosos y activos, con los crueles atropellos cometidos contra los moriscos de Granada, faltando abiertamente al espíritu y letra de las capitulaciones que precedieron á la entrega de la ciudad, y en las cuales se obligaron nuestros reyes por sí y á nombre de sus sucesores á respetar el culto de los vencidos, y con el establecimiento definitivo de la Santa Inquisicion, que no se realizó sin árduas dificultades y sangrientos trastornos. Estas medidas, en el fondo políticas, á pesar de su carácter aparentemente religioso, dieron origen á un sistema que se exageró despues, cuando el César Carlos V, habiendo procurado en vano llegar á términos de avenencia con la naciente herejía luterana, cuyo rápido incremento le impuso, receló que el libre exámen minaba con los mismos golpes la soberanía imperial y la supremacía pontificia. Considerando la debilidad constitutiva de la dilatadísima, pero inconsistente monarquía encomendada á su direccion y gobierno, compuesta de provincias heterogéneas, esparcidas por todos los puntos de la tierra, sin trabazon ni enlace entre sí, con diverso origen, distinta lengua y contrapuestos usos, adquirió el íntimo convencimiento de que la unidad de fe era el único vínculo con que podía sostener la desconcertada unidad de su imperio. Sintiendo fuerte contra Roma, calculó, sin duda, que le sería fácil resistir la tendencia absorbente, con la cual contraía tan estrecha alianza ofensiva y defensiva; pero se ocultó á su perspicacia que á la larga y en último término la inflexibilidad de la doctrina se sobrepondría á los intereses políticos, mudables de suyo, porque la fuerza de atraccion residía entonces, como residirá hasta el fin de los siglos, no en lo modificable y temporal, que es el Estado, sino en lo permanente y eterno, que es la religion. Con inútil empeño pretendieron el Emperador y su hijo contrarrestar la influencia que habian solicitado y los avasallaba á la vez que los protegía, pues si bien en ocasiones lograron vencer al Soberano de Roma y hasta humillarle, constriñéndole al cumplimiento de sus compromisos, frecuentemente rotos, ú oponiéndose á sus exorbitantes pretensiones, el Pontífice, es decir, la cabeza visible de la Iglesia, acabó siempre por dominarlos y confundirlos, sobre todo á Felipe II y sus débiles sucesores. Lenta y sigilo-

samente, el sacerdocio fué apoderándose del imperio, infundiéndole su espíritu, mermándole prerogativas y atribuciones esenciales, compenetrándole, en fin, y transformándole como la espesa y tenebrosa selva del *Infierno* del Dante transfiguraba en nudosas raices y retorcidos troncos las almas de los desgraciados, condenadas por sus culpas á morir perdurablemente en aquel recinto espantable. Grandeza, voluntad, energía, fuerza, industria, comercio, todo fué arrollado por las negras olas de la monarquía teocrática, defendida por casi todos nuestros teólogos, singularmente por Mariana en su libro *Del Rey y de la institucion real*, y por Rivadeneyra en su tratado *Del Príncipe Cristiano*. ¡Ah! si se levantaran de sus tumbas las desdichadas generaciones de nuestra España regida por los reyes de la casa de Austria; de aquella España que empieza en Carlos I y concluye en Carlos II, harapienta, podrida, estenuada, que pierde en el espacio de dos siglos sus libertades, su supremacía, parte de sus dominios, sus ciencias, sus artes, su literatura, su genio y su gloria; de aquella España despoblada, saqueada por el fisco y comida del diezmo, pero llena de conventos y hermandades, cofradías y congregaciones, poseedoras de cerca de la mitad de la propiedad territorial; de aquella España, en fin, alumbrada por las hogueras de la Santa Inquisicion, que persigue á los judíos, quema á los luteranos y expulsa á los moriscos con tan frio encono, que no ha podido aún borrar de la conciencia del mundo el recuerdo de estos trágicos horrores ni obtener su perdon; si se levantaran de sus tumbas, vuelvo á repetir, las desdichadas generaciones de aquellos siglos, engrandecidos quizás por la distancia y hermoeados por la poesía, podrían decir á las almas soñadoras que se entusiasman con la memoria de lo pasado lo que es la teocracia, lo que es esa enfermedad social, larga y penosa, que mata con lentitud y aniquila insensiblemente, como esos árboles de la India bajo cuya sombra el viajero inadvertido busca descanso, se duerme y no despierta.

Quando la Casa de Borbon recogió la vasta herencia de la dinastía austriaca, nuestra patria, sometida como estaba en el orden político, científico y religioso á un poder indiscutible é irresponsable, que habia imbuido en el ánimo de la multitud las más groseras supersticiones, debilitado su energía y modificado su carácter, era una masa humana atónita é inerte, donde toda iniciativa individual se habia extinguido. En realidad de verdad, España se presentaba como un pueblo muerto para los trabajos del espíritu: todavía por la extension de sus ricas posesiones y el recuerdo de su anterior poderío, influía algo en la marcha política del mundo; pero en la esfera intelectual mirábase la con el ma-

yor desprecio, y hasta tal punto se acostumbró Europa á prescindir de su compañía en la senda del progreso, que hoy mismo, á pesar del tiempo transcurrido y de los radicales cambios por que la nacion española ha pasado, le agobia y oprime con sus desdeñosas é inmerecidas prevenciones. Parece como que nuestra patria termina definitivamente su mision en el siglo XVII; estúdiense sus clásicos, como se estudian los restos de una civilizacion antigua; su literatura acaba generalmente para la critica moderna en la época de Calderon, y desde entonces hasta nuestros dias puede decirse que, fuera de contadas y honrosísimas excepciones, el genio español se revuelve estérilmente en la sombra, olvidado y desconocido, cuando no calumniado. ¡Ay! Por más que nos duela y lastime nuestro orgullo, fuerza es confesar que esta injusticia tiene explicacion, si no disculpa. Nos quedamos tan rezagados, que al emprender de nuevo la interrumpida jornada, no nos ha sido posible, á pesar de haber violentado nuestra marcha, alcanzar á naciones que nos llevan más de un siglo de delantera. Nuestro pasado nos abrumba como maldicion del cielo.

Aquí debería concluir, si me ciñese estrictamente al plan que me he propuesto; pero á riesgo de abusar más de lo justo de vuestra indulgencia, ya de fijo cansada, no puedo prescindir, obedeciendo á la ley de los contrastes, de consagrar un recuerdo, si quiera sea breve y compendioso, al periodo que abarca los reinados de Felipe V, Fernando VI, Carlos III y principios del de Carlos IV; periodo que considero, no como uno de los más brillantes, pero sí de los más fecundos de nuestra historia. Corresponde indudablemente á los cuatro reyes de la dinastía borbónica que he nombrado, principalmente á Fernando VI y Carlos III, el honroso timbre de haber inaugurado ó favorecido la lenta regeneracion de España. No restituyeron al país sus perdidas y ya olvidadas libertades, ni restauraron las Cortes del reino, ni consintieron siquiera la más mínima desmembracion de su poder absoluto: no era esta la corriente de los tiempos. Pero celosos de la autoridad real, reivindicaron y recuperaron muchas de las prerogativas y derechos que la potestad eclesiástica había usurpado; contuvieron las tendencias avasalladoras de la Iglesia; asestaron los primeros y más rudos golpes contra el odioso Tribunal de la Inquisicion; templaron los rigores de la censura, y si no rompieron los hierros con que el fanatismo nos esclavizaba, tal vez porque se lo impidieron añejas é invencibles preocupaciones, alargaron al ménos la cadena para que pudiera moverse con algun desembarazo nuestra conciencia entumecida. Bajo el patrocinio de estos monarcas bien intencionados, concordáronse con Roma reformas trascendentales, favorables á las regalías de la co-

rona; se instituyeron nuestras doctas Academias; fundáronse las *Sociedades económicas del país*, cuyos servicios fueron entonces de notoria importancia; se abrieron escuelas especiales de ciencias físicas, naturales y matemáticas, en vista de las resistencias que á acoger en su seno estos utilísimos estudios opusieron nuestras atrasadas é incorregibles Universidades, dominadas por el clero y donde sólo podía campar á sus anchas el árido escolasticismo; publicaron el padre Feijóo su *Teatro Crítico*, que es la primera embestida dada á la grosera y supersticiosa ignorancia del vulgo, el conde de Campomanes sus ilustrados *Informes* y luminosos *Discursos* acerca de las más árduas cuestiones políticas y sociales, Jovellanos sus inmortales obras, tan recomendables por el estilo como por la doctrina, y otros muchos escritores, todos insignes, meditados trabajos sobre ciencias morales y políticas, industria, comercio, náutica, artes y oficios; que contribuyeron á dar sana direccion y potentísimo impulso al renacimiento nacional, bajo tan buenos auspicios iniciado. Si la bella literatura, propiamente dicha, no fué tan de prisa ni tan léjos, tampoco permaneció estacionaria. Hay en la incertidumbre de sus primeros pasos algo que recuerda la flojedad del niño ó la postracion del convaleciente; imita, pero no crea; rinde á los preceptos clásicos más culto de lo que á su espontaneidad conviene, y temerosa de incurrir en las aberraciones del siglo anterior, desdeña en cierto modo como peligrosos todos los elementos indígenas, para entregarse, casi siempre falta de inventiva, á la ciega admiracion de modelos extraños. Pero, á pesar de todo, presta con su sencillez calculada, y quizás demasiado rígida, como protesta contra el exuberante y pedantesco desorden que ántes la había corrompido, indisputables servicios á la cultura nacional; depura el gusto estragado, encauza las ideas, y si no acierta á menudo con los tonos de la inspiracion verdadera, pocas veces se equivoca en apartar de sí lo que la estorba ó la daña. No había pasado el tiempo suficiente para que volviese del sopor y aniquilamiento en que cayó bajo el cetro de los últimos reyes austriacos, y harto hacía, cuando las causas de su perdicion, aunque más debilitadas, no habían desaparecido del todo, con abrir el surco y arrojar en él la semilla que debía producir sus más sazonados frutos en nuestro siglo. Grande fué el esfuerzo, desapasionadamente considerado, y no hay derecho á exigir más de las pobres musas castellanas que, por primera vez despues de dos largas y mortales centurias, veían penetrar un rayo de luz y de esperanza en el fondo del calabozo, por no decir del sepulcro, en donde aherrajadas yacian.

Pero sobreviene la catástrofe de 1808, que reinstala de improviso á nuestro pueblo, huérfano de sus

reyes, en el pleno goce de su soberanía, y entonces, ¡oh providencial coincidencia! con la libertad que despierta sale también el genio nacional de su prolongado y perezoso sueño; aquella literatura pueril, metódica, encogida, robustece sus músculos y eleva su espíritu con el duro ejercicio de la guerra; la poesía lanza á los ecos de las montañas y de los valles, para sobreexcitar el sentimiento patrio, las estrofas más viriles, más líricas y conmovedoras que han resonado jamás en el Parnaso español; resucita la elocuencia, y desde la radiante tribuna de Cádiz, donde resiste intrépida y serena los estragos de la peste, las bombas de los enemigos y las conjuraciones de la teocracia, anuncia y prepara con su verbo vibrante y heróico la redención de Europa. Una juventud inteligente, resuelta y generosa, á la cual pertenecían, por su entusiasmo ó por su edad, el gran Quintana, Gallego, Toreno, Argüelles, los duques de Frias y de Rivas, Martínez de la Rosa, Alcalá Galiano y otros muchos que alcanzaron más tarde merecida fama en las Asambleas ó en las Academias, se agitaba movida por nobles aspiraciones; peroraba, escribía, cantaba, luchaba, y si era menester moría bajo el irresistible imperio de las nuevas doctrinas que daban calor á su sangre, luz á su mente, energía á sus corazones para el combate y abnegación á sus almas para el sacrificio. ¡Oh santa libertad, que no sólo rescataste á nuestro pueblo de la abyección moral en que se consumía, sino que, unida en firmísimo lazo con el sentimiento religioso, defendiste y nos conservaste en aquellos aciagos y memorables días el suelo sagrado de la patria; mil veces bendita seas!

Voy á terminar, temeroso de haberos molestado en demasía. Los ejemplos aducidos bastan, á mi juicio, para demostrar de un modo concluyente el pernicioso influjo que ha ejercido en nuestro desarrollo literario, conteniéndole ó viciándole, la falta de libertad política y de libertad religiosa; y no expongo en apoyo de mi tesis más recientes pruebas, porque no quiero herir susceptibilidades dignas de respeto con recuerdos dolorosos ó inoportunos. Por esta misma razón, nada digo acerca del gran sacudimiento de ideas científicas, religiosas y sociales que todo cambio fundamental en las instituciones de un pueblo produce siempre, de lo cual dan claro testimonio en España el movimiento romántico de 1834, que coincide con el político, y el movimiento filosófico que desde 1869 se observa entre nosotros como uno de los signos más característicos de la edad presente, tan insegura y agitada. Bien sé que al abrigo de la libertad política, y como inevitable resultado de la emancipación de la conciencia humana, salen á la luz del día y se manifiestan sin rebozo doctrinas absurdas, dudas impías, problemas espantosos é irresolubles y negaciones satánicas;

pero por ventura, ¿el espíritu de rebeldía es ménos terrible porque nos acometa en las tinieblas? Tan llena está de asechanzas la noche del entendimiento como la noche natural; que en el mundo de las ideas y de los seres animados, el fraude, el engaño, la perfidia y la traición se conciertan mejor y ofenden más á mansalva cuanto mayores son la oscuridad y el silencio. ¿A qué imitar al ave medrosa que juzga sustraerse del peligro cuando oculta, para no verlo, la cabeza debajo el ala? Conozcamos el mal—ya que és irremediable que el mal exista—para salirle al encuentro sin el temor de que nos venza, pues sería desconocer la justa Providencia de Aquel que ha entregado la tierra á las disputas, pero no á la locura de los hombres, y que con mano invisible guía y empuja á las sociedades hácia su perfección por medio de innumerables obstáculos, escollos y precipicios. Combatamos el error cara á cara, partiendo el campo y el sol, con el raciocinio y no con la violencia, sin olvidar que la verdad misma, impuesta por la fuerza y no por el convencimiento, corre riesgo de hacerse insoportable y aborrecible. Ni la diversidad de opiniones, ni la contraposición de juicios, ni la variedad de creencias deben romper la fraternal comunidad del género humano, y ojalá reine alguna vez sobre la superficie de la tierra la solemne y piadosa imparcialidad del cielo, que á todos, justos ó pecadores, creyentes ó escépticos, cristianos ó idólatras, por igual nos cobija y ampara. ¿Qué somos ni qué valemos para turbar con nuestro orgullo ó nuestra intransigencia la misteriosa armonía de las cosas creadas? Desde el majestuoso ritmo de los astros que giran en los espacios infinitos, hasta el sordo rugido de la lava que fermenta en el centro de las montañas; desde la estridente cólera del mar, hasta el manso murmullo de las hojas movidas por el viento; desde el trueno que sacude las nubes, hasta el rumor imperceptible que produce el gusanillo al arrastrarse por entre el césped, todos los ruidos y acentos de la naturaleza, los más discordantes como los más unisonos, los más consoladores como los más terribles, se juntan y convergen hácia el Criador en himno inmortal de alabanza; y del mismo modo en el seno de la humanidad, devorada por vagos y místicos anhelos, la queja del desgraciado y el júbilo del venturoso, la oración del creyente y la blasfemia del réprobo, la voz que niega y la voz que afirma, todo, en fin, lo que aparece ante nuestra razón limitada como contradictorio, inconciliable é irreductible, se confunde concertadamente en una aspiración suprema para llegar á tí, ¡oh Dios, en quien adoro y creo! y glorificar tu sabiduría, tu omnipotencia y tu misericordia.

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

CRÓNICA DE LA EXPOSICION DE FILADELFIA.

LA APERTURA.

El día 10 de este mes, á las nueve en punto de la mañana, se han abierto al público todas las puertas del edificio principal de la Exposición. La apertura oficial se ha verificado en el departamento de máquinas y en el *Memorial Hall*, edificios reservados expresamente á las personas invitadas y á los expositores.

Una orquesta compuesta de 150 músicos, y un coro de mil voces, dirigida la primera por Teodoro Thomas, y el segundo por Dudley Buck, estuvieron encargados de amenizar el acto, cuyo orden fué el siguiente: Aires nacionales por la orquesta; llegada del presidente de los Estados-Unidos; marcha de inauguración, por Ricardo Wagner, ejecutada por la orquesta; oración por el muy reverendo obispo Simpson; himno por John Greenleaf Whittier, música de John K. Paine, de Massachussetts, con acompañamiento de órgano y orquesta; presentación de los edificios á la comisión del centenario por el presidente de la dirección de rentas del centenario; cantata por Sidney Lanier, de Georgia, música de Dudley Buck, de Connecticut, con solo de bajo por Myron W. Whitney, de Boston; presentación de la Exposición al presidente de los Estados-Unidos, por el presidente de la comisión del centenario; discurso del presidente de los Estados-Unidos; procesión por todo el tramo principal del edificio y por el salón de la maquinaria; recepción del presidente de los Estados-Unidos en el pabellón de los jurados.

Al declararse abierta la Exposición se desplegó la bandera nacional de los Estados-Unidos, y esta fué la señal para un ruido extraordinario y atronador; repicaron todas las campanas, se oyeron salvas en *George's Hill*, entonóse el himno de Handel y empezaron á tocar todos los órganos, pianos é instrumentos.

Las comisiones extranjeras se reunieron después en el edificio principal, donde se les unió el presidente de los Estados-Unidos, y todos pasaron á la sala de maquinaria, donde el jefe del Estado, ayudado por George H. Carliss, puso en ejercicio la gran máquina de vapor que ha de poner en movimiento todas las máquinas.

ASPECTO GENERAL DE LA PARTE ESPAÑOLA.

El local destinado á España se destaca por su magnificencia entre los demás que lo rodean. La portada de arcos de la puerta principal es una imitación de granito con adornos de bronce. De las tres puertas cuelgan cortinas de seda amarilla y carmesí.

A la derecha del primer salón están colocadas las tapicerías de la real fábrica de Madrid, enviadas por el joven Monarca, con cuyo motivo todos han quedado sorprendidos de la belleza de los materiales, de la franqueza y corrección del dibujo y de la brillantez del colorido. Al lado opuesto de la entrada se ven objetos religiosos de metal, grandes candelabros de plata, crucifijos dorados y otros adornos. Al lado de estos objetos se ven también otros de porcelana fabricados en el Buen Retiro. En las ventanas de la entrada principal se han colocado muestras de obras de cerrajeros, ejecutadas en acero pulido y exhibidas también por el Rey D. Alfonso.

Ninguna de las demás naciones, ni aún los Estados-Unidos, han seguido orden alguno en la colocación de los objetos; pero España ha arreglado los suyos con método. A un lado ha colocado sus grandes masas de minerales de cobre, de plomo plateado y de carbón; á otro, el hierro, el azogue, el cobalto, el estaño, el antimonio, el zinc y el níquel. Una pirámide que separa estas dos clases de minerales, está formada de una escogida colección de otros minerales que exhibe el cuerpo de ingenieros de minas. En otro lugar de la entrada hay otra colección de productos minerales arreglada sobre un plano inclinado, en cuya parte superior se ven veinticuatro muestras de mármoles de los Pirineos, de Sierra Nevada, de Sierra Morena y de las montañas de Toledo y de Galicia. Dos de estas muestras no son mármoles sino hermosos jaspes, y entre las restantes hay algunas que sobresalen en belleza á las que pudieran presentar París y Bruselas.

Las noticias que hasta ahora hemos recibido no nos permiten dar más detalles, pero sí asegurar que la primera impresión producida por la parte española ha sido muy lisonjera y hasta sorprendente para muchos.

Un relojero americano, Mr. Thomaston, ha instalado en la Exposición de Filadelfia un reloj monstruo que pesa más de 6.000 kilogramos. Las principales ruedas tienen cuatro metros de diámetro; el péndulo tiene siete metros de longitud, y pesa más de 400 kilos.

MISCELÁNEA.

Los cañones monstruos.

Parece que ya no tendrá Inglaterra el honor de haber fabricado el cañón más grande del mundo. Hasta ahora no tenía rival el gigante de Woolwich, es decir, el enorme cañón de 81 toneladas. Pero sir John Armstrong ha recibido una comunicación del gobierno italiano pidiéndole varios cañones de 100 toneladas cada uno; algunos de ellos están terminándose; de modo que la supremacía va á pasar de Woolwich á Ellswich; pero como estas dos fundiciones están en Inglaterra, la concurrencia no sale del país.

Al tener noticia de estos nuevos cañones Mr. Krupp, ha manifestado que va á fabricar una pieza de 150 toneladas, de 18 pulgadas y media de calibre. ¿Conseguirá su objeto? Hé aquí una cuestión que será examinada con el mayor interés por los artilleros de todos los países.

Inglaterra pretende el honor de haber inventado el modo de fabricar esas piezas monstruos soldando juntos varios rodillos ó cilindros de hierro forjado, y completar la estructura de la pieza desde la culata hasta la boca. Mr. Krupp, por su parte, pretende que su procedimiento de fabricación con el acero fundido le permite igualmente moldear las más grandes piezas de ordenanza. Por ahora parece llevar la ventaja este último; pero créese que al fin vencerá el sistema inglés, que no reconoce límite en las dimensiones.